

Fr. Armando Díaz, O. P.

LOS ÁNGELES Y EL DEMONIO DEL MEDIODÍA



www.traditio-op.org
frayguidocasilloop@gmail.com



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PREDICATORUM

ÍNDICE

<u>Advertencia</u>	<u>3</u>
<u>La Creación de los ángeles</u>	<u>4</u>
<u>a. La existencia</u>	<u>5</u>
<u>b. Jerarquía y prueba moral</u>	<u>7</u>
<u>c. El discernimiento de espíritus</u>	<u>12</u>
<u>Señales del espíritu de naturaleza</u>	<u>14</u>
<u>Señales del espíritu diabólico</u>	<u>15</u>
<u>Señales del espíritu de Dios</u>	<u>17</u>
<u>Los Ángeles buenos: Arquetipos celestes</u>	<u>19</u>
<u>I. Los Ángeles como modelos</u>	<u>21</u>
<u>a. Los Ángeles custodios</u>	<u>22</u>
<u>b. Cristo, cabeza de los ángeles</u>	<u>24</u>
<u>II. Los monjes y los ángeles</u>	<u>25</u>
<u>a. Una vida para el cielo</u>	<u>29</u>
<u>b. La profesión</u>	<u>32</u>
<u>c. Hábito monástico: vestidura angélica</u>	<u>34</u>
<u>1. El vestido en el paraíso</u>	<u>34</u>
<u>2. El vestido en Cristo</u>	<u>35</u>
<u>3. La vestidura Sacerdotal</u>	<u>37</u>
<u>4. El hábito religioso</u>	<u>39</u>
<u>d. La castidad: Virtud Angélica</u>	<u>42</u>
<u>e. Los monjes: Coro de ángeles</u>	<u>46</u>

<u>1. La contemplación</u>	<u>47</u>
<u>2. Los Sacramentos y la Santa Misa</u>	<u>49</u>
<u>El Demonio del mediodía y la Acedia</u>	<u>56</u>
<u>I. El diablo</u>	<u>58</u>
<u>a. El demonio ¿quién es?</u>	<u>59</u>
<u>b. El pecado del demonio</u>	<u>61</u>
<u>c. Las redes Satánicas</u>	<u>63</u>
<u>II. Los vicios capitales</u>	<u>68</u>
<u>a. Visión general</u>	<u>69</u>
<u>b. Los siete vicios capitales</u>	<u>70</u>
<u>III. La Acedia y el Demonio del mediodía</u>	<u>74</u>
<u>a. La crisis</u>	<u>78</u>
<u>b. La huida</u>	<u>84</u>
<u>Primera forma de huir: Reformas exteriores</u>	<u>85</u>
<u>Segunda forma de huir: aferrarse a lo externo</u>	<u>86</u>
<u>Tercera forma de huir: nueva forma de vida</u>	<u>87</u>
<u>c. El acostumbramiento</u>	<u>89</u>
<u>Soluciones</u>	<u>93</u>
<u>a. Conocimiento de sí mismo</u>	<u>94</u>
<u>b. La serenidad interior</u>	<u>97</u>
<u>c. El nacimiento de Dios en el alma</u>	<u>100</u>
<u>Conclusión</u>	<u>102</u>
<u>Devoción a los celestiales espíritus</u>	<u>105</u>
<u>Bibliografía</u>	<u>110</u>

ADVERTENCIA

“La existencia de seres espirituales, no corporales, que la Sagrada Escritura llama habitualmente ángeles, es una verdad de fe”
(*Catecismo de la Iglesia Católica*, n°. 328).

Escribir acerca de los ángeles en estos momentos no es novedad alguna, ya que hay una invasión de literatura sobre ellos; pero el problema radica fundamentalmente en que hay que discernir, cribar, entre tantos escritos.

En este orden hay tres dificultades o peligros:

El primero es **el reino de la cantidad**. Hoy prima en nuestro ambiente el número, el raiting, el consenso, la democracia. A la verdad se la relativiza, se la hace un número, un cúmulo de opiniones. Pero, sin embargo, la fuerza de la verdad está "en la verdad misma y no en el número" (Juan Pablo II, 7-2-1988). Ni es tampoco la verdad fruto de las encuestas sociológicas. "Aunque las encuestas sociológicas -observa el Papa Pablo VI- son útiles para descubrir mejor la mentalidad del ambiente, las preocupaciones y las necesidades de aquellos a quienes anunciamos la palabra de Dios... sin embargo las conclusiones de tales encuestas no pueden constituir por sí mismas un criterio determinante de verdad" (Exhortación Apostólica *Quinque Iam Anni*, 8-12-1970).

La verdad existe, tanto en el orden natural: la que la inteligencia alcanza adecuándose al ser de las cosas en el *intus-legere* = leer dentro; como en el orden sobrenatural: por la fe que nos abre los Velos Sacros del Misterio. La Verdad en sentido absoluto es Dios.

El segundo problema es el culto a lo nuevo. Hoy reina la modalatría, el imperio de lo efímero, de lo pasajero y perecedero. En este tema de los ángeles, como en cualquier otro, no se debe buscar lo "novedoso", sino lo eternamente nuevo, lo permanente. "Pero si nosotros mismos o un ángel del cielo os anuncia un evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema". (Gal. 1, 8), o aquello de: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis

palabras no pasarán" (Mat. 24, 35; cfr. Jn. 6, 68-69). A la Verdad hay que profundizarla en lo que Ella es, sin cambiarla ni traicionarla.

El tercer peligro es la curiosidad, que es saber, no por amor a la verdad, sino por un deseo desordenado. En cambio, la verdadera postura debe ser la estudiosidad, virtud que regula el recto saber. También debe darse la sabiduría, que es un saborear gustoso de la verdad y un juzgar a las cosas en sus más elevadas y profundas causas. La curiosidad, al contrario, a la larga lleva al escepticismo, a una falta de compromiso con la Verdad; en cambio, la aceptación de la verdad debe reinar por encima de los relativismos y de los escepticismos.

LA CREACIÓN DE LOS ÁNGELES

Flores son los "ángeles y almas santas,
con las cuales está ordenado aquel lugar
y hermosado como un gracioso y subido esmalte
en (un) vaso de oro excelente"

(S. Juan de la Cruz, *Cántico*, 4, 6).

El estudio de los ángeles nos debe conducir al misterio de la creación de Dios: son obras maestras de Dios-Creador.

Los ángeles, creaturas de Dios, están por encima del hombre e infinitamente por debajo de Dios. Por encima del hombre, el cual goza de una posición singular: gracias a su cuerpo pertenece al mundo visible, mientras que por el alma espiritual, que vivifica el cuerpo, se halla en el confín entre lo visible y lo invisible. Los ángeles, que están entre los hombres y Dios, pertenecen al mundo de lo invisible. Son seres espirituales.

La palabra ángel, en hebreo: **malaq**, y en griego: **aggelos**, significa mensajero, nuncio, enviado o embajador. Los ángeles son seres espirituales que tienen la función de mediación y de ministerio en las relaciones entre Dios y los hombres. Por aquí puede verse que la palabra ángel no es un nombre personal, sino de oficio. Oigamos a San Gregorio:

"Es de saber que la palabra ángel es nombre de oficio, no de naturaleza. Aquellos santos espíritus de la patria celestial son siempre espíritus pero no siempre se les puede llamar ángeles, por que solamente son ángeles cuando por ellos se anuncia alguna cosa" (*In Evang.* I. 2, Hom. 34, n. 8: ML 76, 1250).

LA EXISTENCIA

La existencia de los ángeles, afirmada por la Revelación, ha sido negada por muchos incrédulos y herejes. He aquí la lista de los principales errores:

1. Los saduceos, que, renovando el antiguo error de los epicúreos, "niegan la resurrección y la existencia de ángeles y espíritus" (Act. 23, 8).
2. Los anabaptistas y ciertos protestantes liberales del siglo XVI afirman que la palabra ángel se emplea en la Escritura para personificar las divinas operaciones, o las santas inspiraciones internas, o los hombres delegados por Dios para ciertos ministerios, etc..., pero nunca para designar a los espíritus angélicos.
3. Los racionalistas y materialistas de todos los tiempos, que no admiten más que lo que puede demostrar la razón natural, y que no existe nada fuera de la materia.
4. Los espiritistas identifican a los ángeles con las almas de los muertos, que tienen trato con los hombres y con frecuencia se aparecen en el mundo.
5. Ciertos exegetas racionalistas afirman que la idea de los ángeles la recibieron los judíos de los babilónicos durante la cautividad (siglo VI a.C.).
6. La Nueva Era, en su visión panteísta -confunden a Dios con la creación de Dios-, hacen de los ángeles energías y chispas del universo.

La existencia de los ángeles está revelada en la Biblia. De ahí que, "si quisiéramos desembarazarnos de los ángeles, se debería revisar radicalmente la misma Sagrada Escritura y con ella toda la historia de la Salvación. Toda la Tradición es unánime sobre esta cuestión. El Credo de la Iglesia es, en el fondo, un eco de cuando Pablo escribe a los

Colosenses: "Porque en Él (Cristo) fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fue creado por El y para El" (1, 16)" (Juan Pablo II. *Audiencia General*, 9-7-1986).

La existencia de los ángeles es una verdad de fe. En la Sagrada Escritura hay innumerables testimonios del todo claros e inequívocos. He aquí algunos textos:

1. Antes de la cautividad de Babilonia, y en seguida después del pecado de Adán y Eva, un querubín guarda la entrada del paraíso (Gen. 3, 24). Un ángel se aparece a Agar en el desierto (Gen. 16, 7); Un ángel detiene el brazo de Abraham para que no sacrifique a su hijo Isaac (Gen 22, 11); otro acompaña a Eliezer en busca de esposa para Isaac (Gen. 24, 7). Jacob ve en sus sueños una escala por la cual subían y bajaban los ángeles de Dios (Gen. 28, 12). Un ángel de Yahvé va delante de los judíos en su éxodo (Ex. 14, 19), etcétera.

2. Después de la cautividad de Babilonia un ángel protege a los jóvenes en el horno (Dan. 3, 49), un ejército celeste adora a Dios (Neh. 9, 6), el ángel Rafael acompaña al joven Tobías (Tob. 5, 4-6), etcétera.

3. En el Nuevo Testamento son innumerables los testimonios: el ángel Gabriel anuncia María la encarnación del Verbo (Lc. 1, 26-38); otro avisa en sueños a San José (Mt. 1, 20), otro le manda huir a Egipto (Mt. 2, 13) y volver después a Galilea (Mt. 2, 19). En el nacimiento de Jesús aparecen multitud de ángeles (Lc. 2, 13); Cristo dice que los ángeles de los niños están viendo siempre la faz de su Padre celestial (Mt. 18, 19) y en Getsemaní le dice a Pedro que su Padre podría enviarle más de doce legiones de ángeles (Mt. 26, 54), etcétera.

Ahora bien, los ángeles de que nos habla la Sagrada Escritura:

1. No son santas inspiraciones de Dios -como dicen los protestantes liberales- ni fuerzas de la naturaleza -como afirman los racionalistas- porque ejercen acciones personales, hablan, ejecutan mandatos, llevan a feliz término los negocios, traen noticias, etcétera.

2. No son una personificación de las divinas operaciones -como afirman los anabaptistas-, puesto que aparecen como siervos y ministros de Dios, a quien reverencian y adoran (cfr. Salmo 90, 11; 96, 7; 102, 20; Mt. 4, 11).

3. No son las almas de los muertos -como deliran los espiritistas- puesto que muchos de ellos pecaron apenas creados por Dios antes de la creación del hombre, y otros muestran poderes incomparablemente superiores a las fuerzas humanas.

4. Son superiores a los hombres en fuerza y poder (2 Petr. 2,11). ¹

5. No son energías, son seres espirituales, criaturas, y no se confunden con Dios (contra la New Age).

JERARQUÍA Y PRUEBA MORAL

Los ángeles han sido creados por Dios; lo expresa la S. Escritura: "Tú, ¿oh Yahvé?, eres único; Tú hiciste los cielos y los cielos de los cielos y su milicia... y los ejércitos de los cielos te adoran" (Neh. 9, 6); y el Magisterio de la Iglesia lo definió expresamente en los concilios IV de Letrán y Vaticano I (Dz 428 y 1783).

La existencia de los ángeles muestra la belleza y armonía del universo creado, pues para la perfección del universo se requiere cierta gradación en las criaturas en orden a manifestar la infinita perfección de Dios, creador de todas ellas. Y vemos que existen criaturas que se parecen a Dios únicamente en el existir, como las piedras; otras en el vivir, como las plantas y los animales; otras, en el entender imperfectamente, como el hombre. Parece, pues, natural que existan otras criaturas puramente espirituales y perfectamente intelectivas (los ángeles) que se parezcan a Dios de la manera más perfecta en que pueden parecerse las criaturas (cfr. S. Th., I, 50, 1).

Es necesario decir que los ángeles no son Dios sino criaturas, en dependencia de El. Santo Tomás, el príncipe de los teólogos, hace el siguiente razonamiento teológico:

¹ cfr. SUEIRO, Víctor, *El Ángel, un amigo del Alma*, Planeta, 1985. Este libro, periodístico, anecdótico, con algunos aciertos, no pasa de ser un llamado a la curiosidad del lector. Pero tiene falencias, como ser la excesiva credulidad, sin discernimiento, sobre la aparición de los ángeles. Un libro no teológico, con bastantes puntos objetables: "Las personas al morir pueden transformarse en ángeles" (?), p. 198, etc.

“Es necesario decir que los ángeles, y todo lo que existe fuera de Dios, fue creado por Dios. Porque solamente Dios es su propio ser, y en todas las demás cosas el ser difiere de la esencia, como ya demostramos más arriba.

“Luego es evidente que sólo Dios es el Ser por esencia, y que todas las demás cosas son seres por participación. Pero todo lo que es por participación tiene por causa lo que es por esencia, como todo lo encendido es causado por el fuego. Luego es necesario que los ángeles hayan sido creado por Dios" (*Suma Teológica*, I, q. 61, a. 1).

Estos seres espirituales han sido creados por Dios, encontrándose en un orden jerárquico. La palabra jerarquía, del griego: **ierós**: sagrado, y **arjé**: principio de orden, significa orden sagrado. Se refiere por consiguiente a todos aquellos que tienen mando o autoridad sagrada sobre sus subordinados. El primero en hablar de jerarquía angélica fue Dionisio Areopagita en su clásica obra de *De Caelesti Hierarchia*. Su clasificación fue aceptada, en general por los padres y teólogos posteriores, dado su enorme prestigio. Para Dionisio jerarquía es "un orden sagrado, un saber y actuar lo más próximo posible a la Deidad, que tiende a la imitación de Dios en proporción de las luces que de El recibe; la Hermosura de Dios, tan simple, tan buena, origen de toda perfección, no admite en sí la menor semejanza. Dispensa a todos, según el mérito de cada cual, su propia luz, y los perfecciona revistiéndolos misteriosa y establemente de su propia forma. La jerarquía, pues, tiene por fin lograr en las criaturas, en cuanto sea posible, la semejanza y unión con Dios. Una jerarquía tiene a Dios como maestro de todo saber y acción." (*De Caelesti Hierarchia*, cap. 3, 1). Dionisio divide los nuevos coros en tres jerarquías:

Primera jerarquía: Es la más cercana a Dios, la más inherente y la más unida al Ser divino. La componen los siguientes coros:

1° Los serafines, espíritus incandescentes de fuego y amor, con el que inflaman a los demás.

2° Los querubines, que llenos de ciencia divina, reflejan la luz divina e iluminan a los demás.

3° Los tronos, cuyo nombre designa un estado eminente.

Segunda Jerarquía: Ocupa un lugar intermedio y sirve de enlace entre la primera, que está en contacto con Dios, y la tercera, en contacto con las criaturas. Está formada por los siguientes coros:

1° Las dominaciones, espíritus libres de toda opresión que, sin el menor temor servil, permanecen solícitos ante Dios, están continuamente a su servicio y dominan a los espíritus angélicos inferiores.

2° Las virtudes, que dotadas de una fuerte e invencible virilidad, manifiestan en todos sus actos una potencia deiforme, impiden cualquier disminución de la luz divina infusa y prestan a los ángeles inferiores la fortaleza que necesitan.

3° Las potestades, que incapaces de abusar tiránicamente de su poder y siempre invenciblemente dirigidos hacia las cosas de Dios, prestan a los demás ángeles un concurso bienhechor.

Tercera Jerarquía. Es la más alejada de Dios y la más próxima al hombre, sobre el que ejercen de continuo su benéfica influencia. Está compuesta por los siguientes coros:

1° Los principados, dirigen las obras ministeriales que han de ejecutarse por orden de Dios.

2° Los arcángeles, encargados de anunciar a los hombres las cosas más importantes y trascendentales.

3° Los ángeles, que anuncian las cosas de menor importancia.

Aunque estos seres espirituales son seres personales, creados "a imagen de Dios", están agrupados en una "sociedad" angélica. "Aún teniendo en cuenta el lenguaje analógico y representativo del texto sacro - observa el Papa Juan Pablo II - podemos deducir que estos seres-personas, casi agrupados en sociedad, se subdividen en órdenes y grados, correspondientes a la medida de su perfección y a la tareas que se les confía. Los autores antiguos y la misma liturgia hablan también de los coros angélicos (nueve, según Dionisio Areopagita). La teología, especialmente la patristica y medieval, no ha rechazado estas

representaciones tratando en cambio de darle una explicación doctrinal y mística, pero sin atribuirles un valor absoluto. Santo Tomás ha preferido profundizar las investigaciones sobre la condición ontológica, sobre la actividad cognoscitiva y volitiva y sobre la elevación espiritual de estas criaturas puramente espirituales, tanto por su dignidad en la escala de los seres, como porque en ellos podría profundizar mejor las capacidades y actividades propias del espíritu en el estado puro, sacando de ello no poca luz para iluminar los problemas de fondo que desde siempre agitan y estimulan el pensamiento humano: el conocimiento, el amor, la libertad, la docilidad a Dios, la consecución de su Reino" (*Audiencia General*, 6-8-1986).

Desde el principio los ángeles, por la perfección de su naturaleza espiritual, están llamados "en virtud de su inteligencia, a conocer la verdad y amar el bien que conocen en la verdad de modo mucho más pleno y perfecto que cuanto le es posible al hombre. Este amor es el acto de una voluntad libre, por lo cual también para los ángeles la libertad significa posibilidad de hacer una elección en favor o en contra del Bien que ellos conocen, esto es, Dios mismo" (Juan Pablo II, *Audiencia General*, 23-7-86).

Dios al crear a los espíritus puros, como seres libres, les da la alternativa de seguirlo libremente. Fueron creados en estado de gracia, elevados a la familiaridad divina. Ellos tuvieron delante de sí la alternativa de seguir a Dios o de rechazarlo. Fueron colocados en una prueba de carácter moral; la elección que tuvieron que hacer fue decisiva: estar con Dios o en contra de Dios.

"De hecho, como dice claramente la Revelación, el mundo de los espíritus puros aparecen divididos en buenos y malos. Pues bien, esta división no se obró por creación de Dios, sino sobre la base de la propia libertad de la naturaleza espiritual de cada uno de ellos. Se realizó mediante la elección que para los seres puramente espirituales posee un carácter incomparablemente más radical que la del hombre y es irreversible, dado el grado de intuición y de penetración del bien, del que está dotada su inteligencia. A este respecto se debe decir también que los espíritus puros han sido sometidos a una prueba de carácter moral... en el caso de los espíritus la elección decisiva concernía ante todo a Dios mismo" (Juan Pablo II, *ibíd.*).

En la elección hubo espíritus puros que se sometieron a Dios; de ahí que "los buenos han elegido a Dios como Bien supremo y definitivo, conocido a la luz de la inteligencia iluminada por la Revelación. Haber escogido a Dios significa que se han vuelto hacia El con toda la fuerza interior de su libertad, fuerza que es amor. Dios se ha convertido en el objetivo total y definitivo de su existencia espiritual" (ibíd).

Pero hubo espíritus rebeldes, espíritus soberbios, que se opusieron a Dios. Estos espíritus son aquellos que "han vuelto la espalda a Dios contra la verdad del conocimiento que señalaba en El Bien total y definitivo. Han hecho una elección en contra de la Revelación del Misterio de Dios, contra su gracia, que los hacía partícipes de la Trinidad y de la eterna amistad con Dios, en la comunión con El mediante el amor. Basándose en su libertad creada, han realizado una opción radical e irreversible, al igual que la de los ángeles buenos, pero diametralmente opuesta: en lugar de la aceptación de Dios, plena de amor, le han opuesto el rechazo inspirado por un falso sentido de autosuficiencia, de aversión y hasta de odio, que se ha convertido en rebelión" (ibid).

¿Cuál es pues el motivo de esta opción tan perversa de los ángeles caídos? ¿Cuál es el sentido de tanto odio contra Dios? La respuesta no es tan fácil, aunque los "Padres de la Iglesia y los teólogos no dudan en hablar de "ceguera", producida por la supervaloración de la perfección del propio ser, impulsada hasta el punto de velar la supremacía de Dios, que exigía, en cambio, un acto de dócil y obediente sumisión. Todo esto aparece expresado de modo conciso en las palabras: "¡No te serviré!" (Jer. 2, 20), que manifiestan el radical e irreversible rechazo de tomar parte en la edificación del Reino de Dios en el mundo creado. "Satanás", espíritu rebelde, quiere su propio reino, no el de Dios, y se yergue como el primer "adversario" del Creador, como opositor de la Providencia, como antagonista de la amorosa sabiduría de Dios. De la rebelión y del pecado de Satanás, como también del pecado del hombre, debemos concluir acogiendo la sabia experiencia de la Escritura, que afirma: "En el orgullo está la perdición" (Tob. 4, 14)" (Ibíd.)

Los espíritus puros, por lo tanto, se dividen en buenos y malos. Ahora bien, los hombres, ante ellos, no sólo deben saber distinguirlos, sino también discernir lo que viene de los buenos, que llevan a Dios, de lo que viene de los malos, de los demonios, que

conducen al pecado y a la condenación. La ciencia que se debe poseer, y es aconsejada por los grandes maestros espirituales, es el discernimiento de espíritus. "Queridos míos: no queráis creer a cualquier espíritu, sino examinad si son de Dios... Podéis conocer el espíritu de Dios por esto: todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne es de Dios; pero todo espíritu que no confiese a Jesús, ése no es de Dios, es del anticristo" (I Jn. 4, 1-3). La clave del discernimiento está o gira en torno a Cristo, la Piedra angular, el Salvador. Si la casa, el alma, se edifica sobre Cristo, y el que auxilia -los espíritus- me lleva a El, entonces hay que seguirlo; pero al contrario, cuando me aleja de Cristo y me inspira aversión o alejamiento de El, es señal de que es un espíritu caído o es del anticristo.

EL DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

Uno de los puntos más importantes, necesarios y a la vez, difíciles en la guerra espiritual e invisible, consiste en el arte de distinguir entre los buenos y malos espíritus, entre lo que viene de Dios y lo que no viene de El. En efecto, los demonios al no vencer a los hombres fácilmente por las tentaciones ordinarias y rastreras, se visten de "ángel de luz", como lo describe San Pablo (cfr. II Cor. 11, 14). Los ángeles caídos, los demonios, inspiran el mal bajo la apariencia de bien y el error bajo la apariencia de la verdad, pero que en realidad, en el fondo, son venenos que corrompen y esclavizan en el mal y condenan. En efecto, para no dejarse engañar, es fundamental entender bien, en medio de este combate espiritual, la **diácrisis** o discernimiento de espíritus. Es un arte no fácil, aunque necesario, para cribar y distinguir en el alma los diversos espíritus.

La **diácrisis** o el discernimiento espiritual puede ser: a) como gracia "gratis data", gracia gratuitamente concedida (cfr. S. Pablo, I Cor. XII, 10), mediante la cual los santos distinguían, a veces al momento, si alguien hablaba u obraba por espíritu de verdadera caridad o fingiendo esta virtud; b) como arte espiritual adquirido, en la dirección espiritual, que procede de la prudencia infusa con el concurso de la adquirida y con aquel otro más elevado don de consejo, y de las gracias de estado concedidas a un director espiritual fiel a sus deberes.

La diácrisis o discreción ha gozado en la espiritualidad católica de gran aprecio. San Pablo la aconseja: "Ruego que vuestra caridad crezca en el conocimiento y en toda discreción, para que sepáis discernir lo mejor" (Flp. 1, 9-10). En el siglo II, "Hermas" publica todo un pequeño tratado para distinguir los espíritus según sus efectos en el alma (*Pastor*, 6, 2, 1-5); San Antonio, el ermitaño, Patriarca de los monjes, lo enseñaba a sus discípulos (cfr. S. Atanasio, *Vita Antonii*, n° 35-36, PG 26; col. 894-5); S. Bernardo, *Sermón* 33; S. Vicente Ferrer, *Tratado de la Vida Espiritual*; S. Ignacio de Loyola, en sus santos *Ejercicios Espirituales*; Scaramelli, *Discernimiento de espíritus*, ... etcétera.

Para adquirirlo es necesario, también, la gracia de Dios. "Con la gracia divina -dice San Antonio- es fácil conocer la presencia de los buenos y de los malos espíritus. Porque la visión de los santos no trae consigo perturbación. No gritan, ni hablan alto; no levantan la voz, sino que se produce tan plácida y tranquilamente, que causa en el alma gozo, júbilo y alegría. Con ellos está el Señor, que es nuestro gozo, y el poder de Dios. Y los pensamientos del alma permanecen serenos... Pero las incursiones y fantasías de los malos acaecen con ruidos, rumor, sonidos y clamor, como si fuera un tumulto de jóvenes indisciplinados o ladrones. De donde nace pavor, turbación, confusión de pensamientos, tristeza, odio a los ascetas, acedia, abatimiento de ánimo, recuerdo de la familia, temor a la muerte y finalmente, deseos impuros, pusilanimidad respecto a la virtud, y costumbres desordenadas" (*Vita Antonii* 35-36).

Y, ahora bien, según los maestros de la vida espiritual, los espíritus que afectan al alma se dividen en tres: el espíritu Divino, el de Dios; el espíritu carnal, puramente natural, que procede de la naturaleza humana caída, y en fin, el espíritu diabólico, el del demonio, que se oculta, engaña y a veces se "transfigura" en ángel de luz, siendo en realidad de tinieblas. Uno de estos tres espíritus domina generalmente en cada alma. Es necesario, frente a esta situación interior, la ayuda. "He visto a monjes que, después de muchos años de trabajos -dice S. Antonio-, cayeron y llegaron hasta la locura por haber contado con sus propias obras y no haber aceptado el mandamiento de Dios que dice: "Interroga a tu padre y te lo enseñará" (*Apophtegmata*, 37).

Importa mucho, pues, saber qué espíritu nos mueve. Hay que entrar en el santuario del alma, a la colmena del corazón, donde se prepara la miel de la sabiduría, para discernir lo que viene de Dios, de la naturaleza caída, o de los demonios.

Para clarificar, ejemplificar, cómo actúan estos diversos espíritus, recurro a una hermosa síntesis hecha por el P. Garrigou Lagrange, en su profundo libro *Las Tres Edades de la Vida Interior*. En esta obra indica cuáles son las señales de cada uno de estos tres espíritus.

SEÑALES DEL ESPÍRITU DE NATURALEZA

"La naturaleza, como consecuencia del pecado original, es enemiga de la mortificación y de las humillaciones, y se busca a sí misma desconociendo prácticamente el valor de las virtudes teologales. En la vida de piedad, como en las demás cosas, la naturaleza anda tras el placer, y cae en la gula espiritual, que es buscarse a sí misma y por consiguiente, es lo contrario del espíritu de fe y del amor de Dios.

En cuanto se encuentra con las primeras dificultades o sequedades, se detiene y abandona la vida interior. Muy frecuentemente y bajo pretexto de apostolado, complácese en su natural actividad, en la que el alma se disipa más y más; y confunde caridad con filantropía. Al surgir la contradicción y la prueba, la naturaleza quejase de las cruces, se irrita y pierde el ánimo. Su primer fervor no era sino fuego de pajas; es indiferente a la gloria de Dios, a su reinado y a la salud de las almas; es la negación misma del celo y fervor de la caridad. Este espíritu naturalista se expresa con una palabra: egoísmo.

Después de haber buscado sus satisfacciones en la vida interior, pero sin encontrarlas, proclama que es preciso evitar con prudencia toda exageración en las austeridades y en la oración, y lo mismo el misticismo en cualquiera de sus formas: estos tales comienzan a considerar místico a quien lea cada día con recogimiento un capítulo de *La Imitación de Cristo*. Repiten en todos los tonos que lo que interesa es la vida común, entendiendo por vida común la tibieza y la mediocridad, especie de término medio entre el bien y el mal, aunque más cerca del mal que del bien. Pretenden a menudo hacer creer que esa mediocridad es el modelo de la moderación y el justo medio de la virtud.

Este espíritu naturalista está descrito en aquellas palabras de San Pablo, I Cor. II, 14: "Porque el hombre animal no puede hacerse capaz de las cosas que son del Espíritu de Dios: pues para él todas son una necedad, y no puede entenderlas, puesto que se han discernir con una luz espiritual que no tiene". El egoísta juzga todas las cosas según su interés individual y no según el de Dios. Y así poco a poco se van ausentándose de él el espíritu de fe, de confianza y de amor de Dios y de las almas: porque se apoya en sí mismo, siendo la debilidad misma; mas a veces la gravedad de su propio mal le hace entrar en sí y se acuerda de las palabras de nuestro Señor: "Sin mí no podéis hacer nada".

SEÑALES DEL ESPÍRITU DIABÓLICO

El demonio, por su parte, nos anima al principio, inspirándonos pensamientos de orgullo, para dejarnos luego caer en la turbación, el decaimiento y aun en la desesperación. A fin de conocer bien sus influencias, las hemos de considerar en relación con la mortificación, la humildad y las tres virtudes teologales.

El demonio no siempre aleja, como la naturaleza, de la mortificación; al contrario, a muchos los empuja a exageradas mortificaciones externas, muy visibles, allá principalmente donde se las tiene en mucha estima; tal proceder da pábulo a la soberbia espiritual y arruina la salud, Mas el demonio no inspira la mortificación interior de la imaginación, del corazón, de la propia voluntad o del juicio propio, aunque a veces la simula, inspirándonos grandes escrúpulos sobre cosas sin importancia, al mismo tiempo gran relajación respecto a otras mucho más importantes.

Inspíranos gran estima de nosotros mismos, nos inclina a anteponernos a los demás, al elogio de las propias cosas, y a hacer la oración del fariseo.

Esta soberbia espiritual va muchas veces acompañada de una falsa humildad que nos hace decir mal de nosotros mismos sobre ciertas minucias, para impedir así que los otros lo digan de otras cosas más importantes, y hacer creer a los demás en nuestra humildad. O bien hácenos confundir la humildad con la pusilanimidad, que es más bien temor del fracaso y menosprecio.

En lugar de dar pábulo a la fe con la consideración de la doctrina del Evangelio, el espíritu del mal distrae la atención hacia lo que hay en él de más extraordinario y maravilloso o también hacia cosas extrañas a nuestra vocación. Inspira a un misionero la idea de hacerse Cartujo y a un Cartujo la de correr a evangelizar a los infieles. A otros los inclina a reducir lo sobrenatural a su mínima expresión, a modernizar la fe por la lectura de las obras de protestantes liberales.

Su manera de excitar la esperanza es procurar que nazca la presunción, despertando el deseo de hacerse santos de repente, sin recorrer las etapas anteriores y el camino de la abnegación. Tal vez nos inspira ciertas impaciencias contra nosotros mismos, y el despecho en lugar de la contrición.

Lejos de fomentar la caridad, cultiva en nosotros el amor propio y, según los temperamentos y circunstancias, hace que la caridad se desvíe, ya hacia un sentimentalismo humano de extrema condescendencia o hacia cierto liberalismo bajo capa de generosidad, o bien, por el contrario, hacia un celo amargo, que sermonea a todo el mundo, venga o no venga al caso, en vez de trabajar en la propia enmienda.

Todas estas cosas, en vez de traer la paz, engendran odios y recelos. Nadie osa dirigirnos la palabra, pues no soportaríamos la contradicción. Un exagerado personalismo hace que uno no se vea sino a sí mismo e inconscientemente se coloque sobre el pedestal.

Si por ventura sobreviene una falta demasiado evidente, difícil de ocultar, luego somos asaltados por la turbación, el despecho y el desaliento; y el demonio, que antes del pecado nos ocultaba el peligro, ahora exagera las dificultades de la enmienda y se esfuerza por hacernos caer en la desolación espiritual. Va modelando las almas a imagen suya; se levantó por su soberbia y cayó en la desesperación.

Hemos de poner, pues, mucha vigilancia, si echamos de ver en nosotros gran devoción sensible y que, al mismo tiempo, salimos de la oración con más amor propio, teniéndonos en más que los otros y esquivando la sencillez para con los superiores y el director. La falta de humildad y obediencia es indicio de que no es Dios quien nos guía.

SEÑALES DEL ESPÍRITU DE DIOS

Las señales del espíritu de Dios son lo contrario de las precedentes.

Este espíritu nos inclina a la mortificación exterior, y en esto difiere del espíritu natural; mas a una mortificación regulada por la discreción y la obediencia, y por la que no pretendemos hacernos notar ni arruinar la salud. Hácenos además comprender que la mortificación exterior vale muy poco si no va acompañada de la del corazón, de la propia voluntad y del juicio, y en esto difiere el espíritu de Dios del espíritu del demonio.

El de Dios inspira la verdadera humildad, que nos prohíbe preferirnos a los otros, no teme los menosprecios, ni hace propaganda sobre los divinos favores recibidos, aunque tampoco los niega cuando existen, antes por ellos glorifica a Dios.

Nos lleva a nutrir nuestra fe con lo que hay en el Evangelio de más sencillo y más profundo, siguiendo fiel a la tradición y evitando novedades. Hácenos ver al Señor en los superiores, robusteciendo así nuestro espíritu de fe.

Aviva la esperanza y preserva de la presunción; hácenos desear ardientemente las aguas vivas de la oración, recordándonos que a ellas hemos de llegar por etapas y por el camino de la humildad y el renunciamiento de la cruz. Nos hace santamente indiferentes para con los éxitos en las cosas humanas.

Acrescenta el fervor de la caridad, el celo por la gloria de Dios y el olvido de sí mismo. Nos lleva a pensar en Dios primeramente y abandonar en Él el cuidado de nuestros intereses. Reanima en nosotros el amor al prójimo, y nos hace ver en éste un índice de nuestro amor a Dios. Prohíbenos juzgar temerariamente y escandalizarnos sin motivo; inspira el celo manso y paciente que edifica mediante la oración y el ejemplo, en lugar de irritar con amonestaciones intempestivas. El espíritu de Dios nos da paciencia en las pruebas, amor a la cruz y caridad con los enemigos. Danos la paz con nosotros mismos y con los demás, y a menudo la alegría interior. Además, en una caída accidental háblanos de misericordia. San Pablo escribe (Gral., V, 22): "Los frutos del Espíritu, son caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia y castidad", que van unidos a la obediencia y la humildad.

Si se trata de un acto particular, conoceremos que Dios visita nuestra alma si ninguna causa natural le ha traído nunca la profunda consolación de que ahora se ve inundada. Sólo Dios es capaz de penetrar de esa manera en la intimidad del alma. No obstante, hay que distinguir con cuidado este primer momento de felicidad de los que vienen después, porque acaece muchas veces que en el segundo momento nacen en nosotros ciertos pensamientos que no son ya inspirados por Dios, y en los cuales podría muy bien deslizarse el error.

Es cosa rara que haga revelaciones el Espíritu Santo; es más bien una gracia extraordinaria que sería presunción el desear. Mas el Huésped interior con frecuencia da inspiraciones a las almas fervorosas, a fin de hacerles gustar ciertas palabras del Evangelio. En tal caso, guiada por la divina inspiración, debe el alma dejarse conducir, como el artista que sigue su genio y que, aun sin pensar en las reglas del arte, las observa, de manera espontánea y superior. Entonces marchan de acuerdo la humildad con el celo, la firmeza con la mansedumbre, la sencillez de la paloma con la prudencia de la serpiente. Por este camino conduce el Espíritu Santo las almas al puerto de la eternidad.² (pp. 810-814)

Después de esta introducción al tema de los ángeles, hemos dividido esta obra en dos partes. Es como un díptico que se nos abre. La primera parte es para reflexionar en torno a los ángeles buenos, y la segunda parte es acerca de los demonios, sus tentaciones, de manera especial sobre el demonio del mediodía, y la manera de combatirlos.

² Las Tres Edades de la Vida Interior, Desclée de Brouwer, Bs. As., 1975, pp. 807-814.

Respecto al discernimiento de espíritus no damos aquí sino principios generales; no hay que desechar, es cierto, ciertas reglas y comprobaciones empíricas que permiten, como veremos más adelante, caracteriar estos estados. Mas, como dice el P. Pègamey, OP, en un artículo titulado *Réflexions sur la Théologie spirituelle* (La Vie spir., dic. 1938, cup., p 151 ss.), “poco influiremos sobre la vidade la gracia, a la manera de un médico sobre la vida física, por la influencia directa de bien determinados procedimientos, correspondientes a uno de los estados que se cree haber reconocido.

Tales procedimientos variarían muy poco, Y serán úties en cuanto hagan poner en práctica el único medio, que es amor efectivo de Dios sobre todas las cosas y del prójimo como a sí mismo. Detallar modos particulares para cada estado no conduce sino a provocar ilusiones, si se toman esas indicaciones como reglas y no como simples advertencias que pueden servir de ayuda a la prudencia. En el mejor de los casos sería detenerse en lo accidental”. Ibid., p. 161.

LOS ÁNGELES BUENOS, ARQUETIPOS CELESTES

“Les dijo Jesús: los hijos de este siglo toman mujeres y maridos. Pero los juzgados dignos de tener parte en aquel siglo y en la resurrección de los muertos no tomarán mujeres ni maridos, porque ya no pueden morir, y son semejantes a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección” (Lc. 20, 34-36).

En este texto de la Sagrada Escritura hay una clara alusión a la resurrección de los muertos y a la condición de ellos en la otra vida.

La afirmación la resurrección de la carne" es un artículo del Credo, un dogma de fe, expresamente contenido en la Sagrada Escritura y definido solemnemente por la Iglesia en su Magisterio infalible. He aquí algunas de las afirmaciones.

"Creemos en la resurrección de la carne" (Dz. 20). "Si alguno dijere o creyere que los cuerpos humanos no resucitarán después de la muerte, sea anatema" (Dz. 30, Símbolo del Concilio I de Toledo).

"Confesamos que se hará la resurrección de la carne de todos los muertos. Creemos que resucitaremos, no en una carne aérea o en cualquier otra carne (como algunos deliran), sino en esta misma en que vivimos, subsistimos y nos movemos" (Dz. 287, Profesión de Fe del Concilio XI de Toledo).

La resurrección de la carne es una afirmación dogmática que nos lleva a creer en la otra vida y de manera especial, que quien muere en Cristo resucita con El. Acerca de esto, en el Catecismo se afirma:

"¿Qué es resucitar? En la muerte, separación del alma y del cuerpo, el cuerpo del hombre cae en la corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios, en espera de reunirse con su cuerpo glorificado. Dios en su omnipotencia dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a nuestras almas, por la virtud de la Resurrección de Jesús» (nº 997).

"¿Quién resucitará? Todos los hombres que han muerto: "Los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación" (Jn. 5, 29)" (n° 998).

Otra característica de los resucitados es que van a ser semejantes a los ángeles. Ahora bien, ¿en qué consiste esta semejanza con los ángeles? Se entiende por semejante aquello que se parece a una persona o cosa, es tener conformidad con ella. Los ángeles y los hombres son distintos esencialmente, ya que el hombre posee un cuerpo con un alma espiritual, en cambio los ángeles son seres espirituales, inmateriales. Por lo tanto no hay que entender la semejanza como igualdad de naturaleza, sino que los hombres resucitados van a tener algunas características que los asemejen a los ángeles. San Cirilo enseña:

"Así como hay una multitud grande de ángeles que no se aumenta por generación sino que existe por creación, así para los que resuciten, no habrá necesidad de ulteriores nupcias" (citado por Santo Tomás de Aquino, *Catena Aurea*, Lc. 20).

La semejanza, por tanto, del bienaventurado con los ángeles, es que no tendrá relación matrimonial ni necesidad de alimentar el cuerpo. Los cuerpos de los resucitados están glorificados, es decir perfeccionados gloriosamente, junto con el alma, la cual contemplará a Dios eternamente. Santo Tomás observa que los cuerpos de los resucitados "serán incorruptibles e inmortales, no habrá empleo de alimentos ni del sexo: 'en la resurrección ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles de Dios en el cielo" (Mt. 22, 30). Esto, contra la opinión de judíos y sarracenos. "No regresarán de nuevo a su casa" (Job 7, 10)" (*In Symb.* a. 11).

Los bienaventurados en el cielo poseerán a Dios, en la visión, amor y gozo beatíficos. La posesión de Dios en el cielo hará las almas semejantes a El. "Carísimos, -dice el evangelista S. Juan- ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es" (I Jn. 3, 2). El cielo implica la posesión del Bien absoluto y la exclusión de todos los males, por lo tanto los bienaventurados no necesitarán alimentarse, vestirse, progresar espiritualmente y casarse. Santo Tomás, comentando el Evangelio de San Mateo acerca del bienaventurado, que será como los ángeles, afirma lo siguiente:

"El casamiento es para la procreación de la prole, para que se conserve el hombre en la existencia, en el que le es semejante, pues no puede conservarla en sí mismo; y como la resurrección se realiza para la inmortalidad, entonces no serán necesarias las nupcias, como los ángeles en el cielo: ese estado es el estado del premio y el fin de la vida (Job. 14, 14). Esa vida será de un intelecto refulgente.

¿Por qué serán semejantes a los ángeles? Porque estarán inmunes a las pasiones; ahora el hombre tiene el intelecto unido a los sentidos y en esto nos superan los ángeles, pero luego será depurado, y por eso serán semejantes a los ángeles. De allí que quien tiene el ánimo por sobre las pasiones es semejante a los ángeles.

Las pasiones que más hacen al hombre bestial, son las venéreas, que se actualizan en el matrimonio; por eso dice "no se casarán" (Santo Tomás, *In Mat.* 22, 30).

I LOS ÁNGELES COMO MODELO

Toda la creación es obra de Dios, todo ha sido hecho por El y para El. El universo "ha sido creado para la gloria de Dios" (*Conc. Vaticano I, Dz, 3025*), o como dice San Buenaventura, Dios ha creado todas las cosas "no para aumentar su gloria, sino para manifestarla y comunicarla" (*In Lib. Sententiarum, 21, 2, 2, 1*).

Todo lo realizado por Dios posee un cierto orden, ya que lo propio del sabio es ordenar y como Dios es la sabiduría infinita lo ha hecho todo con orden. El orden, que es la armonía de las partes en el todo, es un efecto de la inteligencia. En la creación, observamos no sólo que lo inferior se diferencia de las cosas superiores sino que se les subordina y a su vez las cosas superiores están hechas para ejercitar un influjo en las inferiores. Todas las cosas están hechas para el hombre, el hombre para Cristo y Cristo para Dios (cfr. I Cor. 3, 23).

En cuanto a los ángeles, creaturas de Dios, forman parte del único universo creado y gobernado por Dios. "Dios ha creado un solo universo -dice el P. García Vieyra-. Nosotros contemplamos solamente las creaturas sensibles y corpóreas. Entre Dios y las creaturas

corpóreas es menester poner las creaturas incorpóreas para la perfección e integridad del universo. En caso contrario habría un gran vacío; nada ocuparía un lugar entre la infinita perfección de Dios y la imperfección de la creatura inerte. Para llenar este vacío, Dios ha creado el ángel y, en un grado inferior, al hombre".³

LOS ÁNGELES CUSTODIOS

Los ángeles buenos, Rectores del universo, están llamados a ser los modelos y arquetipos celestes en la vida de los hombres. Es por esto que algunos ángeles, los custodios, están destinados por Dios para guardar y custodiar a los hombres. Estos ángeles poseen una Sagrada tarea y misión, expresada en una oración piadosa que dice: "guardar, sostener, proteger, visitar y defender" a los hombres.

Guardar: es cuidar. Son como estrellas rutilantes, flechas luminosas que guían a cada alma hacia el cielo. Llevan al hombre al continuo recuerdo de Dios, son como un perpetuo momento de la semejanza primordial, una sinfonía espiritual del eco Divino.

Sostener: Son instrumentos de la ayuda de Dios. Sostienen la voluntad humana hacia el bien, mas nunca la sustituyen por la suya. La voluntad humana permanece siempre libre. El ángel custodio defiende a su protegido como una madre a su hijo, sin mirar si es bueno o malo. En el corazón del ángel de la guarda vive el misterio del amor materno. Son como madres con sus protegidos, son como la manifestación del amor materno elevado y puro. Por esta razón la Santísima Virgen, Madre de Dios, lleva el título de Reina de los ángeles. El amor materno, que comparte con los ángeles de la guarda y superándolo en grado y perfección, hace de Ella su Reina.

Proteger: Son los que avisan, iluminan. Lo que no hacen nunca es suprimir las tentaciones. Las tentaciones se dan, y el hombre debe ejercitar su libre albedrío en medio de ellas. Vencer las tentaciones es motivo de progreso espiritual. Los ángeles custodios guían para que no se caiga en ellas.

³ P. García Vieyra, Alberto, O.P. Los seis días de la creación, Centro de Estudios San Jerónimo, Santa Fe, 1992, p. 79; cfr. Sto. Tomás, Suma Teológica, I. q. 50, a. I.

Visitar y defender: Son los defensores de los hombres, sus abogados ante el Juez supremo. Van delante de sus protegidos. Nos dicen las S. Escrituras: "He aquí que enviaré a mi ángel delante de ti para que te guarde" (Ex. 23, 20). "Encomendaré a sus ángeles para que te guarden en todos sus caminos y ellos te llevarán en sus manos para que no tropieces en las piedras" (Sal. 90, 11-12).

La existencia de los ángeles custodios se explica, por las siguientes razones teológicas.

Primero: El orden que Dios establece al crear todas las cosas es que los seres inferiores sean gobernados por los superiores, por ejemplo, el hombre gobierna y domina a los animales; es muy razonable y conveniente que los hombres sean ayudados por los ángeles.

Segundo: Es muy razonable y muy natural que los ángeles, que están ya en la Patria bienaventurada, ayuden a los hombres en su camino hacia ella, puesto que habrán de ser sus eternos compañeros ante Dios.

Tercero: Si los demonios tientan a los hombres, es muy razonable que los ángeles buenos los guarden y ayuden a vencer esas tentaciones malignas.

En este aspecto el Papa Pío XII, inspirándose en la Sagrada Escritura, en los Santos Padres y en la liturgia, puntualiza el papel de los Ángeles Custodios:

"¿No dijo Cristo, hablando de los niños, que tan queridos fueron por su Corazón puro y amante: "Sus ángeles en el cielo están siempre mirando la faz de mi Padre que está en los cielos"? (Mt. 18, 10). Cuando los niños se hacen adultos ¿sus Ángeles de la Guarda les abandonan? ¡Ciertamente no!

"Cantemos a los Ángeles Custodios de los hombres", decía la liturgia de ayer en el himno de las primeras Vísperas; compañeros celestiales que el Padre ha dado a su frágil naturaleza, para que no sucumba ante los enemigos que la acechan. Este mismo pensamiento se repite una y otra vez en los escritos de los Padres de la Iglesia.

Cada cual, por muy humilde que sea, tiene ángeles que velan por él. Son gloriosos, puros, espléndidos y, no obstante, os han sido dados como compañeros de camino: están encargados de velar cuidadosamente sobre vosotros, para que no os apartéis de Cristo, su Señor.

Y no sólo quieren defenderos de los peligros que os acechan a lo largo de vuestro camino, sino que están activos a vuestro lado, estimulando a vuestras almas cuando hacéis esfuerzos para elevaros cada vez más alto en la unión con Dios a través de Cristo.

No queremos despedirnos... sin exhortaros a despertar a avivar en vosotros el sentido del mundo invisible que os rodea -pues las cosas que se ven son transitorias, las que no son eternas (2 Cor 4, 18)- y a mantener un cierto trato familiar con los ángeles, cuya solicitud constante se emplea en vuestra salvación y en vuestra santificación. Si Dios quiere, pasaréis una eternidad feliz con los ángeles: aprended a conocerlos ya desde ahora" (*Discorsi e radiomessagi di Sua Santità Pío XII*, vol. xx, p 423-414).

Cuarto: Así como los ángeles sirvieron a Cristo (cfr. Mt. 4, 11) y lo confortaron en su agonía de Getsemaní (cfr. Lc. 22, 43), parece, por lo tanto, natural que hagan lo mismo con todos los redimidos.

CRISTO, CABEZA DE LOS ÁNGELES

Los ángeles buenos deben servir como modelo que lleven a Cristo, ya que El es el Señor de todos ellos. La S. Escritura hace referencia a esta realidad.

"En Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y estáis llenos de El, que es la cabeza de todo principado y potestad" (Col. 2, 9-10).

Cristo, Alfa y Omega de todo el universo, es el Centro de toda la Creación.

"Cristo es el centro del mundo de los ángeles. Los ángeles le pertenecen: "Cuando el Hijo venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles..." (Mt. 25, 31). Le pertenecen porque fueron creados por y para El: "Porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por El y para El" (Col. 1, 16). Le pertenecen

más aún porque los ha hecho mensajeros de su designio de salvación: "¿Es que no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?" (Hb. 1, 14)" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 331).

La razón teológica es explicada por Santo Tomás. Cristo, por su perfección, ejercita sobre los ángeles y los hombres una superioridad que lo coloca por encima de todos ellos y de todo el universo creado visible. Santo Tomás usa la analogía de la cabeza y del cuerpo para profundizar esta cuestión.

"Como ya hemos dicho, donde hay un cuerpo hay que poner una cabeza. Por analogía llamamos cuerpo a una multitud ordenada a una finalidad única, aunque ejerzan actividades o funciones distintas. Pero es claro que los ángeles y los hombres se ordenan a un mismo fin, que es la gloria de la divina bienaventuranza. Por tanto, el Cuerpo místico de la Iglesia lo componen no sólo hombres, sino también los ángeles.

Ahora bien: Cristo es la cabeza de toda esa multitud, porque está más cerca de Dios y participa más perfectamente de sus dones que los hombres y que los mismos ángeles. Por otra parte, los ángeles y los hombres reciben su influencia, pues dice San Pablo que Dios Padre "sentó a Cristo a su diestra en los cielos, por encima de todo principado, potestad, virtud y dominación y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero" (Ef. 1, 20-21). Cristo, por tanto, no sólo es cabeza de los hombres, sino también de los ángeles. Y por esto se lee en San Mateo: "Se le acercaron los ángeles y lo servían" (Mt. 4, 11)" (*Suma Teológica*, III, q. 8, a. 4).

II LOS MONJES Y LOS ÁNGELES

Los ángeles buenos, en el plan de Dios, están colocados, también, para ser modelos que llevan al Señor. Es necesario, en este sentido, recuperar el valor que poseen los verdaderos modelos y su valor educativo.

El modelo es el ideal encarnado, asumido en plenitud; es la brújula que indica los valores superiores. Es como un imán que tira hacia lo alto. El arquetipo o modelo atractivo

por su ejemplaridad y perfección es "un primer molde inmóvil y permanente hacia el que deben tender los hombres y sus acciones, una forma o idea original y principal convertida por ello en punto de convergencia del partir y del llegar humano... Los arquetipos son la médula de las identidades históricas; condicionan y dirigen tanto las conductas individuales como las colectivas, fijan el rumbo y cautivan las voluntades, comprometen las inteligencias y obligan a una fidelidad renovada".⁴

Hay, así, modelos buenos que son dignos de imitar, aunque todos ellos -los arquetipos humanos y angelicales- están ordenados y subordinados a su vez a la contemplación del Arquetipo Divino: Cristo. El es "el más hermoso de los hijos de Adán" (Sal., 45, 3), "el Incomparable". Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, es el modelo por antonomasia para imitar. Debemos imitar al Inimitable.

La vida cristiana refleja, por lo tanto, las distintas facetas de la vida de Cristo, "las distintas vocaciones son como rayos de la única luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia" (*L. Gentium*, I). Los laicos -afirma el Papa Juan Pablo II- en virtud del carácter secular de su vocación, reflejan el misterio del Verbo Encarnado en cuanto Alfa y Omega del mundo, fundamento y medida del valor de todas las cosas creadas. Los ministros sagrados, por su parte, son imágenes vivas de Cristo cabeza y pastor, que guía a su pueblo en el tiempo del "ya pero todavía no", a la espera de su venida en la gloria. A la vida consagrada se confía la misión de señalar al Hijo de Dios hecho hombre como la meta escatológica a la que todo tiende, el resplandor ante el cual cualquier otra luz languidece, la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano"⁵. La vida consagrada es -además- un don de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, a la Iglesia.

Y los monjes, al igual que todo consagrado, están llamados a ser perfectos cristianos y a vivir la radicalidad de la entrega al Señor. Deben imitar a Cristo, llevando la cruz, por esto se hacen "portadores de la cruz (**stauróphóroi**)"⁶, también adoradores de Dios en espíritu y verdad, de ahí que son portadores del espíritu (**pneumatohóroi**). Y al vivir en la purificación continua, mediante el ascenso hacia Dios con su infinita ayuda, hacen

⁴ Caponetto, A., *Clos Arquetipos y la historia*, Scholastica, Bs. As., 1991, p. 63.

⁵ Papa Juan Pablo II. *Vita Consecrata*, c. 1, n° 16.

⁶ Papa Juan Pablo II, *Ibid.*, introd., n° 6.

resplandecer la belleza interior del alma. El camino espiritual que siguen, puede denominarse **filocalia**, amor a la Belleza Divina.

Y por la vida espiritual que llevan se denomina la vida monástica "vida angélica; el hábito monástico, vestidura angélica; según una piadosa leyenda, los monjes sustituyen el vacío aparecido en el cielo después que un cierto número de ángeles fue precipitado en el abismo. Los que abrazan la vida religiosa se proponen, por lo tanto, imitar a los ángeles".⁷

Los monjes, por su vida consagrada y de entrega a Dios, han sido considerados como ángeles en la tierra. Aunque estrictamente no son ángeles, pero por la vida que llevan se los puede considerar como ángeles. La "comparación no radica en la naturaleza, sino en la función. El monje no deja de tener una auténtica naturaleza humana, ni pretende convertirse en un ser puramente espiritual. Pero el estado teológico en que se halla por su profesión es comparable al de los ángeles en el cielo. Tiene (el monje) una vocación angélica".⁸

La vida de los monjes y la vida religiosa, en general, son consideradas siempre por la tradición como un estado angélico. La afirmación Vida religiosa = Vida angélica es aceptada por las Papas, Concilios, etcétera.

"Los monjes y las monjas constituyen un "orden angélico" (*Concilio de Fréjus*, de 891, can. 12); San Benito, su legislador en occidente, "llevó en la tierra una vida angélica" (tercera antifona de laudes de la fiesta de San Benito (21 de marzo, en el breviario monástico); su conducta es la imagen del "género de vida propio de los ángeles" (San Juan Crisóstomo, *In Philipp.*, c. 1, hom. 1, n. 2, p 62; San Juan Damasceno, *Vita Barlaam et Iosaphat*, PL, 73, 444; Casiano, *Colaciones*, XVIII, 5). Constantemente lo repiten: San Pedro Damiano lo escribe a la comunidad de Monte Cassino (*Opusc.* 34, PL, 145, 571) y a la de Cluny (*Epist.*, VI, 4, PL, 144, 374); Los mismos monjes lo creen: uno de ellos, para dejar bien marcado su lugar en la Iglesia, proclama que San Benito pertenece a "la orden de

⁷ P. Spidlik, Tomás, SJ, El camino angélico, en Cuadernos de Espiritualidad y Teología, Año VI, n. 14, Centro de Estudios San Jerónimo, Santa Fe, Abril, 1996, p. 97.

⁸ Pfeiffer, Claudio J., OSB, Espiritualidad Monástica, Monte Casino, Zamora (España), 1976, p. 560.

Miguel Arcángel" (*Liber XII quaestionum*, atribuido a Honorio de Autún, PL, 172, 1177; cfr. también Antíoco, *Hom.* 103, p 89,1745; *Hom.* 112, 1781)" 1781)".⁹

Los monjes son un ejército espiritual en un campo de batalla, que es el monasterio y el interior del corazón; se ocupan, en la tierra, del oficio de los ángeles. Los monjes "no toman mujeres, ni las mujeres maridos; no duermen con exceso, no se dan al regalo. Fuera de unas pocas cosas, se han hecho incorpóreos" (San Juan Crisóstomo, *Hom. sobre S. Mateo*, 70, 5). El ejército de los monjes es más admirable que el ejército de los soldados; ellos libran un combate gigantesco contra los demonios, contra todo lo que no es Dios; un combate invisible con armas espirituales excelentes.

"Contemplemos, pues, hoy aquellos ejércitos espirituales y veamos aquel placer limpio de todo temor. Porque allí no acampan entre lanzas, como nuestros soldados (aquí terminamos ayer nuestro discurso), ni armados de escudos y corazas. No. Desnudos los veréis de todo eso, y, sin embargo, llevando a cabo hazañas como no son capaces de cumplir los soldados imperiales con sus armas. Y si eres capaz de comprenderlo, ven, dame tu mano y vamos los dos a esta guerra y veamos el orden de combate. Porque, sí, también éstos hacen diariamente la guerra y pasan a cuchillo a sus contrarios y vencen a todas las concupiscencias que a nosotros nos asedian. Allí las contemplarás derribaras por tierra, sin poder ni respirar. Allí se ve puesta por obra aquella sentencia del Apóstol que dice: ‘Los que son de Cristo han crucificado su carne con todas sus pasiones y concupiscencias’. ¡Mira qué muchedumbre de cadáveres tendidos, atravesados por la espada del espíritu! De ahí que no se vea allí rastro de embriaguez ni glotonería, como lo demuestra bien la mesa y el trofeo que sobre ella se levanta. No bebiendo más que agua, los monjes derrotan y ponen en fuga a ese monstruo de la embriaguez con sus mil formas y sus mil cabezas. Porque sí, lo mismo que la Escila y la hidra de la fábula, también la embriaguez tiene muchas cabezas. De aquí nace la fornicación, de allí la ira, de otro lado la molicie, de otro los torpes amores. Mas en el desierto, todo eso ha sido muerto. A la verdad, aquellos otros ejércitos, aun cuando venzan a infinitos enemigos, son por éstos derrotados. Ni armas, ni lanzas, ni otros aprestos de guerra algunos pueden hacer frente a estos escuadrones de las pasiones.

⁹ Leclerq, Jean, *La Vida Perfecta, consideraciones sobre la esencia del estado religioso*, Herder, Barcelona, 1965, pp. 23-24

Aquellos gigantes, aquellos campeones, aquellos héroes que han llevado a cabo tantas proezas, luego los verás atados, sin cadenas, por el sueño y la embriaguez, y tendidos heridos, sin verter una gota de sangre ni recibir un golpe, como los que de veras han sido heridos, y hasta mucho peor que éstos. Porque el herido en la batalla, por lo menos aún respira; pero éstos, ni la respiración conservan, sino que caen al punto profundamente. ¿Veis cómo este ejército es mayor y más admirable que el otro? Y es así que a los enemigos que derrotan a los otros, los monjes los aniquilan con sola la voluntad. Así, a la que es madre de todos los males, la dejan tan debilitada, que ya en adelante ni les molesta. Y tendido por tierra y cortada la cabeza al capitán, el resto del cuerpo no se rebulle. Y esta victoria es de ver cómo la alcanza cada uno de los monjes. Porque no sucede aquí como con los enemigos corrientes, donde el que ha recibido golpe mortal no puede ya molestar a otro una vez que yace tendido en tierra. Aquí todos tienen forzosamente que herir de muerte al monstruo: porque quien no lo hiere y derriba, sufre irremediamente sus ataques" (S. Juan Crisóstomo, *Hom. sobre San Mateo*, 70, 13).

Los monjes al llevar una vida angélica en la tierra, anticipan los bienes del cielo. Hay entre los monjes y los ángeles ciertas características fundamentales de remarcar:

UNA VIDA PARA EL CIELO

Todo hombre está hecho por Dios y para Dios. La verdadera grandeza del alma humana -en este sentido- es la de ser, al igual que lo son los ángeles, "capaz de eternidad", según expresión de San Bernardo (*Cant.*, 80, 5, PL, 138, 1168).

La excelencia del alma humana consiste en que está admirablemente "elevada por encima de la condición del cuerpo", y "que está más próxima de Dios que la ha creado, que del cuerpo a que está ligada... En fin -observa Bossuet- esa alma es una cosa tan grande y tan admirable que no se conoce a sí misma (totalmente); y San Agustín exclamó, a propósito de esto, como arrebatado fuera de sí: 'Yo mismo no sé lo que me habéis dado. ¡Oh mi Dios, mi Creador! al darme un alma de esta naturaleza; es un prodigio que Vos solo

conocéis, nadie puede comprenderlo; y si lo pudiese concebir, vería claramente que fuera de Ti, no hay nada más grande que mi alma".¹⁰

Pero hay diferencias entre los monjes, que están en vía, en camino, con los ángeles que ya contemplan a Dios. Mientras los ángeles ya están estabilizados en la eterna bienaventuranza, los monjes deben alcanzarla renunciando a la vida del mundo y deseando unirse a Dios lo más posible.

La vida monástica al ser signo de lo escatológico, anticipa los bienes del cielo. El Papa Juan Pablo II, acerca de la Vida consagrada, observa:

"Donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón" (Mt. 6, 21); el tesoro único del Reino suscita el deseo, la espera, el compromiso y el testimonio... En este horizonte es donde mejor se comprende el papel de signo escatológico propio de la vida consagrada. En efecto, es constante la doctrina que la presenta como anticipación del Reino futuro. El Concilio Vaticano II vuelve a proponer esta enseñanza cuando afirma que la consagración "anuncia ya la resurrección futura y la gloria del Reino de los Cielos" (L.G, 42). Esto lo realiza sobre todo la opción por la virginidad, entendida siempre por la tradición como una anticipación del mundo definitivo, que ya desde ahora actúa y transforma al hombre en su totalidad" (Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, c I, 26).

Al decir que la vida de los monjes es angélica es ante todo afirmar que viven para el cielo y que no tienen ligadura con lo de aquí abajo. La expresión "vida celestial" es sinónimo de "vida angélica". Lo propio de "los monjes, en efecto, es tender hacia la patria, hacia la Jerusalén de arriba: el camino estrecho que han abrazado les da el medio, aunque estén en un cuerpo frágil, de iniciar la vida de los ángeles; gracias a este camino llegan hasta el vestíbulo del cielo contemplando la bienaventuranza de su ciudad y gustando de sus alegrías. Muertos al mundo, del que han huido para imitar a Cristo sufriente y humillado, se configuran con Cristo resucitado y glorificado: con Cristo pasan de la vida terrena y mortal a una vida superior que nunca terminará".¹¹

¹⁰ Bossuet, Obras, Tucumán, 1980, pp. 11-12.

¹¹ Leclercq, J, op. cit., pp. 27-28

La vida cristiana es esencialmente trascendente, se ordena al cielo. Y el monaquismo es la expresión más exacta del anhelo escatológico, que parte de la restauración del Paraíso interior en el alma, por la gracia, hasta el Paraíso definitivo, que es el cielo. Y así como los ángeles en el Paraíso-cielo gozan constantemente de Dios, la vida monástica anticipa ese estado: "es una condición celeste porque está libre de toda preocupación temporal"¹², pero este estado, "por muy sublime que pueda ser, es sólo una anticipación del paraíso definitivo que ha de venir. El monje sabe muy bien que el paraíso del claustro no es más que un estado transitorio, orientado hacia el Paraíso de la Jerusalén celestial. Es una verdadera anticipación del paraíso final, una participación germinal en los mismos bienes que disfrutará un día. De este modo el monje une su voz al grito anhelante de la creación que espera la liberación final impulsada por el vivo deseo del paraíso escatológico. Está ciertamente con el Señor, pero espera el día en que su unión será irreversible y cara a cara. Evagrio Pónico, el gran teólogo del monacato antiguo, escribe: "El justo está en este lado de la ciudad que es la herencia de los perfectos: pero el perfecto está ya con el Señor en el Edén y en la Jerusalén celestial, porque se halla dentro de ella".¹³

Los monjes, por su vida de renuncia, están llamados a ser los absortos en Dios, los fijos en lo único necesario, los centrados en el Centro esencial. Los monjes son los señaladores de Dios, los imitadores de lo trascendental; son aquellos, además, que han puesto su tienda entre la tierra y el cielo, el tiempo y la eternidad. Cuando los simples fieles observaban a los consagrados de Dios, recibían una lección de eternidad.

"Pero la gente antigua iba a estos conventos siempre abiertos: miraba y oía cantar Vísperas y Maitines sin entender gran cosa: y aprendía una gran lección de Sabiduría, la lección de no hacer nada fuera de conocer a Dios. Veía interminablemente esos hombres muertos, inmovilizados, automatizados, en cuerpo y alma dedicados a cantar la palabra de Dios, porque una palabra no es del todo inteligible mientras no se convierta en canto. Y entonces el pueblo que no es zozco cuando le muestran cosas -aunque lo es cuando lo emborrachan con palabras- entendía la lección de los Absortos en el Más Allá; que lo más importante de la vida es entender a Dios mucho más que ganarse la vida; y que hay que

¹² Pfeiffer, C. J., op. cit., p.560.

¹³ Pfeiffer, C. J., ibíd., p. 559.

cesar a ratos de ganarse la vida y reprimir el trajín de lo temporal, para ver si suena allá adentro la Voz antigua y nueva".¹⁴

LA PROFESIÓN

La profesión religiosa es esencialmente un gesto teologal, implica reconocer la primacía de Dios en todo y, de manera especial, en la propia vida de quien se consagra.

Sin fe, sin esperanza y sin caridad no puede darse una verdadera profesión religiosa. La fe significa creer en Dios; la esperanza, confiar en los auxilios sobrenaturales que conducen a El; y la caridad es amarlo sobre todas las cosas.

Por otro lado, la profesión religiosa es una renuncia a todo lo que no es Dios para vivir exclusivamente para El. La profesión es un martirio de amor, un holocausto en el altar del Señor. El que profesa se hace oblación de amor con Aquél que es Sacerdote, Altar y Víctima, es decir, Cristo. En efecto, "mediante la profesión de los consejos evangélicos la persona consagrada no sólo hace de Cristo el centro de la propia vida, sino que se preocupa de reproducir en sí mismo, en cuanto es posible, "aquella forma de vida que escogió el Hijo de Dios al venir al mundo" (*Const. Dogm. Lumen gentium*, 1). Abrazando la virginidad, hace suyo el amor virginal de Cristo y lo confiesa al mundo como Hijo Unigénito, uno con el Padre (cfr. Jn. 10, 30; 14, 11); imitando su pobreza, lo confiesa como Hijo que todo lo recibe del Padre y todo lo devuelve en el amor (cfr. Jn. 17, 7-10); adhiriéndose, con el sacrificio de la propia libertad, al misterio de la obediencia filial, lo confiesa infinitamente amado y amante, como Aquel que se complace sólo en la voluntad del Padre (cfr. Jn. 4, 34), al que está perfectamente unido y del que depende en todo".¹⁵

Y también la profesión es una consagración a la Trinidad: es una **confessio Trinitatis** que caracteriza toda su vida cristiana, reconociendo con admiración la sublime belleza de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y testimoniando con alegría su amorosa condescendencia hacia cada ser humano" (ibid).

¹⁴ P. Castellani, Leonardo, SJ, *Las canciones de Militis*, Dictio, Buenos Aires, 1977, p. 166.

¹⁵ PP. Juan Pablo II, *Exhortación Apostólica Vita Consecrata*, 16

El monje al renunciar a todo lo que es pasajero, perecedero, y vivir sólo para Dios, se asemeja a los ángeles. La profesión monástica identifica los monjes a los ángeles. Guillermo de Saint-Thierry, escribiendo a los cartujos de Mont-Dieu, dice:

"La vida de la que hacéis profesión es extremadamente elevada; supera los cielos, es igual a los ángeles, es semejante a su pureza. En efecto, no habéis hecho únicamente voto de santidad, sino de perfección y de cumplimiento total de la santidad. No os detenéis en los preceptos comunes, no preguntáis únicamente lo que manda Dios, sino lo que Dios quiere: buscáis su beneplácito y sus mayores exigencias; a los otros pertenece el servir a Dios. a vosotros el unirnos con El. La obra de los otros es la de creer, saber, reverenciar; la vuestra es la de saborear, comprender, conocer y gozar".¹⁶

San Bernardo, el Doctor Melifluo, monje y caballero de Cristo, compara la profesión monástica con la vida angélica.

"Creo que por la renuncia perfecta al mundo que la vida religiosa exige y por la vida singularmente elevada que favorece, y por la que se eleva por encima de todos los géneros de vida, convierte a los que hacen profesión de ella y la aman, en semejantes a los ángeles y diferentes de los hombres. La vida religiosa vuelve a constituir en el hombre la imagen de Dios, nos configura con Cristo al modo como lo hace en el bautismo".¹⁷

Por último, por la profesión monástica, el monje se encamina hacia el santuario celeste, bajo la mirada de Dios y de los ángeles: "Os ponéis en camino hacia el altar; los ángeles os contemplan".¹⁸

¹⁶ Guillermo de Saint Thierry , Epístola ad Frates de Monte Dei, II, 5, Pt., 184, 392.

¹⁷ San Bernardo, De Praecepto et dispensatione, XVII, 54, PL., 182, 889.

¹⁸ San Ambrosio, De sacr. , IV, 5.

HÁBITO MONÁSTICO: VESTIDURA ANGÉLICA

El tema del hábito monástico nos lleva a reflexionar acerca de la importancia del vestido, en este caso como signo de consagración. En el momento actual se ha convertido el vestido en un fenómeno preocupante que es la moda, la cual ejerce un influjo tremendo en nuestra sociedad. La moda es como el imperio de lo efímero, un culto a lo perecedero; anula la cosmovisión superior acerca de lo que pueda representar al vestido, como símbolo de realidades elevadas. El vestir bien o mal no debe verse simplemente bajo la óptica moral, sino que es una "cuestión que, en el fondo, es metafísica y teológica"¹⁹; es decir que afecta a la persona en cuanto a persona y en orden a su salvación.

Por esto antes de ver al hábito monástico como vestidura angélica, es necesario hacer una pequeña descripción de la importancia del vestido en el hombre:

1. EL VESTIDO EN EL PARAÍSO ²⁰

Adán y Eva antes del pecado se encontraban en una cierta armonía con el mundo divino y en una familiaridad con Dios que brotaba de la gracia. La vida de Adán y Eva poseía una musicalidad, era un canto de alabanza al Creador. La gracia en nuestros primeros padres desbordaba la totalidad de sus seres, los cuales al inicio estaban desnudos. Pero al hombre, rey de la creación, Dios lo había vestido:

"De manera peculiar, lo había cubierto con su gracia, dándole una participación especial en la vida divina. Antes del pecado, el cuerpo era de otra manera para el hombre, porque el hombre era de otra manera para Dios. Antes del pecado, el hombre estaba de tal manera frente a Dios que su cuerpo, aún ignorado todo revestimiento humano, no estaba propiamente desnudo. La gracia de Dios lo envolvía cual vestidura resplandeciente. No decimos esto, por cierto, entendiéndolo en sentido luterano, como sí la gracia fuese algo meramente extrínseco, que no penetra al hombre ni lo transforma por adentro, si no en el

¹⁹ Peterson, E., *Tratados Teológicos*, Cristiandad, Madrid, 1966, p. 221. También el Papa Juan Pablo II ha tratado estos temas acerca de la teología del cuerpo, en sus catequesis de los miércoles a partir de fines de 1979 hasta mediados de 1980.

²⁰ P. Sanz, A., SJ., *El vestido como símbolo*, en *Rev. Stromata*, año XXXVIII, Julio – Diciembre 1982, N. 314, p. 373.

sentido de que era un don, agregado, por así decir, a la naturaleza pura del hombre. Nuestros padres estaban vestidos por la gloria de Dios".²¹

La armonía de nuestros protoparentes se pierde por la tentación del demonio y su consiguiente caída, Pasan ellos de la armonía original a la desarmonía por el pecado original, de la amistad con Dios a la enemistad con El. El apetecer "ser" dioses, sin Dios, se convierte en un pecado de terrible soberbia. La caída indica el comienzo del desorden, y como consecuencia de esto se ocultan a la mirada de Dios. Se abren los ojos de ambos (Cfr. Gen. 3, 7), y "viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos ceñidores" (ibid).

La fealdad del alma a causa del pecado repercute en el cuerpo. Símbolo de esta fealdad es la nueva vestidura que va a cubrir dichos cuerpos: "Hízoles Yavé Dios al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió" (Gen. 3, 21). Las túnicas de piel simbolizan, dice San Gregorio de Nisa, el mundo animal (21). Si al comienzo "nuestros primeros padres eran iconos o imágenes de Dios, a partir del pecado pasaron a serlo del mundo animal."²² Porque el pecado, al segar la verticalidad del hombre, lo animaliza. Las túnicas de pieles eran túnicas "muertas", "mortales", mientras que el icono de Dios poseía la inmortalidad".²³

Pero esta vestidura fue para el hombre adventicio, un anticipo de lo que va a ser otra vestidura, que es la túnica bautismal. El neófito "revestiría previo despojo de esta túnica animal, heredada de los primeros padres, una túnica luminosa, túnica de incorrupción, aquella con la que el Padre vestiría a su hijo pródigo".²⁴

2. EL VESTIDO EN CRISTO

Cristo, el nuevo Adán, el Salvador, el Restaurador de todas las cosas, va a recuperar el Paraíso perdido, lo va a hacer con su preciosa sangre.

²¹ P. Saenz, A. SJ., *Ibíd.*, p. 375.

²² De an. et res., PG 46, 148.

²³ P. Saenz, A., SJ., *op. cit.*, pp.377-8

²⁴ P. Saenz, A. SJ., *Ibíd.*, p. 378

Cristo al encarnarse, al hacerse hombre sin dejar de ser Dios, va a vestir su cuerpo con una nueva vestidura. Ya en su nacimiento, en que se "muestra la extremosa humildad de quien para redimir al Adán animalizado no vaciló en ser acunado en medio de animales, su gloria comienza a resplandecer. El cielo se ilumina por encima de la cuna, donde la madre le había dado su primer vestido envolviéndolo en pañales, y los magos le aportan los dones más preciados, el oro, el incienso y la mirra".²⁵

Y Nuestro Señor, en su transfiguración, nos revela y nos indica acerca de la vestidura celestial, sin desvincularla de su vocación a la cruz. El rostro de Cristo -dice la S. Escritura- se llenó de gloria (cf. Lc. 9, 32); su vestido se volvió blanco y resplandeciente, tomando así el fulgor de los hábitos sacerdotales y reales (cf. Lc. 9, 29). En esta escena, los vestidos de Cristo no son solamente portadores de gloria, se hacen luz: "Sus vestidos se volvieron blancos como la luz" (Mt. 17. 2), "sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como no los puede blanquear lavadero alguno sobre la tierra" (Mc. 9, 3).

El episodio de la Transfiguración marca un momento decisivo en "el misterio de Jesús. Es un acontecimiento de revelación que consolida la fe en el corazón de los discípulos, los prepara para el drama de la Cruz y anticipa la gloria de la resurrección. Este misterio es vivido continuamente por la iglesia, pueblo en camino hacia el encuentro escatológico con su Señor. Como los tres apóstoles escogidos, la Iglesia contempla el rostro transfigurado de Cristo, para confirmarse en la fe y no desfallecer ante su rostro desfigurado en la Cruz. En un caso y en otro, ella es la Esposa ante el Esposo, partícipe de su misterio y envuelta por su luz".²⁶

Al transfigurarse, Nuestro Señor revela un anticipo de lo que va a ser la vestidura nupcial del bienaventurado, vestidura que comienza en el santo bautismo y culmina en esplendor en el cielo. En el bautizado la vestidura blanca simboliza que se ha "revestido de Cristo (Ga. 3, 27), a resucitado con Cristo" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 1243). El bautizado se hace hijo de Dios, coheredero del reino celestial; de ahí que "el bautismo es el más bello y magnífico de los dones de Dios... lo llamamos don, gracia, unción, iluminación,

²⁵ P. Saenz, A., SJ., *Ibíd.*, p. 379.

²⁶ P. Saenz, A., SJ., *Ibíd.*, p. 379.

vestidura de incorruptibilidad, baño de regeneración, sello y todo lo más precioso que hay. Don, porque es conferido a los que no aportan nada; gracia, porque es dado incluso a culpables; bautismo, porque el pecado es sepultado en el agua; unción, porque es sagrado y real (tales son los que son ungidos); iluminación, porque es luz resplandeciente; vestidura, porque cubre nuestra vergüenza; baño, porque lava; sello, porque nos guarda y es el signo de la soberanía de Dios"²⁷.

3. LA VESTIDURA SACERDOTAL

El vestido, pues, viene a ayudar al hombre. En cuanto que cubre el cuerpo, no sólo favorece el pudor y la vergüenza sino también en el orden físico -para defendernos del frío-, moral -para cubrir nuestra desnudez-, social -para conservar la dignidad apropiados-, estético -para acrecentar la belleza corporal-²⁸

Si el simple vestido posee estas características, la vestidura sacerdotal adquiere un sentido superior, en cuanto símbolo sacro. Es en este aspecto armadura espiritual: es -para el sacerdote- "su Ángel Custodio, [lo protege] como la corteza a la fruta, y es -además- como los cabellos de Sansón"²⁹

El uso de la vestidura sacerdotal implica la Cruz, un sometimiento a Dios en la verdadera exigencia. El sacerdote es sacerdote, sea en la manera de actuar, de hablar y de vestir. El sacerdote no debe diluirse, "aguar", secularizarse en el acercamiento a las almas, sino que debe darles Dios. "Sois sacerdotes y religiosos; no sois dirigentes sociales, líderes políticos o funcionarios de un orden temporal. Por eso os repito: no nos hagamos la ilusión de servir al Evangelio si tratamos de "diluir" nuestro carisma a través de un interés exagerado hacia el amplio campo de los problemas temporales" (Juan Pablo II, Discurso a los sacerdotes y religiosos, Puebla, año 1979).

Y es también el mismo Papa, Juan Pablo II, en un discurso pronunciado en Río de Janeiro, donde exalta el valor simbólico de la sotana. El signo, su fecundidad, está en elevar

²⁷ S. Gregorio Nacianceno, Oraciones, 40, 3-4; PG 36,361 C.

²⁸ Cfr. P. Royo Marín, A. OP., Teología Moral para Seglares, B.A.C. 1964, T. I. P. 378.

²⁹ San Antonio Claret, citado por Benson, J., Argumentación para un signo polémico: la sotana, Roma, Bs. As., Año VIII, N. 37, p. 33.

y en conducir hacia las realidades superiores. "La fuerza del signo no está en el conformismo -observa el Papa-, sino en la distinción. La luz es distinta de las tinieblas para poder iluminar el camino de quien anda en la oscuridad. La sal es distinta de la comida para darle sabor. El fuego es distinto del hielo para calentar los miembros ateridos por el frío. Cristo nos llama luz y sal de la tierra. En un mundo disipado y confuso como el nuestro, la fuerza del signo está exactamente en ser diferente. El signo debe destacarse tanto más cuanto que la acción apostólica exige mayor inserción en la masa humana. A este propósito, ¿cómo negar que una cierta absorción de la mentalidad del mundo, la frecuentación de ambientes disipadores, así como también el abandono del modo externo de presentarse, distintivo de los sacerdotes, pueden disminuir la sensibilidad del propio valor del signo?" (12 de julio de 1980).

Por la frecuencia con que el Papa ha vuelto sobre el tema se manifiesta la importancia que le confiere. Dirigiéndose, por ejemplo, a un grupo de sacerdotes de Bolonia, les dice: "No es cediendo a las sugerencias de un falso aseglaramiento expresado en el abandono del traje eclesiástico o en la asimilación de costumbres mundanas o tomando un oficio profano; no es éste el camino para acercarse eficazmente al hombre de hoy. Esta asimilación quizás podría dar la impresión, a primera vista, de una facilidad de contacto; pero ¿para qué valdría si hubiese de ser "pagada" con la pérdida de la función específica evangelizadora y santificadora que hace del sacerdote la sal de la tierra y la luz del mundo? El peligro de que la sal se vuelva insípida o de que la luz sea sofocada, ya lo admitió claramente como hipótesis Jesús en el Evangelio (cf. Mt. 5, 13-16). ¿Para qué serviría un sacerdote "asimilado" al mundo de tal forma que se convirtiera en elemento disfrazado del mismo y no ya en fermento transformador?" (19 de abril de 1979). Y en un discurso a sacerdotes y religiosas de Maynooth, Irlanda: "No dudéis en haceros reconocer e identificar por las calles, como hombres y mujeres que han consagrado su vida a Dios y han dejado todo lo de este mundo para seguir a Cristo. Creed en el valor que tienen para los hombres y mujeres de nuestro tiempo los signos visibles de nuestra vida consagrada. La gente necesita signos y señales de Dios en esta moderna ciudad secular en la que quedan bien pocos signos que llevan al Señor. ¡No contribuyáis a esta tendencia a "retirar a Dios de las calles", adoptando vosotros mismos modos seculares de vestir o de comportaros!" (1º de octubre de 1979).

Y por último para reafirmar la continua preocupación del Papa acerca del traje eclesiástico, escribe un carta al Cardenal Vicario de Roma, donde reitera la necesidad que tiene la gente de recuperar lo sacro delante de un mundo secularizado y desacralizado. Y esta necesidad llega a descubrir en cada sacerdote "que está llamado a dar testimonio público " y "especial pertenencia a Dios".

"Y puesto que este signo expresa concretamente nuestro "no ser del mundo" (cf. Jn. 17, 14), en la plegaria compuesta para el Jueves Santo de este año, aludiendo al hábito eclesiástico, me dirigía al Señor con esta invocación: Haz que no entristezcamos tu Espíritu... con lo que se manifiesta como un deseo de esconder el propio sacerdocio ante los hombres y evitar toda señal externa." Y agrega el Papa:

"Enviados por Cristo para anunciar el Evangelio, tenemos que transmitir un mensaje que se expresa tanto con las palabras como con los signos externos, sobre todo en el mundo de hoy que se muestra tan sensible el lenguaje de las imágenes. El hábito eclesiástico, como el religioso, tiene un significado particular: para el sacerdote diocesano tiene principalmente el carácter de signo, que lo distingue del ambiente secular en que vive: para el religioso y para la religiosa expresa también el carácter de consagración y pone en evidencia el fin escatológico de la vida religiosa. El hábito, por tanto, sirve para los fines de la evangelización e induce a reflexionar sobre las realidades que nosotros representamos en el mundo y sobre el primado de los valores espirituales que afirmamos en la existencia del hombre. Mediante dicho signo, se hace más fácil a los otros llegar al misterio, del que somos portadores, a Aquel al que pertenecemos y a Quien con todo nuestro ser queremos anunciar" (8-9-1982).

4. EL HÁBITO RELIGIOSO

Se ha considerado siempre en la vida monástica al hábito como una vestidura de ángeles.

Primero, en cuanto a las partes que configuran dicho hábito. Este se compone siempre, cualquiera sea el nombre que se le dé, por: un capuchón que cubre la cabeza, un

escapulario que desciende hasta los pies, un pallium o cogulla que se extiende sobre los brazos. Estos tres vestidos, siendo doble cada uno de ellos por tener dos caras o lados, evocan las seis alas con las que se cubren enteramente los querubines y serafines.³⁰

El monje al recibir el hábito imita a los seres espirituales que irradian el amor de Dios en la contemplación de lo único necesario.

Segundo, cuando al novicio, luego de aceptar el compromiso monástico, se le pregunta si quiere llevar el hábito que es una vestidura de ángeles: "¿Quieres recibir la vestidura angélica, ser admitido en la comunidad de los monjes?"³¹. Y al colocarle la cogulla, es decir, la vestidura que le hace monje y le designa como tal, se le explica su sentido: "Hermano nuestro, recibe la cogulla en prenda de la gran vestidura de los ángeles, para vivir santamente sin la corrupción del pecado"³². Los ángeles, entonces, anotan su profesión, de la que le pedirán cuenta en el día del retorno de Cristo.

También los vestidos del monje son un símbolo de su crucifixión³³. San Pacomio ya lo afirmaba. Casiano lo explicará a propósito de la túnica: Esta debe ser de lino, como era el lienzo de Cristo:

"El lino recuerda a los monjes que están muertos a esta vida terrena y les recuerda que cada día deben oír el Apóstol que les dice: 'Mortificad los miembros del hombre terreno'³⁴. De esta manera es el mismo vestido del monje el que proclama: 'Vosotros estáis muertos y vuestra vida esta oculta en Dios con Cristo'³⁵. 'No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí'³⁶. 'Este mundo está crucificado para mí y yo para él'³⁷."

Según S. Máximo el Confesor, el escapulario tiene la forma de una cruz: "Esto quiere decir que nosotros debemos, como enseña el Apóstol, no solamente estar crucificado al mundo, sino crucificar al mundo en nosotros, puesto que hemos roto con él y

³⁰ Cfr. Leclercq, J., *La vida perfecta*, Herder, Barcelona, 1965 p. 24.

³¹ Lecreq, J., *Ibíd.*, p.25.

³² Lecreq, J., *Ibíd.*, p.25.

³³ Citado por Leclercq, J., *Ibíd.*, p. 151.

³⁴ Col., 3, 5.

³⁵ Col., 3, 3.

³⁶ Gal., 2, 20.

³⁷ Gal., 6,14; Casiano, *Inst.* 1, 4.

mortificamos en nosotros cualquier tendencia que él pueda satisfacer" ³⁸. El escapulario, como indica su nombre, se extiende por las espaldas: es la imagen de la Cruz de Cristo que es necesario llevar sobre nuestras espaldas si queremos responder al llamamiento del Señor: "Si alguno quiere venir en pos de mí...". Dionisio el Cartujano cuenta que el Salvador se apareció a un cisterciense y "le dijo que el escapulario de los religiosos significaba que estos estaban unidos a la cruz de una manera especial"³⁹. Evagrio Póntico, al hablar del simbolismo del hábito monástico, lo hace basado en las enseñanzas de los Padres.

"Querido hermano Anatolio, recientemente me has escrito desde la Santa Montaña para pedirme, a mí que resido en Escete, que te explique el simbolismo del hábito de los monjes egipcios, porque seguramente has pensado que no es por casualidad ni sin razón que es tan diferente de la vestimenta de los otros hombres. Pues bien, te haremos conocer todo lo que hemos aprendido de los Santos Padres sobre esta materia.

La capucha es el símbolo del amor de Dios nuestro Salvador, que protege la parte más importante del cuerpo y mantiene, a los que aún son como niños, protegidos en Cristo (cf. I Cor. 3, 1) contra aquellos que continuamente buscan golpear y lastimar (cf. II Cor. 12, 7). Así, los que la llevan sobre la cabeza cantan con hombría: "Sí el Señor no construye la casa y no custodia la ciudad en vano se esfuerzan el constructor y el centinela" (Salmo 126, 1). Estas palabras engendran la humildad y arrancan el orgullo, el mal original que precipitó sobre la tierra a "Lucifer, el que se eleva al amanecer" (Is 14, 12).

La desnudez de las manos manifiesta que su género de vida está libre de toda hipocresía. La vanagloria, en efecto, es suficientemente poderosa como para cubrir y oscurecer las virtudes, persiguiendo siempre la gloria que viene de los hombres (cf. I Tes. 2, 6) y alejando la fe: "¿Cómo podéis creer vosotros, recibiendo gloria uno de otros, y no buscáis la gloria que viene sólo de Dios?" (Jn. 5, 44). Porque el bien debe ser escogido por sí mismo y no por otra causa; si esto no se cumple sucederá que lo que nos mueve hacia la realización del bien es mucho más importante que hacer el bien. Tal afirmación es totalmente absurda, puesto que sería creer y decir que alguna cosa es mejor que Dios.

³⁸ Quaestiones, 67, PG, 90, 8, 41.

³⁹ Haefthen. 482.

El escapulario, que tiene forma de cruz y cubre los hombros del monje, es un símbolo de la fe en Cristo, que sostiene a los buenos y remueve los obstáculos a su vida monástica.

El cinturón que ciñe sus riñones, aleja toda impureza y proclama: "es bueno para el hombre abstenerse de mujer" (I Cor. 7, 1)

Usan el manto, porque "llevan en sus cuerpos, en todo tiempo, la muerte de Jesús" (II Cor. 4, 10); porque reprimen las pasiones irracionales del cuerpo y extirpan los vicios del alma por medio de su comunión con Dios; porque aman la pobreza y se apartan de la avaricia, que es madre de la idolatría. (Cfr. Col. 3, 5; I Cor. 10, 14; Ef. 5, 5).

El bastón es un árbol de vida para aquellos que lo poseen, un firme sostén para los que se apoyan en él como en el Señor (cfr. II Reyes 4, 29).

El hábito del monje es un símbolo de todas las realidades que hemos descripto. Cuando lo padres le confieren el hábito a los monjes jóvenes suelen decirles: 'hijos, el temor de Dios afianza la fe; aquél a su vez, se afianza por medio de la continencia. La paciencia y la esperanza le confieren solidez a esta última, y de la paciencia y la esperanza nace la **apatheia**. La apatheia engendra la caridad; y la caridad es la puerta del conocimiento del universo creado, al que sigue la teología, y finalmente la beatitud.' " (Práctico, prólogo, 1, 9)

LA CASTIDAD: VIRTUD ANGÉLICA

Los monjes, al participar en el servicio de honor que los ángeles tributan al Señor, también constituyen como ellos, sobre la tierra, una milicia; una milicia de Cristo, en las que tienen que luchar consigo mismos, en la ciudadela del alma; deben combatir con todas sus fuerzas a la quinta columna del demonio en el alma, que es el pecado, y vencer la propia sensualidad desordenada. La condición del verdadero seguimiento de Cristo implica ser dóciles a la Vida de la Gracia, crecer en los dones y el ejercicio de las virtudes, entre las cuales se encuentra la castidad. Esta virtud somete el cuerpo al espíritu. El sentido profundo

de la castidad consagrada, se da cuando esta hecha por el Reino de los cielos (cfr. S. Mateo 19, 12); es decir, por Dios, por su Santa Voluntad. "No es que se honre a la virginidad por ella misma, sino por estar consagrada a Dios..., y no alabamos a las vírgenes por que lo son, sino por ser vírgenes consagradas a Dios por medio de una piadosa continencia"⁴⁰. El que se consagra a Dios esta llamado a responder al Divino Esposo en sus exigencias y fidelidad.

"Como Esposo -advierde el Papa Juan Pablo II- Cristo invita a responder a este gran don de amor: todos están llamados a responder con amor al amor. A algunos pide una respuesta más plena, más fuerte, mas radical: la de la virginidad o celibato por el Reino de los cielos"⁴¹.

La castidad consagrada es un estado sponsalicio. También lo es el matrimonio cristiano, figura de la unión de Cristo y la Iglesia. Pero sin embargo esta unión -la de Cristo y las Vírgenes- simboliza una unión espiritual muy elevada. "Mientras que el amor conyugal va a Cristo -Esposo mediante una unión humana, el amor virginal va directamente a la persona de Cristo a través de una unión inmediata con él, sin intermediarios, un matrimonio espiritual verdaderamente completo y decisivo. Así, en la persona de quienes profesan y viven la castidad consagrada la Iglesia realiza plenamente su unión de Esposa con Cristo - Esposo. Por eso, se debe decir que la vida virginal se encuentra en el corazón de la Iglesia"⁴².

Esta idea sponsalicia es explicitada de manera maravillosa por el Papa Pío XII, recurriendo al testimonio de los Santos: "Este vínculo de perfecta castidad lo consideraron los Santos Padres como una especie de matrimonio espiritual, mediante el cual el alma se une con Cristo; y por eso algunos llegaron a comparar con el adulterio la violación de esta promesa de fidelidad"⁴³. San Atanasio escribe que la Iglesia Católica acostumbra a llamar esposas de Cristo a quienes poseen la virtud de la virginidad"⁴⁴. Y San Ambrosio, escribiendo sobre la santa virginidad, se expresa con esta concisa frase: "Virgen es quien se

⁴⁰ S. Agustín, De sancta virginitate, cc. 54-55; P.L. XL., 428.

⁴¹ Juan Pablo II, 25-11-94.

⁴² Juan Pablo II, ibíd..

⁴³ Cf. S. Cypr., De habitatis virginum, c. 20; P.L. IV, 459.

⁴⁴ Cf. San Athanas, Apol. ad Constant., 33; P.G. XXV, 640.

desposa con Dios"⁴⁵. Más aún, según aparece en los escritos del mismo doctor de Milán⁴⁶, el rito de la consagración de las vírgenes ya en el siglo IV era muy semejante al que usa hoy la Iglesia en la bendición nupcial"⁴⁷.

La virginidad, en este sentido, es superior al matrimonio en cuanto hace referencia al mundo definitivo. "La virginidad se muestra así superior al matrimonio. No es un sacramento, porque el sacramento aún en la Ley Nueva pertenece a este mundo perecedero, que es aún un mundo de signos. La virginidad pertenece al mundo futuro, al mundo definitivo. Para comprenderlo, imaginemos lo que sería, en comparación con la Eucaristía, una vida de unión directa y permanente con Dios, como la que tendremos en el cielo, comiendo "el pan de los ángeles". El celibato en cierta manera nos transporta al cielo, unifica totalmente, haciéndonos participar de algún modo en la simplicidad e "indivisión" de Dios"⁴⁸.

La vida del consagrado es un anticipo de lo que será la vida celestial. Y no sin motivo la virginidad "es llamada virtud angélica"⁴⁹.

Con toda razón lo afirma San Cipriano: "Lo que hemos de ser todos, ya vosotras lo habéis empezado a ser. Tenéis ya en este mundo la gloria de la resurrección, y pasáis por el mundo sin contaminaros con su corrupción. Mientras os conserváis vírgenes, sois iguales a los ángeles de Dios"⁵⁰.

La virginidad constituye así el prelude del cielo, un anticipo de la gloria celestial. "En la Iglesia el estado de virginidad o celibato reviste, pues, un significado escatológico, como anuncio especialmente expresivo de la posesión de Cristo como único esposo, que se realizará plenamente en el más allá"⁵¹.

⁴⁵ Cf. San Ambros., De virginibus, lib. I, c. 8; n.52; P.L. VXi, 202.

⁴⁶ Cf. Ibíd., lib.III, cc. 1-3., nn. 1-14; De instituciones virginia, c. 17, nn. 104-114; P.L. XVI, 219, 333-336.

⁴⁷ Cf. Sacramentum Leonianum, XXX, P.L. LV,129; Pontificale Romanum; De Bendictione et consecratione virginum. Citado por PP. PíoXII, Sacra Virginitas.

⁴⁸ P. Saenz, A., SJ., In persona Christi, Edic. Mikael, Paraná, 1985, pp.214-5.

⁴⁹ PP. Pío XII, Sacra Virginitas, I.

⁵⁰ De Habitu virginum, 22, PL IV, 462; cfr. S. Ambrosio, De Virginibus lib. I, c. 8, n. 52, PL, XVI, 202.

⁵¹ Juan Pablo II, 25-11-94.

El monje, por la castidad, según la expresión de San Cirilo de Jerusalén, se inscribe en "los registros angélicos", es decir, figura en la lista de los ángeles para que ellos vigilen y eviten todo lo que pueda violar este voto⁵². Renunciando los monjes a fundar un hogar sobre la tierra, observa Tertuliano, se afilian a la "familia de los ángeles"⁵³.

"El que ha elegido la vida angélica -precisa San Basilio- se ha elevado a una manera de vivir incorporeal, puesto que ha superado las ordinarias posibilidades de la naturaleza humana. En efecto, es propio de la naturaleza de los ángeles el estar libres de la sociedad del matrimonio y de desviarse a contemplar ninguna otra belleza que no sea la del rostro divino"⁵⁴.

San Bernardo elogia de esta manera lo que él llama el "grado angélico" en el que están situados los monjes: "¿Quién tendría miedo de llamar celestial y angelical una vida dedicada al celibato? ¿Y por qué no tendréis que se dé ya desde ahora lo que un día serán los predestinados después de la resurrección, semejantes a los ángeles del cielo, ya que, como ellos, desconocéis lo que es el matrimonio? ¡Ah! Guardad, hermanos, conservad cuidadosamente esta perla; abrazad esta santidad de vida que os hace semejantes a los bienaventurados y que os coloca en la casa de Dios, según esta palabra de la Escritura: "La pureza acerca el hombre a Dios". Vosotros sois lo que sois por la gracia de Dios y no por vuestro mérito personal, ángeles terrenales, ciudadanos del cielo por la castidad y la santidad: pero seguís siendo peregrinos sobre la tierra, porque mientras habitamos en este cuerpo estamos peregrinando lejos del Señor"⁵⁵.

Los monjes, semejantes a los ángeles, pero no iguales, son denominados por los padres griegos "con el término **asomatoi**, los seres sin cuerpo. No distraídos por los cuidados materiales, pueden dedicarse enteramente a la vida del espíritu. Los ángeles no duermen: los monjes hacen vigilia durante la noche. Los ángeles no comen: los monjes

⁵² Catech. IV, 24, P. G., 33, 487.

⁵³ Ad uxorem, IV, P.L. I, 1393.

⁵⁴ Sermo asceticus, 2, PG, 31, 874.

⁵⁵ De diversis, sermo XXXVII, 5, PL, 183, 641.

ayunan. Los ángeles no tienen pasiones: los monjes buscan llegar a la **apatheia** (perfecta pureza)"⁵⁶.

Y un elemento que favorece a la castidad, es la mortificación, el ayuno. El cuerpo debe llegar a ser una ofrenda agradable a Dios, un templo verdadero del Espíritu Santo. Los monjes deben saber mortificarse, es decir, saber vencerse y superarse. El ascetismo del desierto es también una imitación de los ángeles. Como estos seres celestes no precisan alimentos ni descanso, el ayuno y la vigilia son los ejercicios tradicionales del monje que lo asemejan a ellos. El ayuno del monje es un testimonio visible de que posee otro alimento mejor"⁵⁷: "toda palabra que sale de la boca de Dios". (Mt. 4, 4). El ascetismo tiene como fin principal dar gloria a Dios en el propio ser y, además, alcanzar la propia santificación. Por esto un verdadero asceta no busca destruir "la naturaleza, sino el pecado. La ascesis es un ejercicio angélico, no por que haga del monje un ser espiritual, sino por que le ayuda a no pecar. Así se convierte en ángel"⁵⁸. Para llegar al ascetismo perfecto se requiere una gran purificación y antes que nada el auxilio divino.

"En la antigüedad era un axioma que los ángeles comen una vez al día, los hombres dos veces, los animales con frecuencia. Esto se ha de entender de este modo: las bestias, puramente materiales, están atraídas por la materia y de ellas se alimentan frecuentemente; los hombres están divididos entre las necesidades de su cuerpo y la de su espíritu: comen dos veces al día, entre sus ocupaciones; los ángeles con una sola mirada, en un solo acto intemporal, se nutren de la visión de Dios, del Dios al que se llama "pan de los ángeles", "Su alimento es, por tanto, el ayuno", como dice la liturgia"⁵⁹.

LOS MONJES: CORO DE ÁNGELES

La vida cristiana dice orden al cielo. San Pablo dice que "somos ciudadanos del cielo" (Fil. 3, 20-21); S. Pedro dice del fiel que es "un extranjero y peregrino (cfr. 1 Ped. 2, 11). La vida presente es un "destierro lejos del Señor" (2 Cor. 5, 6). La epístola a los

⁵⁶ P. Spidlik, T., SJ., El camino angélico, en Cuadernos de Espiritualidad y Teología, Santa Fe, año VI, n. 14, abril 1996, p. 97.

⁵⁷ Pfeiffer, C. J., op. cit., p. 572.

⁵⁸ Pfeiffer, C. J., ibíd., p. 573.

⁵⁹ Leclercq, J., op. cit., pp. 47-48.

Hebreos expresa lo siguiente: "No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la venidera" (Heb. 13, 14). El cristiano debe pasar de la patria de la tierra a la Patria del cielo; es un peregrino de lo Absoluto, que tiende a la morada definitiva, bajo el auxilio Divino.

El monje que busca vivir radicalmente la vida cristiana y seguir fielmente a Cristo, es un desterrado por excelencia, ya que al abandonar el mundo y vivir exclusivamente para Dios, se encuentra en una continua peregrinación, una perpetua ascensión hacia las Altas cumbres. El monje es un desterrado voluntario que por amor a Dios deja todo para seguir al Todo. Es un destierro que, por los consejos evangélicos, hace de su vida una oblación agradable a Dios. "Viviendo entre los hombres -escribe S. Gregorio de Nisa-, lleva una vida superior a la de los hombres"⁶⁰. Los monjes, por la renuncia y el voto de obediencia se asemejan a los ángeles; al obedecer los imitan ya que viven exclusivamente para Dios. En la Revelación los ángeles buenos aparecen en una perfecta obediencia a los mandatos de Dios. En este contexto, para los monjes imitar a los ángeles significa la perfecta obediencia, ser testigos de la primacía de lo Absoluto de Dios en las propias vidas. En los ángeles el sometimiento a Dios los lleva a vivir una cierta armonía y concordia; las comunidades de los monjes son vistas como "ciudad angélicas"⁶¹.

1. LA CONTEMPLACIÓN

Un elemento que caracteriza profundamente a los monjes, en relación con los ángeles, es la contemplación. Las Sagradas Escrituras presentan a los ángeles como que continuamente contemplan la faz de Dios: "mirad que no despreciéis a esos pequeñuelos, por que en verdad os digo, que sus ángeles ven de continuo en el cielo la faz de mi Padre, que está en los cielos" (Lc. 4, 7). La vocación de los ángeles es contemplar a Dios, ver eternamente su faz en el cielo. Su condición de mensajeros celestiales es una función secundaria, porque no cesan de contemplar a Dios mientras llevan sus mensajes. **Nihil sunt angeli, nisi videndo te**, observa S. Agustín (cfr. *Enarrat. in Ps.*, 34, 1, 13).

⁶⁰ Citado por S. Juan Damasceno, Pg. 96, 180.

⁶¹ GOAR, *Euchologion sive rituale graecorum*, Venecia, 1730, p. 101.

La contemplación divina es el más alto ideal cristiano; la felicidad suprema en el cielo va a consistir en ver a Dios. Pero el monje no se contenta con aspirar a este fin, a esta vida futura: desea alcanzarlo en esta vida, realizarlo aquí anticipadamente. Le interesa sólo Dios, vivir para lo único necesario, para la mejor parte que no le será quitada.

Por ello "el contemplativo debe ser el hombre del desierto, de la montaña. En el picacho alto del monte de la contemplación, establece su tienda misteriosa, tienda colgada entre el Cielo y la Tierra, puente entre la eternidad y el tiempo. Esta montaña puede estar envuelta en llamas, a veces una nube densa y espesa la rodea, es igual. Lo interesante es que el contemplativo no se cansa del clima de la montaña, de la paz de la montaña... El contemplativo en la montaña está marcando la dirección de Dios. La montaña es una flecha indicadora, por eso debe estar perfectamente delineada y clara"⁶².

Los monjes entran a formar parte en la sociedad de los ángeles porque los imitan; aman las alturas y erigen allí sus moradas. Los monjes al renunciar a todo lo que no es Dios, para vivir sólo de Dios, buscan retirarse, estar en la soledad, en el silencio y en el canto de alabanza al Creador. En este aspecto, S. Juan Crisóstomo los definía como "los habitantes de la montaña"⁶³ y agrega: "Antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo las montañas eran la guarida de las bestias y de los bandidos; pero desde el momento en que los hombres han podido alcanzar una virtud angélica, han instalado sobre esas alturas las celdas en las que imitan la vida de los ángeles"⁶⁴. Por esto, ahora nos damos cuenta por qué tantas montañas habitadas por los monjes se pusieron bajo el patrocinio de los ángeles: El Mont Saint Michel francés es sólo un ejemplo entre muchos otros⁶⁵.

La contemplación de Dios, ahora bajo la oscuridad luminosa de la fe, y en el cielo por la visión, es el clima espiritual y el fin de la vida monástica. Pedro el Venerable cuando describía a un monje santo, decía que es aquél que "enteramente ocupado día y noche en la contemplación de las cosas divinas, su espíritu trascendía las cosas mortales y, junto con los

⁶² Sor Ortega, Teresa, M., O.P., *Sí a nuestros compromisos*, OPE, España, 1973, pp. 15, 16.

⁶³ In Eph., IV, hom. 13, 3, PG. 62, 97; Ad populum Antioch., hom. 6, 3, PG.49, 85; In Math., hom., 20, 2 PG, 57, 287.

⁶⁴ PG, 56, 252.

⁶⁵ Véanse los ejemplos por Mabillon, PL, 182, 612, N. 1043; Juhr, J., art. Anges, en Dictionnaire de spiritualité, I, 603.

bienaventurados ángeles, se dedicaba constantemente a la contemplación"⁶⁶. "En la celda del cartujo, como en el cielo -decía Guillermo de Saint Thierry-, el monje se ocupa de Dios y goza de El. Y así, cuando los ángeles ven que el solitario está ocupado en sus santos ejercicios, encuentran sus delicias estando en su celda como si estuviesen el en cielo"⁶⁷.

Los monjes alaban a Dios y se orientan hacia la Divina contemplación bajo la guía de estos arquetipos celestes. Se puede definir al monje como el hombre que escucha y alaba a Dios. S. Benito enseña que el canto de los salmos se debe hacer para Dios, bajo la mirada atenta de los ángeles.

"Creemos que Dios está presente en todas partes y que "los ojos del Señor vigilan en todo lugar a los buenos y los malos" (Prov. 15, 3), pero lo creemos principalmente, sin duda alguna, cuando asistimos al Oficio Divino.

Por tanto, acordémonos siempre de lo que dice el Profeta: "Servid al Señor con temor" (Salm. 2, 11). Y otra vez: "Cantad sabiamente" (Salm. 46, 8). Y: "En presencia de los ángeles te alabaré" (Salm. 137, 1).

Consideremos, pues, cómo conviene estar en presencia de la Divinidad y de sus ángeles, y de tal modo nos encontremos en la salmodia que nuestra mente concuerde con nuestra voz."⁶⁸.

San Bernardo, hablando a sus monjes, les recomendaba no hacer las oraciones ni distraídos, ni de cualquier manera. El les dice:

"Siento pena cuando veo a algunos de vosotros que se dejan vencer por el sueño durante las vigiliass: esto no es respetar la presencia de los ciudadanos del cielo, eso es presentarse ante ellos como muertos, mientras que ellos se deleitan en vuestras solemnidades cuando las celebráis con espíritu bien despierto. Temo que se retiren, deplorando vuestra negligencia, y que cada uno de vosotros se vea obligado a decir a Dios: "Habéis alejado de mí a mis conocidos, a mis prójimos y a mis amigos." Prestad, por tanto,

⁶⁶ Miracula I, 20, PL, 189, 886.

⁶⁷ OP. cit., IV, 10, PL, 184, 314.

⁶⁸ S. Benito, Reg., c XIX.

atención, cuando oráis y salmodiáis, a los que son vuestros príncipes; estad atentos y sed dignos de vuestros ángeles, que ven siempre al rostro de Dios: enviados para servicio de aquellos que han recibido la herencia de la salvación, llevan al cielo nuestra devoción y dan gracias por ello. Puesto que tenemos parte en su estado, no tengamos miedo de usurparles su misión. Digámosles: "Salmodiad a Dios, salmodiad." A su vez, ellos nos responderán: "Salmodiad a nuestro Rey, salmodiad." Puesto que estáis con los cantores del cielo, vosotros que sois conciudadanos de los santos y que pertenecéis a la casa de Dios, cumplid en común los deberes de la alabanza, salmodiad con sabiduría" (*In Cant.* VII, 4, PL, 183, 808).

Son numerosas las narraciones acerca de la relación de los monjes con los ángeles. Se encuentra un hecho interesante en la vida de San Beda, quien decía: "Ya sé que los ángeles nos visitan durante las horas canónicas. Si no me encuentran en el coro entre los hermanos, os dirán: ¿dónde está Beda?" (*Ephis*, 284). La oración de los monjes se eleva al cielo como el incienso, de ahí que la vida litúrgica en los monasterios es la reunión del cielo con la tierra.

2. LOS SACRAMENTOS Y LA SANTA MISA

Y un último elemento, importantísimo, son los Misterios de Salvación: los Sacramentos. Todo fiel, al igual que todo monje, que va en camino hacia la patria celestial, "va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios" (San Agustín, *De Civ. Dei*, XVIII, 52, 2: PL 41, 614).

En la Sagrada Liturgia se une la tierra con el cielo; hay un solo Sacrificio de adoración, de alabanza, ofrecido por la Iglesia militante, purgante y triunfante. Una expresión sintética de esta unión de los fieles con los bienaventurados de la Jerusalén Celestial, con el mundo angélico y con el Mediador de todo, Cristo, es la Epístola a los Hebreos, que dice: "Os habéis llegado al monte Sión y la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celeste, a las miríadas de ángeles, a la festiva asamblea y a la Iglesia de los primogénitos, y al espíritu de los justos llegados a la consumación y al Mediador de la nueva alianza, Jesús, y a la sangre de la aspersion, que habla mejor que la de Abel" (12, 21-

23). Podemos citar las palabras de S. Agustín, que expresan la unidad del todo el Cuerpo Místico en Cristo, su Cabeza:

"Todos juntos somos miembros de Cristo y de su cuerpo. No sólo nosotros, que estamos presentes en este lugar, sino por toda la tierra. Y no sólo nosotros que vivimos en este momento. ¿Qué decir? Desde el justo Abel hasta el fin del mundo, mientras los hombres engendren y sean engendrados, todo justo que pasa por esta tierra, todo justo que está actualmente no sólo en este lugar, sino en esta vida, todo justo que ha de nacer, todos juntos forman el cuerpo de Cristo; cada uno de ellos es miembro de Cristo. Si todos son cuerpo y cada uno es miembro, está también allí la Cabeza de este cuerpo. El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, dice la Escritura; el primogénito, que tiene en todo el puesto primero. Y ya que de El se ha dicho también que es siempre la cabeza de todo principado y potestad, esta Iglesia que ahora peregrina se une a aquella Iglesia celeste donde los ángeles son nuestros conciudadanos... De este modo una sola es la Iglesia, la ciudad del gran Rey" (*Serm.*, 341, 11, IX).

En esta visión totalizante, donde todo está sometido al Hijo de Dios, "Cristo aparece como el Único Liturgo, el Único Sacerdote que, después de haber desarrollado en esta tierra su liturgia en homenaje al Padre, ahora, gloriosamente desde el cielo, como Único Liturgo, en el Único Santuario, continua la Única Liturgia de alabanza al Padre. La liturgia terrena y la celestial son una misma realidad: sólo difieren en el modo. El sacerdote visible es, en la tierra, el sacramento del Sumo Sacerdote. Cristo es el Único Liturgo en los cielos y el Único Liturgo del culto terrestre"⁶⁹.

En cuanto a los Sacramentos, comencemos por el Bautismo. Es el primer Sacramento donde se recibe la Semilla Divina, el alma queda purificada y divinizada germinalmente. Están presentes los ángeles; ellos van a contemplar este paso maravilloso del alma, que deja de ser un "establo de puercos", por el pecado, para ser un "establo de ángeles", por la gracia (Sta. Catalina).

⁶⁹ P. saenz, A., SJ. Misterio de Cristo y Misterio del Culto, Paulinas, Bs. As., 1964, p. 60.

Sobre la presencia de los ángeles en el momento mismo del Bautismo, Orígenes, nos dice: "Cuando se te ha dado el sacramento de la fe, estaban presentes las virtudes celestes, los ministros angélicos y la Iglesia de los primogénitos" (*In Ios. hom.* 4, 9). Dídimo Alejandrino atestigua a su vez: "Visiblemente la piscina engendra nuestro cuerpo visible por el ministerio de los sacerdotes. Invisiblemente el Espíritu de Dios, invisible a toda inteligencia, se inmerge a sí mismo y regenera al mismo tiempo a nuestro cuerpo y a nuestra alma con la asistencia de los ángeles" (*De trinitate* II, 12: PG 39, 672 c.).

El sumo interés de los ángeles en el Bautismo de todo hombre viene expresado en la tradición patrística por el tema de la admiración de los ángeles. San Cirilo de Jerusalén dice a los neófitos: "Los ángeles danzan en coro en torno a vosotros cantando y diciendo: ¿Quién es esa que sube con vestidos blancos y apoyada en su amado?" (*Catechesis* 3; *De Baptismo* n° 16, PG 33, 448). San Ambrosio, hablando de los neófitos que están a punto de acercarse al altar, dice: "Habéis comenzado a acercaros. Los ángeles os han observado y os han visto acercar; han observado aquella condición humana que estaba antes manchada por la negra infección del pecado, y la han visto repentinamente resplandecer. Y dicen: ¿Quién es esta que sube del desierto hecha blanca? Los ángeles están, pues, admirados. ¿Sabéis vosotros qué cosa admiran? Escucha al apóstol San Pedro decir que se nos ha dado lo que los ángeles desean ver (cf. 1 Petr. 1, 18). Escucha todavía (1 Cor. 2, 9): lo que no ha visto el ojo ni ha percibido el oído, he aquí que lo ha preparado Dios para cuantos lo aman" (*De Sacramentis.*, IV, 5).

Respecto al Sacramento de la Penitencia, nos dice la S. Escritura: "Alégranse los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia" (Lc. 15, 10). El arrepentimiento de un pecador es motivo de alegría en los ángeles del cielo. El penitente pasa de la muerte del pecado, a la vida de la gracia.

En cuanto a la Santa Misa, los fieles al participar de ella, anticipan los bienes del cielo.

La Santa Misa, memorial de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, es la última Cena y la Cruz sacramentalmente celebradas, es el ámbito, el lugar por excelencia, donde se vive la liturgia celestial. La liturgia terrestre es un reflejo visible, un símbolo, un

anticipo de la liturgia de los bienaventurados, junto al Sumo Sacerdote. Se unen las dos liturgias: la de la tierra y la del cielo. "La liturgia es como la escala de Jacob, por donde bajaban y subían los ángeles; bajan trayendo la iluminación, suben elevándonos hacia Dios y así se unen ambas liturgias"⁷⁰.

Y en la tierra, en el momento del Santo Sacrificio, según San Juan Crisóstomo, está el altar rodeado de ángeles: "los ángeles rodean al sacerdote; todo el santuario, y especialmente el espacio alrededor del altar, esta poblado de ejércitos celestiales, en honor de Aquél que está sobre el altar" (*Tratado sobre el sacerdocio*, VI, 4). Santo Tomás también lo afirma: "es creencia que los ángeles visitan la asamblea de los fieles, especialmente cuando se están celebrando los Santos Misterios" (*Comentario a las Cartas de San Pablo*, ad 1 Cor. 11). Es célebre el texto de San Gregorio Magno: "¿Quién de los fieles podrá dudar de que en el momento mismo de la inmolación, a la voz del sacerdote, se abren los cielos; que en aquel misterio de Jesucristo están presentes los coros de los ángeles, las cosas ínfimas se asocian con las sumas, las terrestres se unen con las celestes, y se hace una sola cosa de lo visible y de lo invisible?" (*Diálogos*, IV, 58).

Y la unión con los ángeles, adoradores celestiales, se expresa cuando en el prefacio de la Santa Misa se invita a la comunidad eclesial a unirse a los Tronos, a las Dominaciones, a los Querubines y a los Serafines, para cantar el himno seráfico, el Trisagio. El Papa Juan Pablo II, al comentar el texto de San Mateo 18, 10, respecto a los ángeles que ven de "continuo" en el cielo la faz de Dios, hace la siguiente observación:

"Ese "ver de continuo la faz del Padre" es la manifestación más alta de la adoración de Dios. Se puede decir que constituye esa "liturgia celeste", realizada en nombre de todo el universo, a la cual se asocia incesantemente la liturgia terrena de la Iglesia, especialmente en sus momentos culminantes. Baste recordar aquí el acto con el que la Iglesia, cada día y cada hora, en el mundo entero, antes de dar comienzo a la plegaria eucarística en el corazón de la Santa Misa, se apela "a los Ángeles y a los Arcángeles" para cantar la gloria de Dios tres veces Santo, uniéndose así a aquellos primeros adoradores de Dios, en el culto y en el

⁷⁰ P. Fr. Rafael Rossi, R. M., O. P., Los Ángeles en la Liturgia, en Cuadernos de Espiritualidad y Teología, centro de estudios San Jerónimo, S. Fe, n° 1, 1991, p. 85.

amoroso conocimiento del misterio inefable de su santidad. "(*Audiencia General*, 6, 8, 1986).

En los diferentes ritos se afirma la presencia de los ángeles en la Santa Misa; en la tradición bizantina, la idea se encuentra vigorosamente puesta de relieve a partir del siglo VI, en el himno llamado **cheroubikon**, que se canta en el momento de la gran entrada de la procesión de las ofrendas cuando éstas son llevadas solemnemente al altar: "Nosotros, que místicamente representamos a los querubines y cantamos el himno trisagio a la vivificante Trinidad, depongamos todo cuidado terreno, porque hemos de recibir la Rey del universo acompañado invisiblemente de las filas angélicas. Aleluya." En la Misa de presantificados se canta:

"Ahora adoran invisiblemente con nosotros las potencias celestiales. He aquí, en efecto, que avanza el Rey de la gloria. He aquí que es llevado el místico sacrificio ya realizado. Con fe y temor acerquémonos a participar de la vida eterna".

Siempre en la misma Misa bizantina se expresa el concepto de que los ángeles celebran la liturgia de la Misa juntamente con nosotros:

"Dueño, Señor, Dios nuestro, que has establecido en los cielos órdenes y ejércitos de ángeles y de arcángeles para la liturgia de tu gloria, haz que junto con nosotros entren también los ángeles y celebren con nosotros la liturgia y con nosotros canten tu gloria."

En la traducción griega de la liturgia siria de Santiago, el **cheroubikon** es éste: "Calle toda humana carne; esté con temor y temblor y no tenga ningún pensamiento terreno. El Rey de los reyes, en efecto, Cristo, nuestro Dios, avanza para ser inmolado y darse en comida a los fieles. Precédendolo los coros de los ángeles con todas las potestades y las dominaciones; los querubines de muchos ojos y los serafines con las seis alas, que se cubren el rostro y gritan el himno. Aleluya."

En la liturgia egipcia, probablemente del siglo VI, en el momento del beso de la paz, anuncia el diácono:

"Tened vuestros corazones en el cielo. Si alguno ha tenido algún altercado con el prójimo, reconcíliese. Porque el Padre de los hombres, su Hijo unigénito, y el Espíritu Santo están presentes, miran nuestros pensamientos; y los ángeles se mueven y se mezclan entre nosotros."

Por último, en las Exequias por los difuntos, en el paso de esta vida a la otra, se invoca a la Trinidad, a la Virgen María, a S. José y a los ángeles.

Baste recordar en la liturgia romana actual las dos oraciones *Proficiscere anima christiana* y *Commendo te*, de la *Commendatio animae*, y las dos antífonas *Subvenite Sancti* y el *In paradisum* de las exequias: "Sal, alma cristiana, de este mundo en el nombre de Dios, Padre omnipotente, que te crió; en el nombre de Jesucristo, Hijo del Dios vivo, que por ti padeció; en el nombre del Espíritu Santo, que en ti se infundió; en el nombre de la gloriosa y santa Virgen María; en el nombre de San José, ínclito esposo de la misma Virgen; en el nombre de los ángeles y de los arcángeles; en el nombre de los tronos y de las dominaciones; en el nombre de los principados y de los potestades; en el nombre de los querubines y de los serafines; en el nombre de los patriarcas y de los profetas... Descansa hoy en paz y habita en la santa Sión".

Es muy fuerte en esta oración el sentido de unidad del mundo humano con el mundo de los ángeles. No menos fuerte se manifiesta este sentido en las oraciones siguientes: "Hermano carísimo, te encomiendo al Dios omnipotente y te entrego al mismo que te crió... Cuando tu alma se separe del cuerpo, sálgale al encuentro el espléndido escuadrón de los ángeles, venga a ti el senado de apóstoles que ha de juzgar...". "Auxiliadle, santos de Dios; salidle al encuentro, ángeles del Señor; recibid su alma y presentadla al Altísimo. Recíbate Cristo, que te ha llamado, y llévente los ángeles al seno de Abrahán." "Al paraíso te lleven los ángeles y a tu entrada te reciban los mártires, y te conduzcan a la santa ciudad de Jerusalén. El coro de los ángeles te reciba y con Lázaro, el pobre, tengas reposo eterno".

El ritual romano de las exequias habla hasta de un ángel custodio del sepulcro: "¡Oh Dios, por cuya misericordia tienen reposo las almas de los fieles!, dignate bendecir este sepulcro y asignarle tu santo ángel custodio...".

EL DEMONIO DEL MEDIODÍA Y LA ACEDIA

“¿No es milicia la vida del hombre sobre la tierra?” (Job, 7-1).

La existencia de todo hombre se presenta en una cierta exigencia de superación. Quien no se vence a sí mismo es un ser muerto, esclavo de las creaturas. En esto observamos que "las cosas muertas pueden ser arrastradas por la corriente; en cambio, sólo algo vivo puede ir contra la corriente"⁷¹.

Dios crea al hombre para los bienes superiores, para realizar los grandes combates espirituales. Esta exigencia comienza desde el momento del nacimiento. "La aventura suprema es nacer. Nos encontramos de repente en una trampa espléndida y estremecedora. Ahí vemos de verdad algo que jamás habíamos soñado antes. Nuestro padre y nuestra madre están al acecho, esperándonos, y saltan sobre nosotros como si fueran bandoleros detrás de un matorral"⁷².

"La aventura suprema de nacer" dice orden y relación a la aventura suprema de conquistar el Cielo y a las luchas espirituales que todo cristiano debe realizar. Es necesario combatir no solamente contra sí mismo, contra la carne, sino también contra el demonio, el gran tentador. El buen cristiano debe vestirse con las armaduras espirituales.

"Vestíos de toda armadura de Dios para que podáis resistir a las insidias del diablo; que no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires. Tomad, pues, la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y vencido todo, os mantengáis firmes. Estad, pues, alerta, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia y calzados los pies, prontos para anunciar el evangelio de la paz. Embraced en todo momento el escudo de la fe, con que podáis apagar los encendidos dardos del maligno. Tomad el yelmo de la salvación y la espada del espíritu, que es la Palabra de Dios" (Ef. 6, 11-17).

⁷¹ Chesterton, G., *El hombre eterno*, Lea, Bs. As., 1980, p. 316.

⁷² Chesterton, G., *Herejes*, citado por Álvaro de Silva, en GK. Chesterton, *El amor o la fuerza del Sino*, rialp, Madrid, 1993, p. 45.

El verdadero discípulo, si ama coherentemente al Señor, debe esperar ser probado por El. Estamos en un valle de lágrimas, en un ámbito de pruebas, que se convertirá por el tiempo en el vino nuevo en el que se embriagarán los que triunfan en el Señor. El cristiano, al unirse a Cristo en la cruz, es un agónico. Lo agónico no hay que tomarlo simplemente como alguien que sufre, sino que es algo más. Agonía, del griego: **agón**, es lucha, combate. **Agonistés** es el combatiente, el luchador. El cristiano es este ser agónico, es el que lucha, combate; el combate está en la naturaleza misma de su condición; sea que actúe, entonces es protagónico, o que enfrente y es antagónico. No debe quedarse a la orilla del camino como un espectador frío y calculador, sino entrar en el campo de batalla, sea que participe como protagonista o sea como antagonista combatiendo el error y haciendo crecer el bien.

En el escenario de la lucha, que es el mundo y también la propia alma, se encuentran los verdaderos aliados y, por otro lado, los enemigos. El auxilio principal, más excelso y poderoso, es Nuestro Señor Jesucristo. Casiano, por ejemplo, imagina al Señor presidiendo los combates del asceta como juez y árbitro (cfr. Col. 7, 20). S. Jerónimo presenta a Cristo como general, rey y emperador que anima al que lucha, que está con él y que lucha por él⁷³. Y en otro lugar le dice a los monjes de Belén: "Jesús mismo, nuestro jefe, tiene una espada y siempre avanza delante de nosotros, y lucha por nosotros, y vence a los adversarios"⁷⁴. En realidad, su triunfo es nuestro triunfo: **Victoria Domini triumphus servorum est**: La Victoria del Señor es el triunfo de sus siervos. El mismo que en la guerra es nuestro escudo protector, será luego nuestra corona: **quasi scutum protegit, quasi Deus coronat: ipse est scutum nostrum, ipse est corona nostra**⁷⁵. San Antonio abad, en medio de sus luchas y combates, le preguntaba al Señor: "¿Dónde estabas? ¿Por qué no te has aparecido desde el principio para hacer cesar mis dolores?". Y una voz le responde: "Estaba allí, Antonio. Esperaba para verte combatir"⁷⁶.

Y junto a la ayuda de nuestro Señor, de la Virgen María -Reina de los combatientes en el Señor- se encuentran los ángeles. "El aire está lleno de santos ángeles que luchan por

⁷³ Tractatus de ps., 76; CC 78, 63.

⁷⁴ Tractatus de ps., 76; CC 78, 63.

⁷⁵ Tractatus de ps., 5; CC 78, 18.

⁷⁶ Vita Antonii 6-7

nosotros", escribe Evagrio⁷⁷. En la Biblia, y muy particularmente en el Apocalipsis, vemos a los espíritus celestiales combatir contra Satán y sus huestes en auxilio de los fieles (cfr. Ap. 12, 7 y ss).

Y ahora pasemos al enemigo del alma: el demonio. Es importante conocer algo acerca de él para vencerlo.

I EL DIABLO

Antes de entrar al tema del demonio del mediodía, es fundamental explicar ¿quién es el demonio? y ¿cómo actúa? La respuesta tiene sentido. El demonio, ángel caído, rebelde y enemigo de Dios, ejercita un cierto influjo en todas las almas, tentándolas y buscando hacerlas caer en el pecado. Es causa extrínseca del mal; ataca desde afuera, insinuando y sugiriendo cosas malas. Aunque es necesario recordar el principio teológico que nos ha de orientar en estos problemas: la acción del demonio se limita a la parte sensitiva de nuestra alma, y no puede obrar directamente sobre nuestra inteligencia ni sobre nuestra voluntad.

Santo Tomás dice en sustancia: "Así como todo agente obra por un fin que le es proporcionado, del mismo modo el orden o la subordinación de los agentes corresponde al orden de los fines; ahora bien, Dios sólo pudo ordenar nuestra inteligencia y voluntad a la verdad y al bien universal y en último término a El mismo, que es el soberano Bien; por consiguiente, sólo El puede obrar inmediatamente sobre nuestra inteligencia y voluntad según su natural inclinación, que viene de El y El la conserva" (*Suma Teológica*. I, 105, 4; I-II, 109, 6) **Solus Deus illabatur in anima.**

Mas, cuando Dios lo permite, puede el demonio embestirnos, actuando sobre nuestra imaginación, sobre nuestra sensibilidad, sobre los objetos externos y sobre nuestro cuerpo, para inclinarnos al mal (cfr. *S. Teol.* I-II, 80).

Limítase de ordinario a la tentación, mediante sugerencias y movimientos más o menos impetuosos; pero su acción llega algunas veces hasta la obsesión y en ciertos casos

⁷⁷ Tratado Práctico, 12

hasta la posesión. Y además, por su maldad, ejercita una cierta capitalidad con los que obran el mal. Es el **rex superborum**: rey de los soberbios. Sto. Tomás se pregunta, en este sentido, si el demonio es cabeza de los malos y da la siguiente respuesta:

"Ya se vio que la cabeza no sólo ejerce una influencia interna en los miembros, sino que también los gobierna externamente, dirigiendo sus actos a un fin. Así, pues, puede darse a uno el título de cabeza de una multitud, bien según ambos aspectos, o sea el influjo interior y el gobierno exterior (y así ocurre con Cristo cuando decimos que es cabeza de la Iglesia); bien según el gobierno exterior tan sólo (y así cualquier príncipe o prelado es cabeza de la multitud sometida a él). En este último sentido se dice que el demonio es cabeza de todos los malos, pues, al decir Job, es "el rey de los hijos de la soberbia".

Ahora bien, es propio del gobernarte conducir a su propio fin a todos aquellos que gobierna. El fin del demonio es apartar de Dios a la criatura racional; por eso desde el principio buscó separar al hombre de la obediencia a Dios. Este apartamiento de Dios tiene razón de fin cuando se lo desea como una liberación, según dice Jeremías: "Rompieste el yugo y las cadenas, y dijiste: No serviré". Cuando, pues, los hombres pecando se dirigen a ese fin, caen de lleno bajo el régimen y el gobierno del demonio. Y por esto se le llama cabeza de ellos."(*S. Teol.* III, 8, 7).

La única manera de romper la capitalidad diabólica es no pecando y sometándose a Dios en todo; por ello debemos recordar que nuestra lucha principal no es "contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades..." (Ef. 6-12). Una lucha sin tregua.

Y, ahora, para mejor ordenar las cosas, vamos a exponer algunos puntos acerca de este tema.

EL DEMONIO ¿QUIÉN ES?

El posee distintos nombres. Aparece como Satanás o Satán (Job, 1, 6), que significa el Adversario o el Acusador (Ip. 12, 12). Es la serpiente que tienta a nuestros primeros padres, haciéndolos caer (Gén. 3, 1); y a Nuestro Señor, (S. Mt. 4, 1-11; Mc.1, 12-13; Lc. 4, 1-13), por quien sale derrotado. El Apocalipsis lo hace sinónimo del Dragón, del diablo,

(Ap. 12, 9; 20, 2). Es el seductor del mundo entero, arrojado a la tierra con sus ángeles. Lucha contra S. Miguel, el ángel del Señor; es lo contrario a este santo ángel, pues Miguel significa: ¿Quién como Dios?; lo contrario al grito del demonio, que es, **Non serviam**: no serviré (Jer. 2, 20).

El demonio es denominado por Cristo "el príncipe de este mundo" (cfr. Jn. 12, 31; 14, 30; 16, 11). Es el Maligno, bajo cuyo poder yace el mundo entero (Jn. 5, 19).

Los demonios son espíritus caídos. Fueron creados por Dios como ángeles buenos, pero se levantaron contra El. Quisieron prescindir de Dios, no someterse a El. El profeta Isaías describe la caída de este lucero brillante. "¿Cómo caíste del cielo, lucero brillante, hijo de la aurora, echado por tierra el dominador de las naciones? Y tú decías en tu corazón: subiré a los cielos, en lo alto, sobre las estrellas del cielo, elevaré mi trono y me sentaré en el monte de la asamblea, en las profundidades de Aquilón. Subiré sobre las cumbres de las nubes, y seré igual al Altísimo. Pues bien, al seol has bajado, a las profundidades del abismo" (Is. 14, 12-15); leemos en la carta de San Judas: "A los ángeles que no guardaron su principado y abandonaron su propio domicilio los reservó con vínculos eternos bajo tinieblas para el juicio del gran día" (6); San Pedro habla de los "ángeles que pecaron" (II Pedro 2, 4), y que "Dios no perdonó -observa San Juan- sino que, precipitándonos en el Tártaro, los entregó a las cavernas tenebrosas, reservándolos para el juicio" (I Jn. 3, 8).

Pero los demonios, antes de pecar y condenarse, de elegir en contra Dios, eran buenos. La Iglesia, en el Concilio Lateranense IV (1215) enseña que el diablo (o Satanás), y los otros demonios fueron "creados buenos por Dios, pero se han hecho malos por su propia voluntad". Se condenaron porque quisieron. La S. Escritura dice que "el diablo desde el principio peca" (I Jn. 3, 8), y es "homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él" (Jn. 8, 44).

El demonio, que es un ser perverso y pervertidor, recibe distintos nombres, según las Sagradas Escrituras. El Papa Juan Pablo II dice en sus Catequesis:

"Encontramos muchos otros nombres que describen sus nefastas relaciones con el hombre: "Belcebú" o "Belial", "espíritu inmundo", "tentador", "maligno" y finalmente

"anticristo". Se le compara a un "león", a un "dragón" y una "serpiente". Muy frecuentemente para nombrarlo se ha usado el nombre "diablo" del griego **diabollein** (del cual "diabolos"), que quiere decir: causar la destrucción, dividir, calumniar, engañar. Y a decir verdad todo esto sucede desde el comienzo por obra del espíritu maligno que es presentado en la Sagrada Escritura como una persona, aunque se afirma que no está solo: "somos muchos", gritaban los diablos a Jesús en la reunión de los gerasenos; "el diablo y sus ángeles", dice Jesús en la descripción del juicio futuro." (13-8-1986).

EL PECADO DEL DEMONIO

Los nombres indican siempre la realidad. La palabra diablo, viene del griego **dia**: separar, y **balo**: tirar. El diablo es el que tira separando su propio ser de Dios. La soberbia es la actitud que rige este gesto terrible.

Al rechazar a Dios, Suma Verdad, se convierte en príncipe de la mentira. La mentira no sólo es contraria a la verdad, sino que es su perversión. La mentira es el arma predilecta y el humo de Satanás. Al diablo se le cae la baba por la mentira o, mejor aún, es su baba. Al no mantenerse en la verdad (cfr. S. Jn. 8, 44), se hace opositor de la Verdad, que es Dios. El pecado de Satanás consistió en "el rechazo de la verdad sobre Dios, conocido a la luz de la inteligencia y de la revelación como Bien infinito, amor y santidad subsistente. El pecado ha sido tanto más grande cuanto mayor era la perfección espiritual, y la perspicacia cognoscitiva del entendimiento angélico, cuando mayor era su libertad y su cercanía a Dios. Rechazando la verdad conocida sobre Dios con un acto de la propia libre voluntad, Satanás se convierte en "mentiroso" cósmico y "padre de la mentira". Por esto vive en la radical e irreversible negación de Dios y trata de imponer a la creación, a los otros seres creados a imagen de Dios, y en particular a los hombres, su trágica "mentira sobre el bien" que es Dios. En el libro del Génesis encontramos una descripción precisa de esa mentira y falsificación de la verdad sobre Dios, que Satanás (bajo la forma de serpiente) intenta transmitir a los primeros representantes del género humano: Dios sería celoso de sus prerrogativas e impondría por ello limitaciones al hombre. Satanás invita al hombre a liberarse de la imposición de este yugo, haciéndose "como Dios" (Juan Pablo II, 13-8-86).

Pero él no se queda solamente en la mentira, sino que odia lo bueno y ama lo malo. Es el Rey de la iniquidad, quiere sembrar el mal en toda la creación. "En esta condición de mentira existencial Satanás se convierte -según San Juan- también en homicida, es decir, destructor de la vida sobrenatural que Dios había injertado desde el comienzo en él y en las creaturas hechas a "imagen de Dios": los otros espíritus puros y los hombres; Satanás quiere destruir la vida según la verdad, la vida en la plenitud del bien, la vida sobrenatural de gracia y de amor. El autor del libro de la Sabiduría escribe: "...por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen" (Sab. 2, 24). En el Evangelio Jesucristo amonesta: "...temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehena" (Mt. 10, 28)" (Juan Pablo II, *ibíd.*).

Y, por último, es el príncipe de la envidia. Y así como la envidia es entristecerse por el bien del otro, así el demonio no soporta la felicidad eterna del hombre en Dios y que los hombres puedan salvarse. Por ello, su actuación es combatir al hombre, ponerle todo tipo de obstáculos, de trabas, en definitiva, alejarlo de Dios para siempre. "Según la Sagrada Escritura, y especialmente el Nuevo Testamento, el dominio y el influjo de Satanás y de los demás espíritus malignos se extiende al mundo entero. Pensemos en la parábola de Cristo sobre el campo (que es el mundo), sobre la buena semilla y sobre la mala semilla que el diablo siembra en medio del trigo tratando de arrancar de los corazones el bien que ha sido "sembrado" en ellos (Mt. 13, 38-39). Pensemos en las numerosas exhortaciones a la vigilancia (Mt. 26, 41), a la oración y al ayuno (Mt. 17, 21). Pensemos en esta fuerte afirmación del Señor: "Esta especie (de demonios) no puede ser expulsada por ningún medio si no es por la oración" (Mc. 9, 29). La acción de Satanás consiste ante todo en tentar a los hombres para el mal, influyendo sobre su imaginación y sobre sus facultades superiores para poder situarlos en dirección contraria a la ley de Dios. Satanás pone a prueba incluso a Jesús (Lc. 4, 3-13) en la tentativa extrema de contrastar las exigencias de la economía de la salvación tal como Dios la ha preordenado.

No se excluye que en ciertos casos el espíritu maligno llegue incluso a ejercitar su influjo no sólo sobre las cosas materiales, sino también sobre el cuerpo del hombre, por lo que se habla de "posesiones diabólicas" (Mc. 5, 29). No resulta siempre fácil discernir lo que hay de preternatural en estos casos, ni la Iglesia condesciende o secunda fácilmente la tendencia a atribuir muchos hechos a intervenciones directas al demonio, pero en principio

no se puede negar que, en su afán de dañar y conducir al mal, Satanás pueda llegar a esta extrema manifestación de su superioridad" (Juan Pablo II, *ibíd.*).

LAS REDES SATÁNICAS

Desde el comienzo, el demonio actúa tentando al hombre; busca que se le sometan a él. Nuestros primeros padres -Adán y Eva- caen por las tentaciones del demonio. Ellos cometen el pecado que se denomina pecado original, un pecado que pasa a todos los hombres, menos a la Virgen María y a Cristo: "en Adán hemos muerto todos" (I Cor. 15-22), dice S. Pablo.

Nuestros protoparentes pasan de la familiaridad a la enemistad con Dios. Sin embargo, Dios les promete una gran ayuda: la promesa de un Salvador en el Protoevangelio. Es cuando le dice a la serpiente: "Pongo perpetua enemistad entre ti y la Mujer y entre tu linaje y el suyo. Este te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañal" (Gén. 3, 15).

En este pasaje se promete la venida del Redentor y de la Nueva Eva que es la Virgen María. Cristo, en el plan de Dios, es el Restaurador de todas las cosas y el Salvador de todos los hombres.

El hombre, por lo tanto, tiene delante de sí la ayuda de Dios y, por otro lado, las tentaciones que el demonio le propone. El poder de Dios es infinito, en cambio el demonio posee un poder limitado. "El poder de Satán no es infinito. No es más que una criatura, poderosa por el hecho de ser espíritu puro, pero sólo criatura: no puede impedir la edificación del Reino de Dios. Aunque Satán actúe en el mundo por el odio contra Dios y su Reino en Jesucristo, y aunque su acción cause graves daños -de naturaleza espiritual e indirectamente incluso de naturaleza física- en cada hombre y en la sociedad, esta acción es permitida por la divina providencia que con fuerza y dulzura dirige la historia del hombre y del mundo. El que Dios permita la actividad diabólica es un gran misterio, pero "nosotros sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman" (Rom. 8, 28)" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 395).

El demonio actúa eficazmente no sólo por su astucia, sino cuando el hombre le presenta flancos débiles. Esto ocurre, por un lado, cuando el hombre niega la existencia del demonio, cuando está carente de Dios, o cuando vive en la esclavitud de las pasiones desordenadas. "El influjo del espíritu maligno puede ocultarse de forma más profunda y eficaz: pasar inadvertido corresponde a sus intereses. La habilidad de Satanás en el mundo es la de inducir a los hombres a negar su existencia en nombre del racionalismo y de cualquier otro sistema de pensamiento que busca todas las escapatorias con tal de no admitir la obra del Diablo. Sin embargo, no presupone la eliminación de la libre voluntad y de la responsabilidad del hombre y menos aún la frustración de la acción salvífica de Cristo. Se trata más bien de un conflicto entre las fuerzas oscuras del mal y las de la Redención. Resultan elocuentes a este propósito las palabras que Jesús dirigió a Pedro al comienzo de la Pasión: "...Simón, Satanás te busca para zarandarte como trigo; peor yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe" (Juan Pablo II, *Audiencia General*, 13-8-1986).

La verdadera resistencia de cada alma, se da mediante la ayuda de Dios por la Sangre de Cristo. La grandeza de un alma está cuando se apoya más en Dios que en sí misma. Dios nos hace fuertes, nos eleva y diviniza. Dios le dice, por ejemplo, a Santa Catalina de Siena, que "nada debe temer por cualquier combate o tentación del demonio que le sobrevenga, porque yo los he hecho fuertes y les he dado firmeza de voluntad, robustecida en la sangre de mi Hijo. Ni el demonio ni criatura alguna os puede cambiar esta voluntad, porque es vuestra y yo os la di juntamente con el libre albedrío.

En vuestro poder está, pues, con el libre albedrío, guardarla o abandonarla según os plazca. Es un arma que vosotros podéis poner en las manos del demonio, y es exactamente como un cuchillo, con el cual os hiere y os mata. Mas, si el hombre no pone este cuchillo de su voluntad en las manos del demonio, no consintiendo a las tentaciones y sugerencias suyas, nada hay capaz de herirle con culpa de pecado. Antes al contrario, por ello se verá fortalecido, si abre los ojos de su entendimiento para comprender mi caridad, que es la que permite que sean tentados sólo para conducirlos a la virtud y ser probados en ella" (*El Diálogo*, parte II, c. 3, n° 43).

El diablo es un enemigo temible. Se coloca delante de cada uno, observando nuestras debilidades; después tira las redes de acuerdo a nuestras inclinaciones. "Ya te he dicho -le aclara Dios a Sta. Catalina- cómo el demonio invita a los hombres hacia el agua pútrida, la única que posee, cegándolos con las delicias y los honores del mundo. Los toma con este anzuelo del placer bajo color de bien, ya que de otra suerte no podría tomarlos si no encontraran algún bien o deleite personal. El alma, en efecto, por naturaleza, apetece siempre el bien.

Pero es cierto que el alma, cegada a veces por el amor propio, no conoce ni discierne cuál sea el verdadero bien de provecho para el alma y para el cuerpo. Por esto el demonio en su maldad, viéndole cegado por el amor propio sensitivo, le propone distintos pecados, que tiene buen cuidado de pintar con color de algún provecho o algún bien. A cada uno según su estado y sus inclinaciones. Lo que brinda al seglar, no lo brinda al religioso: una cosa ofrece a los prelados, otra a los poderosos..." (*El Diálogo*, p II, c 3, n° 44).

Ataca también en los momentos de unión con Dios, de manera especial en la oración: "Muchas veces en el tiempo destinado a la oración llega el demonio con sus asaltos y tentaciones más que cuando se halla fuera de la oración. Lo hace para descorazonarla y para infundirle hastío de la oración, diciéndole muchas veces: "Esta oración no te sirve de nada, porque no deberías pensar ni atender a otra cosa que a lo que estás diciendo". Esto le pone delante el demonio para causarle hastío y confusión de espíritu y que abandone la oración. Y la oración, sin embargo, es un arma con la que el alma se defiende de todo adversario cuando la sostiene con la mano del amor y con el brazo del libre albedrío, manejada a la luz de la santísima fe" (*El Diálogo*, p. II, c. 4, n° 65).

También genera momentos de desaliento y a la vez de presunción. Ataca produciendo tristeza desmedida, inquietud y turbación. Frente a esta tentación hay que elevarse con la misericordia de Dios. Pero otras veces lo hace con la presunción, de la cual hay que huir y abajarse por la humildad. "Acuérdate -le dice a Sta. Catalina- que, cuando el demonio quería aterrarte y confundirte, queriéndote convencer que toda tu vida había sido un engaño, que tú no habías seguido nunca mi voluntad, tú entonces hiciste lo que debías

hacer y que mi bondad te dio para que hicieses, pues mi bondad jamás se niega a quien quiere recibirla: te elevaste con humildad hacia mi misericordia diciendo: "Yo confieso a mi Creador que mi vida estuvo siempre en tinieblas: pero me esconderé en las llagas de Cristo crucificado y me bañaré en su sangre. Así consumiré mis iniquidades y me gozaré con santo deseo en mi Creador".

Tú sabes que el demonio entonces huyó. Mas volvió luego con nueva batalla, queriendo hacerte engrerir por orgullo, diciéndote: Tú eres perfecta y agradable a Dios: no tienes por qué afligirte ni llorar por tus pecados. Te di entonces gran luz y viste qué camino debías tomar: humillarte. Respondiste al demonio: "¡Infeliz de mí!; San Juan Bautista jamás pecó y fue santificado en el vientre de su madre, e hizo, sin embargo, tanta penitencia. ¡Y yo, que he cometido tantos pecados, jamás empecé a reconocerlos con llanto y verdadera contrición, considerando quién es Dios, a quién ofendo y quién soy yo, que lo ofendo!

Entonces el demonio, no pudiendo sufrir la humildad de tu espíritu ni tu esperanza en mi bondad, te dijo: "Maldita seas, ya que nada puedo contra ti. Si te abato con la confusión, tú te elevas a lo alto de la misericordia; si te exalto, te abajas por la humildad hasta el infierno y en el infierno mismo me persigues: No volveré a ti, ya que me castigas con el bastón de la caridad" (*ibíd.*, p II, c 4, n°66).

El verdadero triunfo se da cuando el alma se baña con la Sangre de Cristo; de lo contrario, las que son vencidas por el demonio portan su cruz y anticipan el infierno.

"¡Qué grandes son los sufrimientos provocados por los sobresaltos de la conciencia! ¡Cómo sufre el que desea venganza! Le roe continuamente el alma este deseo y se mata a sí mismo antes que mate a su enemigo. El primer muerto es él al matarse con el cuchillo del odio.

¡Cuánto sufre el avaro, que por codicia llega a privarse de lo necesario! ¡Qué tormento el del envidioso, que se carcome en su corazón y no le deja gozarse en el bien de su prójimo! De todo lo que estos hagan con amor sensitivo, no obtienen más que sufrimiento, por el temor constante y desordenado. Han tomado la cruz del demonio, gustando de antemano las arras del infierno. Esta vida para ellos está llena de enfermedades de todas clases y si no se corrigen llegarán a la muerte eterna.

Estos son los que se ven afligidos por las espinas de abundantes tribulaciones, torturándose a sí mismos por su propia voluntad desordenada. Tienen cruz para su corazón y para su cuerpo. Quiero decir que sufren interior y exteriormente sin mérito alguno, porque no sufren estos trabajos con paciencia, sino con impaciencia" (*El Diálogo*, p II, c 3, b, n°48).

Si no hay verdadera conversión, las almas corren el riesgo de perderse y de condenarse. El demonio es, en el infierno, el verdugo de las almas. El infierno, ciudad doliente y sin esperanzas, es la mansión del eterno sufrimiento.

"Viendo estos condenados, sumergidos en las tinieblas, tanta dignidad de la que ellos han sido privados, aumentará su pena y confusión, porque en sus cuerpos aparece la señal de las iniquidades cometidas con indecible pena y tormento.

Cuando oigan aquella terrible palabra: **Id, malditos, al fuego eterno** (Mt. 25, 41), cuerpo y alma irán a vivir con los demonios, sin remedio alguno de esperanza y envueltos con todas las acciones depravadas cometidas. El avaro, con la inmundicia de su ambición, envuelto con las riquezas del mundo, que tan desordenadamente amó, arderá con ellas en el fuego. El cruel con su crueldad; el inmundo con la inmundicia y su abyecta concupiscencia. El injusto, con sus injusticias; el envidioso con su envidia; el rencoroso, con su odio y rencor para con el prójimo. El amor desordenado de sí mismo, junto con el orgullo del que procedieron todos sus males, arderá también, y les proporcionará un tormento intolerable. Todos serán castigados de diversas maneras, alma y cuerpo juntamente.

He aquí el fin miserable a que llegan estos que andan por el camino de abajo, por el río, no retrocediendo para reconocer sus culpas y para pedirme misericordia. Llegan a la puerta de la mentira, porque siguieron la doctrina del demonio, que es padre de la mentira, y este mismo demonio es su puerta, y por ella llegan a la condenación eterna, como antes te dije" (*El Diálogo*, p II, c 3, a. 1, n° 42).

LOS VICIOS CAPITALES

Luego de saber quién es el demonio y cómo ataca, pasamos a los Vicios Capitales, de entre los cuales se encuentra la Acedia producida por el demonio del mediodía.

La quinta columna del diablo, en el alma, es el pecado. El diablo pesca con el anzuelo del pecado.

Todo pecado implica un alejamiento de Dios y un caminar hacia la nada de la muerte; es la aversión al Creador y la conversión desordenada a las criaturas. El que peca no se queda en un estado intermedio, sino que cae. Cuando se cae, se cae de las alturas hacia las cosas inferiores. Y una de las cosas que más provoca la risotada de Satanás es el pecado. Al contrario, salir de él y entrar en el reino de la Gracia, es alabar y glorificar a Dios.

La lucha, pues, se da en el interior de cada uno. El que peca edifica la Ciudad del diablo, y al contrario, el que vive en la gracia, participa de la Ciudad de Dios. La balanza se encuentra en el corazón. Todo depende a quién quiere uno como dueño y señor de sí mismo. El que peca se hace esclavo del demonio y el que rechaza el mal, el pecado y crece en la gracia, se somete a Dios para reinar con El.

Y dentro del reino de la iniquidad están los vicios, que son hábitos malos. "Los vicios pueden ser catalogados según las virtudes a que se oponen, o también pueden ser referidos a los pecados capitales que la experiencia cristiana a distinguido siguiendo a San Juan Casiano y a San Gregorio Magno (cfr. *Moralia in Job*, 31-45: PL. 76, 621 A). Son llamados capitales porque genera otros vicios" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 1866).

LA VISIÓN GENERAL

El demonio, la astuta serpiente, "observa de continuo nuestro calcañar. Quiero decir que pone asechanzas a nuestra perseverancia y hasta el fin de nuestra vida no cesa un instante en sus esfuerzos para derribarnos" (Casiano, *Instituciones*, Lib. IV, XXXVII). Y para no ceder a tales "trampas", hay que resistir al mal, creciendo en el Bien.

En esta batalla interior es necesario conocer dónde están las causas de los vicios y qué son estos vicios. Gran parte del triunfo está en conocer al enemigo para derribarlo con las armas de Dios. No basta poseer la ciudad de nuestra alma bien amurallada, hay que tener la ciudad interior dominada bajo el Reino del Espíritu de Dios. "Por muy altas que se yergan las murallas de una fortaleza -observa Casiano- y por firmes que sean las puertas cerradas que protegen a una ciudadela, será demolida si por traición se franquea una puerta al enemigo, aunque pequeña, por donde abrir brecha y asolarla. Y ¿qué diferencia hay en que el enemigo y la muerte irrumpen en el corazón de la ciudad y lo hagan por encima de las elevadas almenas o por las puertas abiertas de par en par, o por el secreto pasillo de una estrecha galería subterránea?" (*Instituciones*, Lib. V, XI).

Los vicios capitales son llamados así en cuanto que son la fuente de donde dimanar todos los demás. Son hábitos malos o malas inclinaciones que empujan a toda clase de pecados y desórdenes. La palabra "capital" se dice en orden a la cabeza, en cuanto que son la raíz o el principio de otros vicios.

"Capital es voz derivada de cabeza -observa Santo Tomás-. Cabeza, a su vez, en sentido propio, es un miembro del animal con carácter de principio y fuerza directiva de todo su ser. De ahí brota el que metafóricamente llamemos cabeza a todo principio directivo; e incluso a los mismos hombres que gobiernan y dirigen a sus semejantes se les llama cabeza de los otros. Por consiguiente pecado capital puede tomarse: 1) por orden a la cabeza, propiamente dicho, y es el pecado que tiene como pena la pena capital, del cual no hablamos ahora. 2) por orden a la cabeza metafóricamente dicha -principio o fuerza directiva de los otros- como sucede realmente en nuestro caso. Se llama vicio capital aquel del cual proceden otros vicios, principalmente según origen de causa final, que es origen formal. Por tanto, el vicio capital es no solamente principio de otros, sino, en cierto sentido, directivo de los otros, Es condición de todo arte o hábito, cuyo objeto es un fin, presidir e imperar sobre los medios. Por eso San Gregorio compara estos vicios a "los generales de un ejército" (*S. Th.*, I-II, 84, 3).

LOS SIETE VICIOS CAPITALES

Se suelen numerar siete vicios capitales: vanagloria, avaricia, lujuria, envidia, gula, ira y acedia o tedio de las cosas espirituales.

La mayor parte de los moralistas, en vez de vanagloria, señalan la soberbia como vicio capital. En cambio, para mejor visión, Santo Tomás considera la soberbia no como un simple pecado capital (uno de tantos), sino como la raíz de donde proceden los demás vicios y pecados. En este sentido, la soberbia es más que pecado capital, es un pecado que ejerce un influjo general sobre todos los demás pecados. Y así como cada pecado capital tiene su zona -la gula y la lujuria los bienes del cuerpo-, la soberbia es universal. Ella supone un culto idolátrico de sí mismo, contrapone el propio ser al de Dios. En este aspecto dice admirablemente Santo Tomás que la soberbia afecta a todos los demás vicios capitales.

"La soberbia puede ser considerada en sí misma como pecado especial y como pecado general, por el influjo que ejerce sobre todos los pecados. Vicio capital es un pecado especial del que nacen otras muchas clases de pecados. Por este motivo algunos, considerando la soberbia como pecado especial, lo catalogan entre vicios capitales; en cambio San Gregorio, que se fijó en ese influjo universal sobre los demás pecados, la consideró como reina y madre de todos los vicios en esta hermosa descripción: Cuando la soberbia, reina de los vicios, se dueña del corazón, lo entrega a los siete vicios capitales, lo mismo que a capitanes de un ejército de devastación, de los que nacen muchos otros vicios" (*Suma Teológica*, II-II, 162, 8).

Y en cuanto al número siete, Santo Tomás, en la *S. Theol.*, -I-II 84, justifica con profundidad dicho número. He aquí, en esquema, su magnífica argumentación.*

* Citamos al P. Fr. Royo Marín, Antonio, O. P., teología moral para Seglares, Madrid, BAC, t. I, 1964, pp. 212-4.

<p>Desean el bien desordenadamente...</p>	<p><i>La vanagloria o apetito desordenado de la propia alabanza.</i></p> <p><i>La gula o apetito desordenado de comer.</i></p> <p><i>La lujuria o apetito desordenado del placer venéreo.</i></p> <p>La avaricia o apetito desordenado de los bienes exteriores.</p>
<p>Huyen del bien por el mal adjunto...</p>	<p><i>La acedia o tedio de las cosas espirituales por el esfuerzo que suponen.</i></p> <p><i>La envidia o tristeza del bien ajeno que rebaja nuestra excelencia.</i></p> <p>La ira o apetito desordenado de venganza.</p>

En este esquema puede verse, en el grupo primero, que la vanagloria se refiere a un bien del alma, que es espiritual; la gula y la lujuria, a los bienes del cuerpo, y la avaricia a las cosas exteriores. En el segundo grupo, la acedia se refiere al propio bien; la envidia al bien ajeno sin deseo de venganza; y la ira, al bien ajeno con deseo de venganza. No cabe una clasificación más perfecta y ordenada.

BREVE DESCRIPCIÓN DE CADA UNO

Dejando para su lugar correspondiente en la moral especial el estudio detallado de los vicios capitales en particular, vamos a dar aquí una breve noción de cada uno de ellos:

1. La vanagloria es el apetito desordenado de la propia alabanza. Busca la propia fama y nombradía sin méritos en que apoyarla o sin ordenarla a su verdadero fin, que es la gloria de Dios y el bien del prójimo. De ordinario no suele pasar de pecado venial, a no ser que prefiera la propia alabanza al honor mismo de Dios o se quebrante gravemente la caridad para con el prójimo.

Pecados derivados: De la vanagloria, como vicio capital, proceden principalmente la jactancia, el afán de novedades, la hipocresía, la pertinacia, la discordia, las disputas y la desobediencia.

Remedios. Los principales son: el conocimiento íntimo y sincero de sí mismo; la consideración de la inanidad del aplauso humano y sobre todo, el recuerdo de la humildad de Cristo.

2. La avaricia. Es el apetito desordenado de los bienes exteriores. Cuando quebranta gravemente la justicia (robos, fraudes, etc.), es pecado mortal; pero si sólo se opone a la liberalidad, no pasa de venial.

Pecados derivados. La dureza de corazón hacia los pobres, la solicitud desordenada por los bienes terrenos, la violencia, el engaño, el fraude, el perjurio y la traición.

Remedios. Considerar la vanidad de los bienes terrenos, la vileza de este vicio, y, sobre todo, los ejemplos de Cristo, pobre y desprendido.

3. La lujuria. Es el apetito desordenado de los placeres sexuales. La lujuria en sí misma es siempre pecado mortal, y sólo puede darse en ella pecado venial por la imperfección del acto (falta de advertencia o de consentimiento perfecto), pero no por parvedad de materia.

Pecados derivados. Los principales son: ceguera espiritual, precipitación, inconsideración, inconstancia, amor desordenado de sí mismo, odio a Dios, apego esta vida y horror a la futura.

Remedios: Oración frecuente y humilde, frecuencia de sacramentos, huída de las ocasiones y de la ociosidad, mortificaciones voluntarias, devoción a María.

4. La envidia. Es tristeza del bien ajeno en cuanto que rebaja nuestra gloria y excelencia. De suyo es pecado mortal, porque se opone directamente a la caridad para con el prójimo; pero admite parvedad de materia, en cuyo caso no pasa de venial. Es uno de los vicios más viles en que se puede incurrir.

Pecados derivados. De la envidia proceden el odio, la murmuración, la difamación, el gozo en las adversidades del prójimo y la tristeza en su prosperidad. ¡Qué vileza tan grande!

Remedios. Los principales son: la consideración de la vileza y de los males que acarrea este feo vicio, la práctica de la caridad fraterna y de la humildad, el recuerdo de los ejemplos admirables de Cristo.

5. La gula. Es el apetito desordenado de comer y beber. Puede ser pecado mortal y venial. Es mortal: a) cuando se quebranta un precepto grave por el placer de comer o beber (v. gr., el ayuno o la abstinencia); b) cuando se infiere a sabiendas grave daño a la salud; c) cuando se pierde el uso de la razón (embriaguez perfecta); d) cuando supone un despilfarro grave; e) cuando se da grave escándalo, etcétera. Es venial cuando, sin llegar a ninguno de estos extremos, se traspasan los límites de lo discreto y razonable.

Pecados derivados son: la torpeza o estupidez del entendimiento, desordenada alegría, locuacidad excesiva, chabacanería y ordinareiz en las palabras y gestos, lujuria e inmundicia, etcétera.

Remedios. Considerar los pésimos efectos que produce este vicio, mortificarse en el comer y beber, huir de las ocasiones (tabernas, etcétera.) y otros semejantes.

6. La ira. Considerada como vicio, es el apetito desordenado de venganza. Puede ser pecado mortal cuando se desea el castigo de quien no lo merece o más de lo que merece, pues entonces se quebrantan la caridad y la justicia. Pero suelen ser tan sólo veniales los movimientos espontáneos de ira procedentes del temperamento colérico o de un mal humor circunstancial.

Pecados derivados son: la indignación, el rencor, el clamor o griterío, la blasfemia, el insulto, la riña, etcétera.

Remedios. Recordar la mansedumbre y dulzura de Cristo, prevenir las causas de la ira, luchar sin descanso en el dominio propio, etcétera.

7. La acedia, que es: tedio o fastidio de las cosas espirituales por el trabajo y molestias que ocasionan. Sobre este vicio hablaremos a continuación.

III LA ACEDIA Y EL DEMONIO DEL MEDIODÍA

La acedia está fomentada, de manera especial, por el demonio del mediodía. ¿Y quién es el demonio del mediodía?

La expresión **daemonium meridianum**: demonio del mediodía, surge de la S. Escritura. Se encuentra en el salmo 90, 6, (por tanto, está revelado por Dios). El texto dice:

Non timebis a timore nocturno;	No temerás el temor nocturno
A sagitta volante in die,	ni la saeta que vuela de día
A negotio perambulante in tenebris	ni la maquinación fraguada en las tinieblas
et daemonio meridiano	ni el demonio meridiano.

Este demonio se denomina así, meridiano, por que ataca a toda alma, sea monje o no monje, a la mitad de la jornada. Llena el corazón de cansancio, de tedio, nostalgia del siglo; aversión del lugar que habita, le hace suspirar por otros lugares menos penosos, menos exigentes. Nadie está exento de este demonio, como de los restantes demonios. Desde que uno nace hasta el momento de morir estamos bajo la posibilidad de ser tentados.

El vicio al que conduce el demonio del mediodía es la acedia. El término acedia, del griego **akedía**, no tiene en castellano un término que traduzca toda la riqueza de matices contenida en **akedia**, en el sentido que le dan los autores monásticos. Hay algunos que la reducen a la pereza, sin embargo abarca otros elementos, como aburrimiento, disgusto, desaliento, ansiedad, tristeza, etc. Es un **taedium cordis** (tedio o aburrimiento del corazón) o -según San Nilo de Ancira- **atonía psychés** (flojedad del alma)⁷⁸. Para Santo Tomás es una **species tristitiae**⁷⁹, una especie de tristeza respecto del bien divino del hombre. Es la tristeza del mundo que lleva a la muerte. Es "una tristeza gravosa, que de tal manera deprime el ánimo del hombre, que nada de lo que hace le agrada. (...) Por eso, la acedia lleva cierto tedio en obrar... Tal tristeza siempre es mala, a veces aun en sí misma y a veces

⁷⁸ San Nilo de Ancira, De octo spiritibus malitiae.

⁷⁹ Suma Teológica, I. II, 35, 8.

en sus efectos. La tristeza es mala en sí misma: cuando versa sobre lo que es en apariencia mal y es bien verdadero; como, por el contrario, el placer es malo cuando recae en un bien aparente, que en realidad es un mal. Pues, siendo el bien espiritual verdadero bien, la tristeza del bien espiritual es en sí misma mala; mas también la tristeza de lo que es en realidad mal es mala por su efecto, si agrava de tal modo al hombre que del todo se retrae de la buena obra. Por lo cual es el Apóstol no quiere que el penitente *se vea consumido por la excesiva tristeza del pecado*⁸⁰.

La acedia es una tristeza mala con respecto del bien divino del hombre, que lo paraliza, lo descorazona; de ahí que la acedia en la medida "en que pasa del terreno del afecto al de la decisión espiritual (produce) una aversión consciente, una auténtica huída de Dios. El hombre huye ante Dios porque lo ha elevado a un modo de ser superior, divino, y le ha obligado, por tanto, a una norma superior de deber. La acedia, finalmente, es una franca **detestatio boni divini** (desprecio del bien divino), lo cual significa la monstruosidad de que el hombre tenga la convicción y el deseo expreso de que Dios no le debería haber elevado, sino "dejado en paz" (II-II, 35, 3)"⁸¹.

Al vicio de la acedia no se llega de un día para otro, implica un lento abandono de las cosas de Dios, una progresiva tibieza que lleva al desaliento y a la tristeza mundana. No es simplemente la astucia del demonio del mediodía que ataca, sino la debilidad del pecador. El hombre que cae en la acedia, ha caído en aquello que dice Kierkegaard: "la desesperación de la debilidad, que es un estado previo a la auténtica desesperación, y que consiste en que el desesperado no quiere ser él mismo"⁸². El hombre "acedioso" huye de sí mismo, del lugar en que Dios lo ha colocado.

La palabra **acedia** viene de *acidez*, es decir, es un amor que se va agravando, deteriorando, relajando hasta llegar a la tibieza y mediocridad.

La acedia, vicio capital, al ser "tristeza por el bien divino del que goza la caridad" (Santo Tomás, II-II, q. 35, art. 20) aleja de Dios, de la cruz de Cristo y del camino estrecho

⁸⁰ Suma Teológica, I. II, 35, 1.

⁸¹ Pieper, José, Las virtudes fundamentales, Rialp, Madrid, 1976, p. 395.

⁸² *Ibíd...*

de Dios, el camino estrecho de la perfección. La acedia se define acertadamente, por lo tanto, como "pertenece al género de las tristezas y como una especie de la envidia. ¿Qué la distingue de la envidia en general? Su objeto. El objeto de la acedia no es -como el de la envidia- cualquier bien genérico de la creatura, sino el bien del que se goza la caridad. O sea el bien divino: Dios y los demás bienes relacionados con El.

La acedia es tristeza por el objeto de las virtudes teologales. Y por eso, aunque se opone directamente a la caridad, también indirectamente va contra la fe y contra la esperanza. (P. Horacio Bojorge, S. J. *Angustia, Esperanza, Acedia*, en *Cuadernos de espiritualidad y Teología*, S. Luis, n° 23, Agosto 1999, p 66).

Este concepto de acedia, actualmente, se lo ignora, se lo desvirtúa y se lo malentiende; la acedia, tedio del alma, cansancio vital es:

"Un concepto que no se suele tener en cuenta y del que no se suele hablar. No se la enumera habitualmente en la lista de los pecados capitales. Difícilmente se encontrará su nombre fuera de los manuales o de algunos diccionarios de moral o de espiritualidad; que son muchos los fieles, religiosos y catequistas incluidos, que nunca o rarísima vez la oyeron nombrar y pocos saben ni pueden explicar en qué consiste.

Y sin embargo, -comprobaba en mi libro- la acedia abunda en nuestra civilización y hasta dentro de la Iglesia en todas sus formas: en forma de tentación, de pecado actual, de hábito extendido como una epidemia y hasta en forma de cultura con comportamientos y teorías propias que se transmiten por imitación o desde sus cátedras, populares o académicas. Si bien se mira, puede describirse una verdadera y propia civilización de la acedia.

La acedia crece y prolifera con tanta mayor impunidad cuanto que, a fuerza de haber dejado de verla, se ha dejado de saberla nombrar, señalar y reconocer.

De ahí la necesidad de recuperar la operatividad teológica y profética de una noción tan útil para comprender la historia que vivimos". (Padre Horacio Bojorge, S.J, *op cit*, 67). Y es también fundamental ver las consecuencias, ya que "al atacar la vitalidad de las

relaciones con Dios, la acedia conlleva consecuencias desastrosas para toda la vida moral y espiritual. Disipa el tesoro de todas las virtudes, pero muy especialmente el de las virtudes teologales. La acedia se opone directamente a la caridad, pero también a la esperanza, a la fortaleza, a la sabiduría y sobre todo a la religión, a la devoción, al fervor, al amor de Dios y a su gozo.

Sus consecuencias se ilustran claramente por sus efectos o, para usar la denominación de la teología medieval, por sus hijas: la ansiedad que se agita en diligente persecución de metas intramundanas; la disipación, o sea un vagabundeo ilícito del espíritu, la pusilanimidad, el torpor, el rencor, la malicia, o sea, el odio a los bienes espirituales y la desesperación" (*Op. cit*, p 67).

Las causas que provocan este mal espiritual, que paraliza el espíritu, son variadas y múltiples. Entre sus **causas naturales** se enumeran "la tristeza, la gandulería, la locuacidad, los malos pensamientos, el agotamiento del alma por la batalla espiritual; **su causa preternatural** es un demonio particular, activísimo al mediodía, sugerido por el Salmo 90, 6. Sus efectos son múltiples y algunos irremediables. La acedia hace que los monjes abandonen la celda sin necesidad; excita las pasiones; es contraria a la oración, so pretexto de que es preciso ocuparse en buenas obras; fomenta la ociosidad y el sueño; hace aborrecer el lugar donde se vive, el trabajo que se realiza; mueve el falso celo, el deseo de emprender prácticas ascéticas que están por encima de las propias fuerzas, como ayunos excesivos o establecer la morada en un lugar demasiado remoto; llega a causar la muerte espiritual"⁸³.

La acedia, al igual que los restantes vicios capitales, tiene sus efectos perniciosos, sus frutos podridos. Para San Gregorio Mago serían las hijas (cfr. *Libro Moral*, XXXI), expresión que Santo Tomás va a explicitar. Escuchemos a un autor actual describiendo esta doctrina profunda:

"La hijas de la acedia, como las llama Santo Tomás, no tardan en aparecer en el comportamiento del tibio. A la desesperación le sigue la **evagatio mentis**, errabunda y

⁸³ P. García Colombás M., OSB, El monacato primitivo, La espiritualidad, BAC, Madrid, 1975, t. II, p. 265.

desordenada inquietud que toma diversos modos, pero convergentes todos en la inautenticidad del ser, en la trivialización de la vida y en la divagación de la existencia. Sea en la verbosidad vana (**verbositas**), en la búsqueda banal de novedades (**curiositas**), en la desubicación de los actos (**inquietudo**) o en la incapacidad de permanecer firme en sitio y determinaciones (**instabilitas loci vel propositi**), el tibio expresa su pérdida de identidad y de señorío. Crece entonces el **topor**, especie de indolencia y de indiferencia frente a la salvación y al destino eterno. La poquedad de ánimo o pusilanimidad, el rencor y el resentimiento; en una palabra, la malicia, teológicamente entendida como aversión y odio de todo lo que lleve el signo de Dios"⁸⁴.

Después de saber las causas y efectos del demonio del mediodía en el alma, entramos a las distintas etapas de la acedia descrita por diversos autores espirituales. Ahora pasamos a describirlas.

LA CRISIS

Cuando usamos el término "crisis" no queremos indicar lo que comúnmente se entiende como caída, relajación. En griego **krísis**, se deriva de **krínein**, significa decidir, juzgar; en el ámbito físico es mutación de la enfermedad, ya sea para mejorar o para empeorar. En este sentido, la crisis puede darse de dos maneras. Primero, aquella que indica "replanteo interior", reflexión acerca de la propia vida. Esta crisis, según un místico, Taulero, es obra de la gracia de Dios. Es El quien al tocar las almas las purifica, realiza la poda divina, cortando lo que no sirve, lo superfluo, para que el árbol del alma dé frutos de santidad (cfr. S. Jn. 15, 3). "Cuando el hombre llega a esa casa y allí busca a Dios -observa Tauler-, la casa está revuelta y luego Dios lo busca a él y El revuelve la casa como todo el que busca: tira una cosa aquí, otra allí, hasta que encuentra lo que busca"⁸⁵.

El alma, al estar tocada por Dios, debe dejar a "Dios por Dios", dejar a Dios según la medida humana, para buscarlo según el modo divino. El Divino Huésped se acerca a las almas y luego se esconde, se oculta en lo profundo de ellas. La respuesta delante de Dios es

⁸⁴ Caponneto, Antonio, el deber cristiano de la lucha, Scholastica, Buenos Aires, 1992, pp.32-33.

⁸⁵ Tauler, Sermones.

para decir, con el poeta, ¿a dónde te escondiste Amado?; a lo cual responde San Juan de la Cruz:

"Verbo, Esposo mío, muéstrame el lugar donde estás escondido; en lo cual le pide la manifestación de su divina esencia, porque el lugar donde está escondido el Hijo de Dios es, como dice San Juan, el seno del Padre (1, 18), que es la esencia divina, la cual es ajena de todo ojo mortal y escondida de todo humano entendimiento; que por eso Isaías, hablando con Dios, dijo: Verdaderamente Tú eres Dios escondido (45, 15). De donde es de notar que, por grandes comunicaciones y presencias y altas subidas noticias de Dios que un alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios ni tiene que ver con El, porque todavía, a la verdad, le está al alma escondido y por eso siempre le conviene al alma sobre todas esas grandezas tenerle por escondido y buscarle escondido, diciendo: ¿Adónde te escondiste?..."⁸⁶.

Pero hay una segunda crisis, la negativa, la que esclaviza en el mal. Se trata de aquellos que no superan las pruebas y las tentaciones. La acedia se ubica dentro de esta crisis mala y negativa, que desalienta y desubica delante de Dios y desordena el propio ser.

El demonio que tienta durante toda la vida a cada persona, desde el momento del nacimiento hasta el momento de morir, es quien va a querer provocar la crisis mala; es un incansable enemigo, perseguidor de las almas. En cuanto al demonio de la acedia, según Evagrio Póntico es el "más pesado de todos (los demonios). Ataca al monje hacia la hora cuarta y acosa el alma hasta la hora octava. Al principio hace que el sol parezca moverse lentamente, como si estuviera inmóvil, el día parece tener cincuenta horas. Después lo obliga a mantener los ojos fijos sobre las ventanas, a odiar su celda, a observar el sol para ver si falta mucho para la hora de nona y a mirar para aquí y para allí si algunos de los hermanos... Le inspira aversión por el lugar donde habita, por su mismo modo de vida, por el trabajo manual y al final, le sugiere la idea de que la caridad ha desaparecido entre los hermanos y que no hay ninguno para consolarlo"⁸⁷. Para S. Agustín, comentando el Salmo

⁸⁶ S. Juan de la Cruz, Cántico espiritual, 1, 3.

⁸⁷ Evagrio Póntico, Tratado Práctico, 12. Existe acerca de la acedia el testimonio de una Doctora, María Ana Ennis: Se plantea una crisis de sentido y por ello una crisis religiosa. Esta crisis frecuentemente alrededor de

90, 6, se denomina "demonio del mediodía" por la terrible y furiosa persecución que provoca en toda alma.

"¿Por qué se dice del mediodía? Porque al llegar la persecución a su apogeo, llamó al furor más rabioso mediodía. Atienda vuestra caridad cómo pruebo esto por la Escritura. Cuando el Señor hablaba del sembrador que salió a sembrar la simiente y decía que parte cayó en el camino, parte en tierra pedregosa y parte entre espinos, El mismo se dignó exponer la semejanza: y, al llegar a declarar qué era la tierra pedregosa, dijo: Estos son los que oyen la palabra y al momento se alegran por ella; mas, al sobrevenir la tribulación por causa de la palabra, al instante se escandalizan. ¿Qué dijo antes sobre lo que había nacido entre peñas? Que al salir el sol se secó, porque no había echado raíz profunda. Luego éstos son los que de pronto se alegran con la palabra; mas, cuando llega la persecución por causa de la palabra, se secan. ¿Por qué se secan? Porque no echaron raíz profunda. ¿Cuál es la raíz?, la caridad. Así lo dice el Apóstol: Estad arraigados a afianzados en la caridad. Como la raíz de todos los males es la codicia, así la raíz de todos los bienes es la caridad. Lo sabéis; con frecuencia se ha dicho; pero ¿por qué quise ahora recordarlo? Para que entendáis el salmo, para que sepáis que se dice demonio meridiano por el furor rabioso de la persecución. Pues el Señor dice así: Salió el sol y se secó la hierba, porque no tenía raíz; y, explicándonos lo que significaba el secarse la hierba por el sol, añadió que, llegada la persecución, no se sostienen, porque carecen de raíz profunda. Con razón, pues, entendamos por "demonio meridiano" la rabiosa persecución".

Otra característica del demonio del mediodía es el **taedium vitae**. El hombre empieza a percibir "que hay un exceso en el trabajo, en la lucha, en la responsabilidad. Se acumula la carga del trabajo. Las exigencias se hacen cada vez mayores. Detrás de cada una asoman otras nuevas y no se les ve el fin... Pensemos en lo que significa mantener en pie un hogar, sacar adelante una familia, realizar una profesión, dirigir una empresa, cumplir funciones públicas, todo lo que hay implicado ahí en personas, cosas, fuerzas, órdenes; qué tensiones, qué dificultades, qué resistencias se ponen en vigor... Interviene el hastío, lo que

los 40 o 50 años-crisis del mediodía-, pero en mi consultorio la detecto en personas más jóvenes, de alrededor de 35 años" (Psicología y espiritualidad, en revista Teología , Bs. As., 1995, tomo 32, n. 66, p. 217).

llamaron los antiguos **taedium vitae**; esa profunda desilusión que no proviene de un motivo aislado, sino de la entera amplitud de la vida"⁸⁸.

Para Taulero, ya antes citado, la crisis provocada por el demonio del mediodía se ubica entre los 40 y 50 años. Observa que las almas llegan a una cierta etapa de la vida espiritual en donde lo que anteriormente realizaban: meditación, oración, coro, mortificación, Santa Misa, etc., se les vuelve insípido. No encuentran ya gusto por nada, se sienten vacíos, agotados y sin paz, todo le resulta rutinario, aburrido. Taulero se vale de la simbología del número 40, que media entre la resurrección y la ascensión del Señor y los diez días hasta Pentecostés, aplicándolo a la vida espiritual. La persona "acediosa" "hace lo que quiere, pero no alcanza nunca la verdadera paz hasta que su ser no sea imagen del hombre celeste, que no es antes de los cuarenta años..., (de ahí) que todos los santos pensamientos y amables imágenes y la alegría y júbilo y lo que le había sido dado por Dios le parece ahora una cosa pesada y se disipa de tal manera que ya no encuentra gusto en todo ello y no puede continuar. Esto no le gusta y lo que le atrae no lo tiene. De esta manera está entre dos objetivos y se encuentra en gran dolor y apretura" (*Sermones*).

También vemos que en la acedia no se trata simplemente de la debilidad del pecador, que todo le resulta pesado, cansador, sino también de ser presa de la terrible astucia del demonio mediante sus engaños. Se da lo que dice San Pablo, que no es de "maravillar, pues el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz" (II Cor. 11, 14). El demonio, príncipe de las tinieblas, se disfraza, se viste de una luz aparente que no posee. Traducido significa: el demonio presenta el error bajo apariencia de verdad y el mal bajo la apariencia de bien. "Para lo cual es de advertir -dice S. Juan de la Cruz- que entre las muchas astucias de que el demonio usa para engañar a los espirituales la más ordinaria es engañarles debajo de especie de bien, y no debajo de especie de mal, porque sabe que el mal conocido apenas lo tomarán"⁸⁹.

El "pesado" demonio usa del mediodía, de una cierta luminosidad, para sustraer a las almas de la verdadera luminosidad interior, que es la fe pura. San Bernardo, gran

⁸⁸ Guardini, Romano, La Aceptación de sí mismo, Las Edades de la Vida, Cristiandad, Madrid, 1997, pp. 86-8.

⁸⁹ Cautelas, 10.

conocedor de las almas, distingue entre la verdadera luz venida de Dios y la aparente del ángel caído.

"Creo debemos ansiar por que llegue para nosotros ese mediodía, no sólo por las razones hasta aquí alegadas, sino más aún a causa de los artificios de los poderes invisibles de los espíritus seductores, emboscados, con sus flechas siempre dispuestas en sus aljabas para dispararlas y herir con ellas, en la oscuridad, a los rectos de corazón; a fin de que, viviendo en pleno día, podamos descubrir los enredos del diablo y discernir fácilmente a nuestro ángel bueno de ese ángel de Satanás que se disfraza no pocas veces de ángel de luz (II Cor. 2, 14); pues no acertaríamos a preservarnos de la incursión del demonio meridiano si no permaneciésemos alumbrados por la luz del mediodía (Sal. 90, 6). Y creo que ese demonio es llamado así por haber algunos malos espíritus que, siendo más oscuros que la noche y la negra noche, por su voluntad tenebrosa y obstinada en el mal, no dejan, para sorprender a los hombres, de asemejarse al día y aun al mediodía resplandeciente, así como su príncipe no se contenta con igualarse a Dios, sino que le resiste y se eleva por sobre todo lo que es llamado Dios o es adorado como tal, hasta llegar a poner su asiento en el templo de Dios, dando a entender que es Dios (II Tes. 2, 4). Por eso, si el corazón de aquel a quien un demonio como ése pretende tentar no está alumbrado por la luz del verdadero mediodía, que resplandece desde lo alto del cielo y convence y descubre el falso mediodía, no podrá evitarlo del todo, sino que dicho demonio le tentará y suplantaré, sin duda bajo apariencias de bien, haciéndole abrazar el mal por el bien, sin quizá sospecharlo, por andar muy fiado de sí mismo. Y este mediodía, falso a las veces, parece tanto más claro, es decir, la tentación es tanto más fuerte y seductora, cuanto la maldad en ella oculta está mejor presentada con apariencia de bondad y honestidad"⁹⁰.

Frente a la sutil tentación, la falsa luminosidad del demonio, la mejor arma es el discernimiento espiritual, bajo la lumbre divina y la ordenada vida en Dios. El demonio va a querer engañar, de manera especial, a aquellos que buscan la perfección, tentándolos a practicar de una manera desordenada las cosas buenas. Al que reza mucho, si no lo puede convencer que no rece le va a sugerir un rezo desordenado, al igual que los ayunos, la Santa

⁹⁰ S. Bernardo, Sermones sobre los Cantares, 33, 9.

Misa y los demás actos de piedad. Escuchemos a Santo Tomás describiendo esta astuta tentación del demonio del mediodía.

"El demonio de mediodía es la ilusión del diablo bajo apariencia de bien, cuando, a veces, sugiere velar, ayunar, orar, llorar mucho tiempo, al observar a algún novicio devoto, para alejarlo del servicio de Dios, debilitarlo y hacerle desfallecer o arrepentir del bien comenzado. Por eso dice el Señor a Zaqueo, que se había subido a un sicómoro para verlo pasar: "Zaqueo, desciende presto, porque es menester hoy hospedarme en tu casa." (Lc. XIX, 5). La higuera silvestre es la devoción indiscreta, por lo que algún novicio quiere subir muy alto y a quién dice Jesús: "No subas demasiado, antes bien, baja pronto, porque no sólo quiero estar contigo, sino permanecer mucho tiempo"⁹¹.

También S. Bernardo va a describir lo mismo que Santo Tomás. Esta tentación, según él, consiste en presentar como bueno, a las almas que aspiran a la perfección, el hacer muchas cosas, pero de tal manera desordenadas o con soberbia, para que en realidad no realicen nada provechoso.

"¡Cuántas veces, por ejemplo, ha sugerido a alguno prolongar las vigilias nocturnas, a fin de burlarse después de él haciendo que se esté durmiendo en el coro mientras sus hermanos cantan el Oficio divino, o bien le ha inducido a prolongar y extremar los ayunos, a fin de convertirle en un monje inútil para el servicio de Dios por su extrema debilidad! Cuántas veces, dominado de la envidia contra algunos que adelantaban en los monasterios, les ha persuadido, so pretexto de más alta perfección, que se fueran de allí a los desiertos, y estos miserables han tenido que reconocer al fin la verdad de aquella sentencia que habían leído con tan poco fruto: ¡Ay del solo, porque, si cae, no hay quien le levante! (Eccl. 4, 10). ¡Cuántas veces ha impulsado a algunos a emprender trabajos excesivos, con lo cual en poco tiempo ha agotado sus fuerzas hasta incapacitarlos para seguir la observancia regular! ¡A cuántos les ha persuadido cargarse con excesivos trabajos corporales, que, según el Apóstol, son de poca utilidad (I Tim. 4, 8), logrando con ello enfriar su devoción y secar su piedad!"⁹².

⁹¹ Santo Tomás de Aquino, In Apoc., c. I.

⁹² S. Bernardo, *Ibíd.*. 33 bis.

LA HUÍDA

El segundo paso en la acedia es la huída. No se trata aquí de la verdadera huída de las ocasiones peligrosas, lo cual es una acción prudente y santa. No hay que colocarse en ocasión de pecado, ya que "el que ama el peligro perecerá en él" (Eccl. 37). Huir de las ocasiones de pecado no es cobardía, sino santo realismo, ya que llevamos la gracia en "vasos de barro" (2 Cor. 4, 7).

En cambio, la falsa huída es la de aquel se escapa de sí mismo, huye de lo que debe ser. La falsa huída es evadir la propia responsabilidad, es esquivar la cruz. Escaparse de sí, de lo propio, es morir espiritualmente. "Seremos como un árbol -observa Fray Mamerto Esquiú - que por querer alzarse por encima de sí mismo arranca del suelo sus propias raíces y muere"⁹³.

La huída, en este sentido, es un escapismo que conduce al alejamiento de Dios. Una característica de los escapistas, de los que huyen frente al bien, es que se "niegan a reconocer el hecho de que su vida está desordenada; o, de lo contrario, buscan una salida "fácil" de su desdicha, salida que les hace dar de lleno en una confusión más confusa. Algunas de las salidas "fáciles" son el escapismo basado en el escándalo que trata de descubrir en otros que sean peores que el propio yo y, así, hacer que el yo parezca bueno por comparación; el escapismo del ridículo, que se burla de los virtuosos y los religiosos para escapar al reproche de la bondad de éstos; el escapismo del ruido, de ahogarse en la excitación, entre muchedumbres, en las actividades colectivas, para que la dulce y suave voz de la conciencia, a través de la cual habla Dios, no sea nunca oída"⁹⁴.

El hombre es un ser realmente misterioso, hecho de tal manera que busca siempre trascenderse, salir de sí. Si no se trasciende para arriba, hacia lo alto, endiosándose por la gracia, se trasciende hacia abajo animalizándose, es decir, se dispersa, y se esclaviza a la criatura. La verdadera vida espiritual consiste en asumir lo propio en Dios, en armonizar todo el ser virtuosamente de manera arquitectónica. El pecado, por el contrario, dispersa y desordena. Debemos recordar un magnífico texto de Santo Tomás, que dice: "Pecar no es

⁹³ Sermones Patrióticos, Estrada, Bs. As., 1945, p. 83.

⁹⁴ Sheen, Fulton, Paz en el alma, Iber-Amer, Bs. As., 1951, pp. 148-9.

formar de la multitud unidad, como sucede en las virtudes, que son conexas, sino más bien disgregar la unidad en multitud"⁹⁵.

° Todo escapismo es irse de la casa del Padre como el hijo pródigo, es despilfarrar los talentos. El problema no se mejora -simplemente- cambiando de lugar, sino "de actitud"⁹⁶. Hay que enfrentarse consigo mismo, no irse del lugar donde Dios me ha colocado. Alejarse de Dios, es alejarse de uno y caer de sí mismo. Dice S. Ambrosio: "El que se aparta de la fuente tiene sed, el que se aparta de la sabiduría se vuelve necio, el que se aleja de la virtud se autodestruye"⁹⁷.

Quien huye de la verdadera exigencia se hace esclavo de las creaturas, se somete a los seres inferiores. El hombre degradado es "cautivo de la muerte, esclavo de los demonios, siervo de los ídolos, juguete de los vicios, engrillado a los delitos"⁹⁸.

Las falsas huidas se dan de tres maneras⁹⁹:

PRIMERA FORMA DE HUIR: REFORMAS EXTERIORES

En esta primera huída, el hombre no dirige la mirada a su interior; busca reformar a los demás; traslada el problema hacia afuera, proyecta su descontento hacia afuera; se exime de mantener combate consigo mismo, se convierte en un giróvago, anda en la ronda del castillo. San Bernardo observa:

“Si ves a un religioso de quien tenías una buena opinión desde un principio que por todas partes en donde se halla, por donde camina, donde se detiene, echa los ojos a todos los lados, ya la cabeza levantada y abierto el oído para escucharlo todo, reconoce por estos movimientos exteriores que el interior de este hombre, que se da todo afuera, está enteramente trocado. En efecto, es máxima del sabio que el hombre pervertido hace señal de ojo, golpea con el pie y habla con la mano. Por estos movimientos del cuerpo se nota la nueva enfermedad del alma; la cual, a medida que cesa de reflexionar sobre sí misma por su

⁹⁵ S. Th., I-II, 73, I.

⁹⁶ S. Beda, In Lc. Ev. Expositio, lib. IV, cap. 15: PL 92, 522.

⁹⁷ Cf. S. Ambrosio, Esp. Ev. Sec. Lc., lib. VII, 215: SC 52, p. 90.

⁹⁸ S. Pedro Crisólogo, Sermones, Sermo 6: PL.52, 203.

⁹⁹ Tauler, Sermones.

negligencia, se hace curiosa en las ocupaciones de otros. Por eso, viniendo a ignorarse a sí misma, sale afuera para apacentar cabritos. Por los cabritos, que significan el pecado, creo que se pueden justamente entender los ojos y las orejas, pues por estas ventanas entra la muerte en el alma, del mismo modo que entró en el mundo por el pecado”¹⁰⁰.

SEGUNDA FORMA DE HUIR: AFERRARSE A LO EXTERNO

La huída crece y cae en un cierto fariseísmo, busca simplemente los gestos exteriores sin conversión interior. "Se dedica por completo a ejercicios y actividades externas y obra como uno que debiendo ir a Roma marcha a campo traviesa en dirección a Holanda. Cuanto más camina tanto más desviado está. Y si tales hombres por fin vuelven, son tan viejos y les duele tanto la cabeza que no encuentran el gozo del amor en sus obras y en sus impulsos"¹⁰¹.

La huída se concentra en salir de sí mismo, mirar a los demás para no corregirse a sí y escaparse de las verdaderas exigencias. "Del mismo modo que muere el pez que por algún tiempo queda expuesto sobre la tierra seca -dice San Antonio-, así los monjes quedan destruidos si holgazanean entre vosotros y pasan demasiado tiempo con vosotros. Por eso, debemos volver al monte, como el pez al mar" (Apotegma, 31).

El monje disperso, desubicado de sí mismo, es atrapado por la melancolía y tentado de buscar otro lugar, huyendo, en vez de ordenarse interiormente.

S. Gregorio de Nisa, por ejemplo, desaconsejaba a los monjes -poco exigentes- peregrinar a Tierra Santa, dado que veía en ellos una "cierta fuga".

"El cambio de lugar no acerca a Dios; mas, estés donde estés, Dios irá a ti si la hostería de tu alma es tal, que el Señor pueda habitar y pasearse en ti. Pero si tienes a tu hombre interior lleno de pensamientos malos, aunque estuvieras en el Gólgota, en el monte de los Olivos o junto al memorial de la resurrección, estarías tan lejos de recibir a Cristo en ti como el que no ha empezado aún a confesarle. Aconseja, pues, a los hermanos que

¹⁰⁰ S. Bernardo, De los grados de la Humildad y de la Soberbia, c. X, 28.

¹⁰¹ Tauler, Sermones.

abandonen sus cuerpos para ir a juntarse con el Señor, pero no dejen Capadocia para ir a Palestina"¹⁰².

TERCERA FORMA DE HUIR: NUEVAS FORMAS DE VIDA

El desasosiego interior, el aburrimiento, el tedio, le hacen pensar en cambiar la vida, de vocación. No se contenta con lo que debe ser y hacer, sino que inventa múltiples alternativas contrarias a la Voluntad de Dios. Por su crisis interior echa por la borda todo lo que ha aprendido de los sabios maestros y buenos libros.

Quién cae en la acedia busca otros lugares, otros géneros de vida, no soporta lo que debe vivir. No acepta su propia vida, no oye la voz de Dios. Se esconde, repitiendo el mismo gesto de Adán al pecar, que es ocultarse a la mirada de Dios. El problema no está afuera, se encuentra adentro. Casiano, un gran maestro espiritual, realiza un diagnóstico insuperable acerca de esta situación. Escuchémoslo:

"Una vez que esta pasión se ha apoderado del corazón del monje, al punto le causan horror y enfado el lugar y la misma celda donde vive. No muestra más que desdén y desprecio para con los hermanos, tanto los que viven con él como los que viven a distancia, tildándolos de negligentes y poco espirituales. Todo el trabajo que debe hacer en el recinto de su celda, cúmplelo con desidia y flojedad. Es incapaz de permanecer en ella y aplicarse a la lectura.

Se queja constantemente de que no aprovecha en la virtud estando tanto tiempo en la celda; suspira, murmura y se duele, diciendo que, mientras viva en compañía de tales monjes, no sacará fruto alguno. Se tiene por persona de consideración, que podría gobernar a otros y aprovechar a muchas almas y no le ha sido posible todavía formar a nadie o ganarlo para sí con su doctrina.

Alaba en demasía a los monasterios distantes o que están en parajes lejanos. Dice que esos lugares ofrecen mayores ventajas para el progreso espiritual e inclusive son más

¹⁰² Ep. 2.

idóneos para la salud... No queda, pues, otro remedio que salir cuanto antes e irse a otra parte.

Pero no está en esto todo; sigue un cortejo de desgracias e inquietudes. Ha llegado, por ejemplo, la hora quinta, la hora sexta del día. La pereza suscita en todos sus miembros una laxitud inmensa, acompañada de un hambre terrible. Tanto es así, que le parece que está extenuado, rendido, cual si hubiera realizado un largo camino o un trabajo ímprobo, o como si hubiera ayunado dos o tres días consecutivos. Ansioso, dirige la mirada en todas direcciones, y comprueba desmoralizado que no se divisa un solo hermano en el horizonte; nadie viene a verlo. Y suspira despechado. Sale, entra, deambula por una y otra parte, mira una vez más el tiempo que hace y el correr del sol. Se impacienta al ver lo despacio que va éste hacia el ocaso. La confusión se cierne sobre su espíritu, y diríase envuelto en una calígene tenebrosa. Se siente vacío, carente de toda vida espiritual. En tal situación, ante este asalto formidable, no ve otro remedio que esta disyuntiva: o hacer una visita a un hermano o consolarse a sí mismo conciliando el sueño.

Añádase a esto que la misma dolencia le sugiere, so color de necesidades aparentes o de cortesía, visitar a ciertos hermanos enfermos. No importa que vivan lejos; cuanto más, mejor. Esa misma enfermedad le dicta ciertos deberes de piedad y religión. Así, pongo por caso, se cree en la obligación de favorecer y proteger a sus familiares y parientes... Existe tal mujer piadosa consagrada a Dios, desprovista de la ayuda y socorro de sus padres; ni qué decir tiene que es de su incumbencia ir a visitarla..."¹⁰³.

EL ACOSTUMBRAMIENTO

Toda alma que cae no se detiene en su caída, salvo si hay una verdadera conversión, un sincero arrepentimiento, con la ayuda misericordiosa de Dios. Caso contrario se va generando un endurecimiento. Se va encalleciendo la conciencia. El alma va acostumbrándose a los vicios.

¹⁰³ Casiano, Inst. 10, 1-3.

Hay un retroceso "interior, falta de amor, quejas de los demás, juicios sobre su flojedad moral o religiosa. Nace el sentimiento de pedantería y estrechez, falta de alegría y autojustificación"¹⁰⁴.

Lo peligroso, en este estado, es la excusa, las mentiras interiores que tienden a eximir de la propia responsabilidad. Frente a Dios, con respecto a las propias faltas, pecados o negligencias, hay que acusarse con humildad, sinceridad y verdadero arrepentimiento; si no, en cambio, afloran y aparecen las miles maneras de tapar lo que hay que arrancar en la propia vida. Los malos hábitos se los debe superar con los hábitos buenos, es decir, con la virtud; de ahí que la excusa, el autoengaño, es peligroso cuando se hace carne en la vida de las personas.

En el caso de la acedia, que es la tristeza arraigada y disgusto por la vida, es altamente peligrosa cuando o se la excusa o se la confunde y se la diluye en lo "psicológico". Escuchemos a Gustavo Thibon, analizando esta situación: "Hoyé al azar uno de los tomos de esta obra, redactada en un latín eclesiástico que se descifra sin esfuerzo, y caí sobre el capítulo consagrado al análisis del pecado llamado acedia, término difícil de traducir y que corresponde más o menos a tristeza arraigada, melancolía, disgusto por la vida, *spleen* en inglés.

Este estado del alma se calificaba de pecado por la razón de que el hastío de un bien tan precioso como la existencia constituía un acto de ingratitud y por tanto una ofensa a Dios, que nos ha creado y nos ha puesto en el mundo.

Lo que me chocó en esta lectura fue volver a encontrar en la descripción de los efectos de la acedia la mayoría de los síntomas del padecimiento que hoy se llama depresión nerviosa. Curioso cambio de óptica: a ese hastío de la vida, que se condenaba como pecado, se lo trata como enfermedad; lo cual revela que la moral cae bajo la medicina; lo que se acusaba ante el sacerdote, hoy se confía al psiquiatra...

Se observa la misma evolución -o, más bien, la misma revolución- en terrenos muy diferentes; por ejemplo, en el que concierne a la educación de los niños y a la justicia penal.

¹⁰⁴ Cfr. Tauler, Sermones.

Miles de problemas que antes se resolvían por un azote bien dado o por un castigo sin postre hoy necesitan de la intervención de técnicos especializados. En cuanto a los delincuentes, lejos de considerarlos culpables, se les ve, cada vez más, como víctimas. Víctimas de la herencia, de la mala educación, sobre todo de la sociedad, considerada como la principal, cuando no como la única, responsable de los delitos cometidos en su seno, lo cual, por otra parte, no molesta a nadie, pues ninguno de los miembros de la sociedad se siente particularmente afectado por esta condena."¹⁰⁵.

La excusa y la justificación de las propias faltas conducen a las graves mentiras interiores. En este sentido, observa San Doroteo de Gaza que hace falta mucha “vigilancia para no dejarse sorprender por la mentira. Pues ningún mentiroso está unido a Dios, la mentira es extraña a Dios. Está escrito en efecto: “la mentira viene del maligno... y él es mentiroso y padre de la mentira” (Jn. 8, 44). Así el diablo es llamado padre de la mentira. Al contrario, Dios es la Verdad ya que Él mismo dijo: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn. 14, 6). Fíjense de quién se separan y a quién se unen por la mentira: al Maligno. Por lo tanto si queremos realmente ser salvados, debemos amar la verdad con todas nuestras fuerzas y con todo nuestro ardor, cuidándonos de toda mentira para no ser separados de la verdad y de la vida”¹⁰⁶.

Según San Doroteo de Gaza, hay tres formas de mentir: Con el pensamiento, con la palabra o con la vida misma.

“Miente con el pensamiento aquel que acepta las sospechas. Si ve a alguien hablando con su hermano, piensa: “Es de mí de quien hablan”. Si dejan de hablar sigue sospechando que es a causa de él. Si alguien dice una palabra supone que es para hacerle daño. En fin, con cualquier motivo sospecha de su prójimo y se dice: “Por mí ha hecho eso, por mí ha dicho aquello: por tal razón ha hecho eso otro”. Así es el que miente con el pensamiento, no se basa en la verdad sino en conjeturas. De allí las curiosidades indiscretas, las murmuraciones, el hábito de estar a la escucha, de discutir, de juzgar”¹⁰⁷.

¹⁰⁵ El Equilibrio y la Armonía, Rialp, Madrid, 1981, pp. 143-144.

¹⁰⁶ San Doroteo de Gaza, Conferencias, Ecuana, Bs. As., 1990, IX, Conferencia, p. 67.

¹⁰⁷ San Doroteo de Gaza, Ibíd., p. 67.

La segunda forma de mentir es con la palabra. La palabra que está hecha para manifestar la verdad, al mentir se la destruye, se la profana y se la viola.

El mentiroso “de palabra –sigue diciendo San Doroteo– es por ejemplo aquel que tarda en levantarse para vigiliass y que en lugar de decir: “Perdóname, fui perezoso para levantarme”, dice: “Tenía fiebre y mareos, no podía ponerme de pie, no tenía fuerzas”. Pronuncia diez palabras falsas en lugar de pedir perdón y humillarse. Si alguien le ha reprochado, se preocupa en disfrazar sus palabras arreglándolas para no ser acusado. Si tiene algún entredicho con otro hermano no cesa de justificarse diciendo: “Fuiste tú el que lo dijo, tú el que lo hizo” o “no fui yo el que lo dijo, fue tal otro el que habló; fue tal cosa o fue tal otra”, solamente para evitar la humillación. Finalmente si desea algo, no se atreve a decir: “quiero eso” sino que usará mil vueltas: “sufro tal cosa y tengo necesidad de aquello” o: “me lo han prescrito” y mentirá hasta que haya satisfecho su deseo”¹⁰⁸.

Y por último, el que miente con la propia vida. Es aquel que siendo esclavo del vicio, de las pasiones desordenadas, tiende a justificarse.

“Miente con su vida el libertino que se precia de casto; el avaro que habla de limosnas y elogia la caridad o también el orgulloso que admira la humildad. No la admira con intención de alabar la virtud; en ese caso comenzaría por confesar humildemente su propia debilidad diciendo: “¡Qué desdicha la mía! Estoy vacío de todo bien”. Después de confesar así su miseria, podría admirar y alabar la virtud. Pero tampoco es con la intención de evitar el escándalo por lo que hace el elogio de la virtud, porque si así fuera debería decir: “¡Soy un miserable, lleno de pasiones! ¿Por qué voy a escandalizar a mi prójimo?, ¿por qué voy a hacer mal al alma de otro imponiéndome así una carga más?” Entonces, aún siendo él mismo pecador, podría aproximarse al bien. Porque verse a sí mismo como un miserable es humildad y cuidar del prójimo es compasión. Pero el mentiroso no admira la virtud con esos sentimientos. Para cubrir su propia vergüenza pone por delante el nombre de la virtud hablando de ella como si fuese virtuoso. Y muchas veces lo hace para hacer daño y engañar a alguien. Porque, en efecto, ninguna maldad, ninguna herejía ni el mismo

¹⁰⁸ San Doroteo, *ibíd.*, p. 70.

diablo podrá engañar si no es simulando virtud, según lo dice el Apóstol: El mismo diablo se transforma en ángel de luz (2 Cor. 11, 14). No es de admirar entonces que sus servidores se disfracen de servidores de la justicia. De esta manera, sea para evitar la humillación o por vergüenza o con el objeto de seducir y engañar a alguien, el mentiroso habla de las virtudes, las alaba y las admira, como si él mismo las hubiese adquirido con su esfuerzo. Así es el que miente con su misma vida. No es simple, tiene doblez, es uno por dentro y otro por fuera. Toda su vida no es más que duplicidad y farsa”¹⁰⁹.

Mentir con la vida es una actitud típicamente farisaica, de la que todos debemos cuidarnos. El que miente con su vida va por el camino ancho de la perdición. Al llegar a esta actitud, se aleja de las fuentes de la gracia para beber en las charcas estancadas del pecado. Tauler va a realizar un retrato de estas almas dominadas por la acedia: la tristeza mala. Son aquellos –dice–: “que han abandonado las aguas vivas y en su fondo hay muy poca verdadera luz y vida y muchas cosas externas: quedan parados con sus maneras y obras exteriores y con sus observancias. Todo es oído o sentido superficialmente en forma puramente imaginaria. Pero desde el fondo, que es desde donde debía manar y brotar todo, no se da nada. ¿No son como cisternas que no tienen nada que provenga o brote del fondo sino que todo les llegó del exterior y se va como ha venido? Y si hay algo en ellos, son sus prescripciones y sus maneras que se fundan y ordenan según su buen parecer. No se vuelven al fondo. No tienen fuente, pasan sed y no intentan avanzar. Así, hacen a su manera las cosas que han venido de fuera por los sentidos, y se quedan tan contentos. Se mantienen en las cisternas que ellos mismos se han fabricado y no tienen gusto por Dios. No beben agua viva. La dejan”.

Tauler cierra así el retrato de estos hombres:

“En estas cisternas se corrompe y se hace hediondo hasta que queda desecado, todo lo que se ha traído; esto es, las prescripciones sensibles; así queda en el fondo el orgullo, la obstinación, la dureza de juicio, la charla y la acción”¹¹⁰.

¹⁰⁹ San Doroteo, *Ibíd.*, p.71.

¹¹⁰ Tauler, *Sermones*.

El alma, en síntesis, presa de la acedia, lleva una doble vida. “Una vez que el abandono del alma ha sido consumado y declarado en absoluto, se llega inevitablemente más tarde o más temprano, al abandono físico”¹¹¹; la doble vida que se refleja en cada gesto. Por otro lado, el alma vive en la esclavitud del mal, ya que es “preciso vivir según se piensa, pues de lo contrario, tarde o temprano se concluye en pensar tal como se ha vivido” (ibíd).

La crisis de la mitad de la vida o el Demonio del Mediodía, si queremos salir, nos coloca ante una exigencia del propio ser: el conocimiento de sí y la superación de las miserias en Dios. Ahora pasemos a la respuesta, a la solución contra la acedia.

SOLUCIONES

La verdadera y única manera de vencer las tentaciones que el demonio propone es aferrarse y unirse a Dios. Al demonio hay que vencerlo con las armas del espíritu, con el auxilio divino, ya que Cristo nos dice: “Sin Mí nada podéis hacer” (Jn. 15, 5).

La gracia de Dios es el mejor modo de construir el Reino de Dios en el alma y de evitar el misterio de la iniquidad que viene del demonio. Ya desde el Bautismo se da una expresa y definida renuncia al demonio. Para Tertuliano las fórmulas de las promesas bautismales manifiestan claramente el sentido antidemoníaco (cfr. *De spectaculis.*, 4; *De cor.*, 13; *De anima*, 35) y también de consagración exclusiva a Dios.

La señal de la cruz que se hace al que se va a bautizar es, por un lado, arma, espada para luchar contra el demonio; y por otro lado, indica pertenencia a Cristo, Rey de las almas. Para San Cirilo de Jerusalén la cruz es un instrumento al cual temen los demonios (cfr. *Catechesis*, I, 3). Para Hipólito la cruz es signo de la pasión. “Cada vez que eres tentado marca con reverencia tu frente con el signo de la cruz. En efecto, el signo de la pasión es trazado contra el diablo si se hace con fe, no para que lo vean los hombres sino con espíritu cristiano, oponiéndolo como escudo. Si el adversario ve la fuerza del espíritu trazada externamente, pero saliendo del interior, se pone en fuga temblorosamente”

¹¹¹ Bourget, Pablo, el Demonio del Mediodía, Mundo Moderno, Bs. As., 1914, p. 123.

(*Tradición Apostólica*, 37). A su vez, Tertuliano nos hace ver el uso común de los cristianos: “si nos ponemos en camino, si salimos o entramos, si nos vestimos, si nos lavamos o sentamos a la mesa, si vamos al lecho, si nos sentamos, en éstas y en todas nuestras acciones nos signamos la frente con el signo de la cruz” (*De cor.*, 3).

Para Lactancio la señal de la cruz causa terror a los demonios (cfr. *Inst.*, IV, 27). San Cirilo de Jerusalén insiste acerca de la eficacia antidemoníaca del signo de la cruz. “No nos avergoncemos, pues, del signo de la cruz de Cristo. Si otros lo ocultan, tú hazlo abiertamente sobre la frente, para que los demonios, al ver el signo del Rey huyan temblorosos. Haz este signo cuando comas o bebas, cuando te sientes, cuando vayas al lecho, cuando te levantes, cuando hables, cuando camines: en una palabra en toda ocasión” (*Catech*, 4, 14; 4, 13; cfr. *Vita Antonii*, 13).

En síntesis, la verdadera solución está en abrazarse a Cristo con su cruz. Imitarlo al Señor es hacerlo por el camino estrecho y el ejercicio de la caridad heroica.

Y ahora en cuanto al Demonio del Mediodía, colocamos algunas soluciones:

CONOCIMIENTO DE SI MISMO

La solución a nuestros problemas no está afuera sino en el fondo de nuestra alma, donde nuestro ser íntimo está escondido. Conocerse a sí mismo, bajo la guía de la fe, es una de las tareas más nobles que existen, y sin embargo es también muchas veces desagradable. El verdadero conocimiento de sí mismo nos arranca todas las máscaras y las falsas personalidades que hemos cultivado en nosotros. El camino del autoconocimiento es volver al propio interior, al fondo del alma. De ahí, cuando planteamos la defensa de la vida interior, no queremos decir que siempre sea una vida interior tranquila y en paz, sino por el contrario es el teatro de un drama espiritual, el lugar donde ocurren de verdad, sobre todo, las cosas más importantes.

Así como la acedia es el fruto amargo de la tentación del demonio del mediodía, que lleva a desubicarnos en lo propio, a no hacer lo que debemos realizar, al tedio y a la

desesperación; así el verdadero conocimiento de la propia alma hunde sus raíces en la humildad, se nutre de la savia de la gracia y se eleva por el fuego de la caridad.

Conocerse a sí es mirar el propio ser delante de Dios. El alma humilde se coloca en la propia pequeñez, en el propio límite y acepta el ser dado y querido por Dios. La humildad, vemos, es el antídoto más eficaz contra el veneno de la soberbia inspirada por el demonio. La humildad es “andar en la verdad” (Santa Teresa), “camino que conduce a la verdad”¹¹²; es la verdad de sí mismo y de Dios: el alma como nada y Dios como el Todo. Conocerse a sí lleva a la humillación y a descubrir la misericordia de Dios, el amor divino en la propia alma. Por ello es, pues, “necesario que aquel que quiere conocer plenamente la verdad en sí, después de haber sacado de su ojo la viga de la soberbia, que le estorba la luz, comience a disponer los grados (de humildad) en su corazón, por medio de los cuales suba a buscarse en sí mismo, a fin de que habiendo subido... (a los grados más elevados de humildad), llegue dichosamente al primero de la verdad”¹¹³.

La actitud debe ser siempre la del hijo pródigo, quien luego de haber salido de su casa, despilfarrando los talentos, animalizado con los cerdos, retorna a su estado original e inicial. Dice la Escritura: “Entrando en sí mismo se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: “Padre, pequé contra el cielo y contra ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros”, y levantándose, partió hacia su padre” (Lc. 15, 17-20).

La expresión que emplea la parábola del hijo pródigo, en griego **eis eautón elthón**, volviendo en sí o entrando en sí, significa que aquel joven empezó a discurrir sobre su situación concreta y a recobrar el buen sentido. No era todavía el arrepentimiento, pero sí su estado inicial.

Volver en sí es reiniciar la conversión. “Bien se dice que retorna a sí el que se separó de sí –observa San Ambrosio–; porque el que vuelve al Señor se devuelve a sí

¹¹² San Bernardo, De los grados de humildad y de la soberbia, cap. I, 1.

¹¹³ San Bernardo, *ibíd.*, cap. I, 15.

mismo, y quien se aleja de Cristo se reniega”¹¹⁴. Volver en sí es el movimiento contrario a la acedia la cual consiste en escapar de sí. Y así como el pecado es la dispersión y el desparramarse en las creaturas, la vida en la gracia conduce a la unidad del ser en Dios. Volver en sí, es querer habitar consigo mismo y aceptar los deberes que Dios nos exige. Según Santa Teresa, es volver a nuestro hermoso y deleitoso castillo:

“Parece que digo algún disparate; porque si este castillo es el ánima, claro está que no hay para qué entrar, pues, se es él mismo; como aparecería desatino decir a uno que entrase en una pieza, estando ya dentro. Mas habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es adonde están los que le guardan y que no se les da nada de entrar dentro ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni quién está dentro ni aún qué piezas tiene”¹¹⁵.

El problema básico de la acedia es que el alma se apoya más en sí que en Dios; en cambio, la solución es apoyarse más en Dios que en sí. Son, por lo tanto, dos actitudes diametralmente opuestas. A la primera, podríamos ejemplificarla con el caso de Prometeo, que dice: “En una palabra: Yo abomino a todos esos dioses”, de lo cual obtiene la respuesta de Hermes: “Ya veo qué grado de violencia te hace perder la razón” (Esquilo, *Prometeo encadenado*).

A la otra actitud la podríamos ejemplificar con Job, santo pagano del Antiguo Testamento, quien frente a las dificultades y a los obstáculos del demonio conserva una actitud religiosa: “Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré allá. Yahvé me lo dio, Yahvé me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre de Yahvé!” (Job. 1, 21). Job, luego de sus dudas y reflexiones, va a someter su ser al Misterio de lo divino: “Sé que lo puedes todo –le dice a Dios– y que no hay nada que te cohíba..., por eso proferí lo que no sabía, cosas admirables para mí que no conocía... Sólo de oídas te conocía; mas ahora te han visto mis ojos. ¡Por eso me retracto y hago penitencia sobre polvo y ceniza!” (Job. 41, 1-6).

Job y Prometeo se asemejan pero son distintos. “Tanto el patriarca edomita como el titán griego aparecen como dos héroes del dolor humano y como inocentes y como audaces

¹¹⁴ Exp. Ev. Sec. Lc., lib. VII, 220, SC, 52, p. 91.

¹¹⁵ Las Moradas, I. cap. 1, 5.

interlocutores de Dios. Pero uno es esencialmente religioso y el otro es irreligioso por constitución; uno es temeroso y el otro es impávido; la impaciencia de aquél es meritoria, la paciencia de éste es vana y complaciente. En el libro de Job se alaba la creación divina, mientras que en la obra de Esquilo se exalta la obra humana. Job queda abrumado por las interpelaciones de Yahvé: ¿Quién midió la tierra, quién supo ceñirla con un cordel? Desde el otro cabo del mundo, desde la otra punta del corazón, Prometeo afirma sin turbación ninguna: “Yo he inventado el número, que es el más perfecto de los conocimientos”. Job venera esta insondable creación divina, maravillosa y pavorosa. Prometeo canta las excelencias, primores y claridades de la civilización humana, que ha venido a perfeccionar, esclarecer e incluso en gran medida a suplantar a la naturaleza. ¿No les parece a ustedes que el hombre actual se encuentra más cerca de Prometeo que de Job?”¹¹⁶.

LA SERENIDAD INTERIOR

Otra de las consecuencias de la acedia es la pérdida de la paz interior. Una falsa paz turba interiormente y genera un desaliento peligroso para la vida espiritual. La solución es volver a la paz buena, a la verdadera paz que da Cristo, la paz –tranquilidad en el orden– que es fruto de la Caridad y de la justicia.

Junto con el conocimiento de sí mismo, Tauler habla de otra ayuda para superar al Demonio del Mediodía: la serenidad. No pensemos en una serenidad y paz estoica que no se dejaría conmover por nada, sino que se refiere a la capacidad de dominarse a sí mismo. Serenidad es lo que la Sagrada Escritura llama abnegación, esto es, la tarea de entregar la propia voluntad de Dios. Escuchémoslo a Tauler, que nos dice: “Permanece solo contigo mismo y no corras a lo exterior, sufre y no busques otra cosa. Algunos hombres buscan otra cosa cuando están en esta pobreza interior y buscan siempre algo distinto para evitar así la exigencia. También se quejan y preguntan a maestros y cada vez quedan más confusos. Párate, sin dudar nada. Después de las tinieblas viene la luz del día, el amanecer del sol”¹¹⁷.

¹¹⁶ Cabodevilla, José María, La impaciencia de Job, BAC, Madrid, 1967, p.58.

¹¹⁷ Tauler, ibíd..

En medio de las turbaciones, de las inquietudes provocadas por la tentación, se debe alcanzar la serenidad. Serenidad que no es lo mismo que pasividad o sosiego en el desorden sino que es fruto del verdadero arrepentimiento. Al demonio no le agrada la conversión del alma penitente. “El peor lugar para el demonio es el Confesionario” –observa San Juan Bosco–. Es el peor lugar porque allí se recibe el perdón y la gracia de Dios. Quien se confiesa con verdadero arrepentimiento se humilla, y por lo tanto se aleja del camino de la soberbia. Se cuenta en la vida de Santo Domingo, que un día encontró al demonio “recorriendo” el Convento y preguntándole por qué hacía esto, respondió:

“-Por el provecho que saco de ello”.

-¿Qué utilidad –le dijo el santo– reportas del dormitorio?

-Los hago dormir demasiado, levantarse tarde y así llegan con retraso al Oficio Divino; también, cuando puedo, los aguijoneo con el estímulo de la carne, infundiéndoles imágenes obscenas.

Lo condujo después al oratorio y le preguntó:

-¿Qué ganancias sacas en el lugar tan santo?

-¡Oh, cuántas veces los hago venir tarde y salir temprano y permanecer distraídos mientras en él están!

Interrogado sobre el provecho que le venía a él en el refectorio, repuso:

-Quién por más, quién por menos...

Y llevándolo el Santo al locutorio, dijo el diablo, soltando una carcajada:

-Este lugar es todo mío; aquí es donde se ríe, se murmura de todo y se lanza al viento toda clase de palabras.

Condújolo, por último, al Capítulo de culpas, y comenzó a escabullirse y a temblar de miedo, diciendo:

-Este lugar es para mí un infierno y lo que gano en otras partes lo pierdo aquí, porque aquí se corrigen, se confiesan, se acusan, se castigan el cuerpo y se perdonan; por eso éste es el lugar que más aborrezco”¹¹⁸.

¹¹⁸ Santo Domingo de Guzmán, Su Vida, Su Orden, Sus Escritos, BAC, Madrid, 1947, p. 572.

Al capítulo de culpas, lugar de humillaciones, el demonio no lo soporta. La clave está, pues, en arrepentirse, en cambiar las malas costumbres por las buenas acciones. El arrepentimiento es la base de la paz profunda. Aunque en esto se debe distinguir el remordimiento del arrepentimiento. El remordimiento es un estado de culpa no relacionado con Dios; en cambio, el arrepentimiento conduce a descubrir las propias culpas delante de Dios. Entre el remordimiento y el arrepentimiento hay grandes diferencias.

“El arrepentimiento puede cantar pero no el remordimiento, pues el arrepentimiento espera y el remordimiento no espera.

El arrepentimiento cree en el perdón, el remordimiento cree en la pérdida irreparable y cada uno de ellos es llevado hacia la dirección que elige.

El que, en lugar de darse al arrepentimiento, se entrega al remordimiento, niega el perdón a un hombre y ese hombre es uno mismo. Quien niega un perdón implorado, parece abandonar a ese prójimo al remordimiento y quien perdona lo entrega al arrepentimiento.

La antigüedad está saturada de remordimiento; por eso cantaba poco.

El arrepentimiento es una melodía que canta la gloria de Dios bajo la figura de la misericordia”¹¹⁹.

“El arrepentimiento trae la esperanza, que apacigua el dolor de lo que se deplora.

El remordimiento trae la desesperación, que agría y exaspera el dolor de lo que se deplora.

El arrepentimiento es un declive que conduce a las lágrimas; tiene su dulzura, como toda verdad sentida. El remordimiento conduce al abismo; carece de piedad, de lágrimas y de voz; es ciego, sordo y mudo. El arrepentimiento puede cantar; los Salmos Penitenciales nos indican los sonos que arranca, cuando pasa el sople.

Pero el remordimiento ni aun habla; se desespera y muere.

El remordimiento precipita; el arrepentimiento levanta”¹²⁰.

¹¹⁹ Hello, Ernesto, El siglo, los hombres y las ideas, Difusión, Buenos Aires, 1943, p. 162.

La verdadera paz –en definitiva– implica la renuncia total a lo que no es Dios, para servir sólo a Dios; es poseer a Dios en el alma. En este sentido los monjes, hombres de la verdadera paz, son nuestros ejemplos. El Papa Juan Pablo II observa: “¿Y quién es, en realidad, el monje sino uno que entrega a Cristo toda su vida? Es, por antonomasia, el hombre de Dios. Si no derrama su sangre, como el mártir, sin embargo, hace renunciaciones radicales, sobre todo mediante la práctica de la virginidad, la pobreza y la obediencia. Esta elección de la mortificación no significa desprecio de las creaturas sino atracción irresistible por el Creador. Es el anhelo de la deificación que la gracia suscita en el corazón humano, la necesidad de subir desde el riachuelo hasta el manantial, desde los rayos hasta la fuente de luz.

El monaquismo da una respuesta singular. En efecto, no sólo brinda perspectivas de paz y de interioridad sino también la capacidad de testimoniar intensamente la concepción cristiana del hombre y del mundo, en pos de una armonía profunda que, lejos de contraponer el espíritu a la materia, la persona a la sociedad y Dios al hombre, unifica todo en un designio superior de belleza, de solidaridad y de santidad.

El hombre salió de las manos de Dios hermoso y santo. La ascesis monástica tiende, precisamente, a recuperar la belleza originaria, dañada por el pecado. Sostenida por la gracia, hace emerger la perfección espiritual a la que la naturaleza humana ha sido elevada” (2-8-1996).

EL NACIMIENTO DE DIOS EN EL ALMA

No basta para el alma arrepentirse, es necesario crecer en la gracia. Las penurias que traen todas estas dificultades, provocadas por estas luchas interiores, dan como fruto un alumbramiento espiritual. Son como los dolores de parto del alma hasta formar dentro de sí la perfecta imagen de Dios.

Es necesario pasar por las purificaciones producidas por Dios. Y así como el pecado es la muerte del alma, así la vida de la gracia es el nacimiento de Dios en el interior de sí.

¹²⁰ Hello, Ernesto, El hombre, la vida, la ciencia, el arte. Difusión, Buenos Aires, 1946, pp. 96-97.

“Abandónate en Dios... Dios quiere realizar un nuevo nacimiento. Y ten presente que todo lo que te quite el aprieto o la opresión, lo que te sosiegue o libere es nacimiento en ti. Y esto es el nacimiento, el parto, sea el que sea, de Dios o de la creatura. Piensa ahora: si una creatura te quita la tranquilidad, sea la creatura que sea, arruina por completo del nacimiento de Dios” (Tauler, *Sermones*).

Se debe pasar por las lágrimas de la conversión, lágrimas de vida, para engendrar a Dios dentro del alma, o mejor aún ser engendrados por Dios en su Hijo amado. Es el llanto de la bienaventuranza, el llanto del arrepentimiento que debe regir la verdadera conversión. Sin lágrimas no hay conversión, ya que “los que con llanto siembran, con júbilo cosechan. Van y andan llorando los que llevan y esparcen las semillas, pero vendrán alegres trayendo sus gavillas” (Sal. 125, 5-6). Es lo que nos dice nuestro Señor:

“En verdad, en verdad os digo que lloraréis y lamentaréis y el mundo se alegrará; vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se volverá en gozo. La mujer, cuando está por dar a luz, siente tristeza, porque llega su hora; pero cuando da a luz un hijo, ya no se acuerda de la tribulación, por el gozo que tiene de haber venido al mundo un hombre” (Jn. 17, 20-21).

El alma, luego de este triunfo, deja las vestiduras del pecado para revestirse de la vestidura nupcial de la gracia. El alma “se reviste de Jesús”¹²¹.

Es el retorno del hijo pródigo, festejado por los ángeles. Y en este retorno va a recibir de nuevo el vestido y la corona que no se marchita. El Padre reviste a su hijo, diciendo: “Traed la estola tejida en lo alto, preparada con el fuego del Espíritu; traed la estola entramada en las aguas de la piscina bautismal... y vestid al que se había ido; vestid al nuevo Adán, a quien desnudó el diablo; vestid al Rey de la creación, engalanad a Aquél por el cual engalané el mundo, adornad los miembros queridísimos de mi hijo; porque no puede verlo sin ornato, no soporto que mi imagen permanezca desnuda; tengo por vergüenza mía la vergüenza de mi hijo, estimo gloria mía el nombre ilustre de mi hijo”¹²².

¹²¹ San Gregorio de Nisa, In Cant. Canticorum, hom. 11, PG 44, 1004-1005.

¹²² Pseudos-Crisóstomo, Hom. in par. De fil. Proa., 2, PG 59, 519.

Los remedios contra el demonio del mediodía, en definitiva, son: ver los peligros de la acedia, considerar los sacrificios de Cristo, la grandeza del premio eterno, la lectura espiritual, consejos del director, tener una ocupación buena y santa, el ejercicio de las virtudes, la gracia y la protección maternal de la Virgen María. Son todos medios espirituales fundamentales, sin los cuales no se sale del pozo de la acedia y no se ingresa en el Bien Supremo, que es Dios.

CONCLUSIÓN

Después de la exposición acerca de los ángeles y el Demonio del Mediodía, en que hemos reflexionado sobre los ángeles como modelo que nos deben conducir a Cristo, y también los vimos como aliados o peligrosos tentadores, concluimos diciendo que la vida del cristiano se presenta como una gran exigencia: o se sigue a Dios o a un sustituto.

La alternativa ha sido siempre para todos los hombres: o la bestia de las profundidades o la santidad. Puede darse, también como posibilidad, la indiferencia, que a menudo detrás de ella se esconde la pereza, el deseo de no tener que organizar la vida; es el aburrimiento hecho inoperancia e indolencia.

Si elegimos a Dios es para servirlo, y hacerlo es para reinar con Él. Una de las cosas que hay que reflexionar es que la “vida es breve, el arte es largo, la ocasión fugaz” (Hipócrates, *Aforismos*, 1a. sección). La vida es breve, es un “breve instante, entre dos eternidades” (Santa Teresita). “Partimos cuando nacemos” (Manrique). Pero el “arte es largo”, el arte de obrar bien, de conquistar la virtud, de alcanzar el cielo. Sin Dios es imposible hacerlo.

Y cuando al contrario, al corazón lo domina la tristeza del mundo, entonces el horizontalismo, la chatura y la mediocridad son sus efectos. El fiel se convierte en un inútil. “Dios observa a los hombres –dice el Salmista– para ver si hay entre ellos algunos inteligentes que lo busquen; pero los hombres se han desviado y hecho inútiles” (Salmo 13, 2, 3). En este género de vida, ya no hay un lugar para el Misterio. El hombre se ha transformado en un ser insatisfecho, impaciente y eternamente ansioso.

Como solución, debemos retornar al Misterio, volver al hombre vertical y erguido. Aunque la grandeza mayor del hombre es cuando se inclina, baja la cabeza y eleva el corazón delante de Dios. Debemos aceptar, por lo tanto, que “la vida no carece de sentido ni siquiera ante una muerte inminente. Incluso en este caso el hombre está ante una tarea muy concreta y personal, aunque sólo fuera la de llevar a término el sufrimiento recto, íntegro de un destino auténtico”¹²³.

La solución es, siempre, reconocer a Dios, volverse a Él, estar sediento de Él. Debemos tomar conciencia de lo que hemos perdido y de lo que debemos recuperar en Dios.

“Hoy estoy muy triste y profundamente. Estoy triste por mi generación que está vacía de toda substancia humana... Hoy somos más áridos que los ladrillos... todo lirismo parece ridículo y los hombres rechazan ser despertados a cualquier vida espiritual.

Odio mi época con todas las fuerzas. En ella el hombre muere de sed. ¡Ah, general! En el mundo no existe más que un problema, uno solo: darle a los hombres un significado espiritual, inquietudes espirituales: hacer llover sobre ellos algo que asemeje a un canto gregoriano... No se puede más vivir de frigoríficos, de políticos, de balances y palabras cruzadas. No se puede más. No se puede más vivir sin poesía, color ni amor. Basta escuchar un canto popular del siglo xv, para medir la pendiente descendida. Queda sólo la voz del robot de la propaganda: dos mil millones de hombres no escuchan más que al robot, no comprenden más que al robot, se hacen robots... Los hombres experimentan los valores cartesianos: excepto en las ciencias naturales, nada han conseguido. No hay más que un problema, uno solo: descubrir que existe una vida del espíritu que trasciende a la inteligencia, la única vida que satisface al hombre”¹²⁴.

“Cierto, es necesario que el hombre coma... Pero el amor y el gusto de la vida y el sentido de Dios son importantes... Poco me importa que el cirio sea grueso. Sólo la llama me da la medida de su calidad... Es necesario que el hombre subsista y encuentre a su

¹²³ Frankl, Víctor E., *La Psicoterapia al alcance de todos*, Herder, Barcelona, 1983, p. 47.

¹²⁴ Citado por Sarti, Sergio, *Una Utopía sui generis: “Ciudadela” de Antoine de Saint Exúpery*, en *Disenso*, 6, Bs. As., diciembre 1995, p. 16.

alrededor medios para potenciarse. Pero todo ello no es más que una escalera que conduce al hombre. El alma que edificará en él será como una basílica, porque sólo ella es importante” (ibíd., p 20).

La clave, en definitiva, es vigilar para que el enemigo no nos encuentre dormidos. Vigilar amorosamente para agradar a Dios. “Estad en guardia, vigilad y orad –nos dice el Señor– porque no sabéis cuándo será el tiempo” (San Mateo 13, 13). Y ahora ¿qué significa vigilar?

Vigila esperando a Cristo “el que tiene espíritu sensible, voluntario y abierto; quien es espiritualmente despierto y vivaz; quien está pronto y diligente en buscar y honrar al Señor; quien sabe verlo en todo cuanto ocurre y no se sorprendería, ni mucho menos se conmovería o descompondría al saber su inminente venida. Vigila con Cristo quién, aun mirando al futuro, no pierde de vista el pasado y no se deja absorber en la contemplación de lo que el Salvador ha ganado para él, hasta el punto de olvidar lo que antes ha sufrido. Vigila con Cristo quien recuerda y renueva en su propia persona los sufrimientos y la agonía de Él sobre la cruz y se reviste con alegría del hábito de dolor que el Salvador vistió aquí en la tierra y que abandonó en el momento de subir al cielo. Vigilar significa también haberse despegado de las realidades visibles para vivir en las invisibles; significa vivir pensando en Jesús, en su primera y en su segunda venida, vivir deseando su aparición en la gloria, en virtud del afectuoso y grato recuerdo de la aparición en la carne”¹²⁵.

El alma vigilante debe amar a Dios y todas las cosas en Dios. Debe repetir aquello de San Juan de la Cruz: “Míos son los cielos y mía es la tierra. Mías son las gentes. Los justos son míos y míos son los pecadores. Los ángeles son míos y la Madre de Dios y todas las cosas son mías. Y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. Pues ¿qué pides y buscas alma mía? Tuyo es todo esto y todo es para ti”¹²⁶.

¹²⁵ Card. Newman, J. H., *La Madurez Cristiana*, Paulinas, Colombia, 1963, pp. 209-210.

¹²⁶ Dichos de luz y amor, n. 26.

DEVOCIÓN A LOS CELESTIALES ESPÍRITUS
CORONITA EN HONOR A SAN MIGUEL ARCÁNGEL

Fórmula con que se practica esta devoción.

Estando de rodillas delante de una imagen del Santo Arcángel, se reza el siguiente acto de sincera contrición:

Dios mío, me arrepiento de haberos ofendido porque sois infinitamente bueno y amable y propongo firmemente, mediante vuestra santa gracia, no volver a ofenderos ya más, aun a costa de mi vida.

Luego dígase:

V. Dios mío ven en mi auxilio.

R. Señor, date prisa en socorrerme

Gloria al Padre...

Salutación I

¡Dios mío!, por la intercesión de San Miguel Arcángel y del coro celestial de los Serafines encended en nuestros corazones una llama de perfecta caridad.

Un Padrenuestro, tres Avemarías y Gloria en honor del primer coro angélico.

Salutación II

¡Dios mío!, por la intercesión de San Miguel Arcángel y del coro celestial de los Querubines, dadnos una verdadera humildad de corazón.

Un Padrenuestro, tres Avemarías y Gloria en honor del segundo coro angélico.

Salutación III

¡Dios mío!, por la intercesión de San Miguel Arcángel y del coro celestial de los Tronos aumentad en nosotros la fe.

Un Padrenuestro, tres Avemarías y Gloria en honor del tercer coro angélico.

Salutación IV

¡Dios mío!, por la intercesión de San Miguel Arcángel y del coro celestial de las Dominaciones, avivad en nosotros la esperanza.

Un Padrenuestro, tres Avemarías y Gloria en honor del cuarto coro angélico.

Salutación V

¡Dios mío!, por la intercesión de San Miguel Arcángel y del coro celestial de los Principados, dadnos la pureza del alma y del cuerpo.

Un Padrenuestro, tres Avemarías y Gloria en honor del quinto coro angélico.

Salutación VI

¡Dios mío!, por la intercesión de San Miguel Arcángel y del Coro celestial de las Potestades, dadnos el don de consejo.

Un Padrenuestro, tres Avemarías y Gloria en honor del sexto coro angélico.

Salutación VII

¡Dios mío!, por la intercesión de San Miguel Arcángel y del coro celestial de las Admirables Virtudes, dadnos el don de la piedad.

Un Padrenuestro, tres Avemarías y Gloria en honor del séptimo coro angélico.

Salutación VIII

¡Dios mío!, por la intercesión de San Miguel Arcángel y del coro celestial de los Arcángeles, dadnos el don de oración.

Un Padrenuestro, tres Avemarías y Gloria en honor del octavo coro angélico.

Salutación IX

¡Dios mío!, por la intercesión de San Miguel Arcángel y del coro celestial de los Ángeles, dadnos el don de la perseverancia en el bien hasta la muerte. Amén.

Un Padrenuestro, tres Avemarías y Gloria al noveno coro angélico.

Se rezan, en fin, cuatro Padrenuestrros.

El primero en honor de San Miguel.

El segundo en honor de San Gabriel.

El tercero en honor de San Rafael.

El cuarto en honor de nuestro Ángel Custodio.

Antífona

Gloriosísimo Príncipe San Miguel, jefe y conductor de los ejércitos celestiales, custodio de las almas, vencedor de los espíritus rebeldes, favorito en la casa de Dios, nuestro admirable conductor después de Jesucristo, de sobrehumana excelencia y virtud, dignaos librnos a nosotros todos que a vos recurrimos con confianza, de todo mal y haced que mediante vuestra incomparable protección adelantemos todos los días en el santo servicio de Dios.

V. Rogad por nosotros, oh gloriosísimo protector nuestro San Miguel, príncipe de la Iglesia de Jesucristo.

R. Para que nos hagamos cada vez más dignos de sus promesas.

Oremos: Omnipotente y sempiterno Dios que con prodigio de bondad y de misericordia, para salvación común de los hombres, elegisteis por Príncipe en vuestra Iglesia, al gloriosísimo Arcángel San Miguel, hacednos dignos, os suplicamos, de ser, por su poderosa protección, librados de todos nuestros enemigos, de modo que en la hora de la muerte, ninguno de ellos nos moleste y podamos lograr que él mismo nos introduzca en la mansión celestial para contemplar eternamente vuestra divina Majestad. Por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

EL PAPA JUAN PABLO II Y LOS ÁNGELES

“Durante el tiempo de Pascua, la Iglesia lee el libro del Apocalipsis, en el que se encuentran las palabras referentes a la gran señal que apareció en el cielo: una Mujer vestida de sol, una Mujer que estaba a punto de dar a luz. El apóstol Juan ve aparecer, ante Ella, un dragón rojo, dispuesto a devorar al Niño en cuanto lo diera a luz (cf. Ap. 12, 1-4).

Esta imagen apocalíptica pertenece también al misterio de la resurrección. La Iglesia la vuelve a proponer el día de la Asunción de la Madre de Dios. Es una imagen que tiene expresiones también en nuestros tiempos, especialmente en el Año de la Familia, pues, cuando se ciernen sobre la Mujer todas las amenazas contra la vida que está para dar a luz, debemos volver nuestra mirada hacia la Mujer vestida de sol, para que rodee con su

cuidado maternal a todo ser humano amenazado en el seno materno. Durante el mes de mayo, que en muchas comunidades cristianas está dedicado de forma especial a la Madre Santísima, la comunidad cristiana se volverá sobre todo hacia la Madre de la Vida, la Madre del Amor hermoso. Este es, de modo especial, su mes. Deseamos que mediante nuestra oración sirva a la causa más grande de las familias humanas: la causa del amor y de la vida.

Quiera Dios que la oración nos fortalezca para la batalla espiritual de la que habla la carta a los Efesios: “Fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder” (Ef. 6, 10). A esa misma batalla se refiere el libro del Apocalipsis, reviviendo ante nuestros ojos la imagen de San Miguel arcángel (cf. Ap. 12, 7). Seguramente tenía muy presente esa escena el Papa León XIII cuando, al final del siglo pasado, introdujo en toda la Iglesia una oración especial a san Miguel: “San Miguel arcángel, defiéndenos en la batalla contra los ataques y las acechanzas del maligno; sé nuestro baluarte...”.

Aunque en la actualidad esa oración ya no se rece al final de la celebración eucarística, os invito a todos a no olvidarla, a rezarla, para obtener ayuda en la batalla contra las fuerzas de las tinieblas y contra el espíritu de este mundo” (L’Osservatore Romano, 29 de abril de 1994, p 20).

ORACIÓN A SAN MIGUEL ARCÁNGEL

San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla; sé nuestro amparo contra la perversidad y acechanzas del demonio. Reprímale Dios pedimos suplicantes; y tú, Príncipe de la milicia celestial, arroja al infierno, con el divino poder, a Satanás y a los otros espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas. Amén.

ORACIÓN AL ARCÁNGEL SAN GABRIEL

¡Oh, glorioso Arcángel San Gabriel!, llamado fortaleza de Dios, príncipe excelentísimo entre los espíritus angélicos, embajador del Altísimo para anunciar a la Santísima Virgen la Encarnación del Verbo divino en sus entrañas purísimas; te suplico

tengas a bien rogar a Dios por mí, miserable pecador; para que conociendo y adorando este inefable misterio, logre gozar el fruto de la divina redención en la gloria celestial. Amén.

ORACIÓN A SAN RAFAEL ARCÁNGEL

¡Oh, poderoso príncipe de la gloria, San Rafael!, llamado medicina de Dios, salud de los enfermos, luz de los ciegos, guía de los que caminan, protector de la limosna, del ayuno y de la oración; por aquella caridad con que acompañaste al joven Tobías y lo guardaste de todos los peligros, librándolo con Sara, su esposa, de la crueldad del demonio y restituiste la vista a su anciano padre, te pido me libres de todos los males y peligros durante la peregrinación mortal y me acompañes hasta llegar felizmente al puerto de la salvación de la gloria. Amén.

INVOCACIÓN AL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA

Ángel de Dios, que eres mi custodio, ya que el Señor me ha encomendado a ti, ilumíname, guárdame, guíame y gobiérname. Amén.

Acto de consagración a los Santos Ángeles

Conociendo por una dulce experiencia la eficacia de los santos ángeles y su protección poderosa, vengo con religioso afecto a consagrarme a su santo servicio. Contraigo ante Dios el compromiso solemne de honrarlos con un culto especial e imitar las virtudes cuyo ejemplo me dan, particularmente su pureza, su fervor en el servicio de Dios y su obediencia perfecta. Que todos los espíritus celestiales y María Santísima, su Augusta Reina, se dignen bendecir esta resolución que ofrezco de todo corazón, que me obtengan del Todopoderoso la gracia de perseverar en su servicio durante mi vida a fin de merecer la dicha de ser asociado a su gloria por toda la eternidad. Así sea.

BIBLIOGRAFÍA

San Atanasio, *Vita Antonii*.

Bourget, Pablo, *El Demonio del Mediodía*, Mundo Moderno, Bs. As., 1914.

Bouyer, L., *Le sens de la vie monastique*, Turembout, 1950.

Caponnetto, A., *Los Arquetipos y la Historia*, Scholástica, Bs. A., 1991; *El Deber Cristiano de la Lucha*, Scholástica, Bs. As., 1992.

Casiano, Juan, *Colaciones, y Instituciones*.

P. Castellani, L., *Las Canciones de Millitis*, Dictio, Bs. As., 1977.

Santa Catalina, *El Diálogo*.

Catecismo de la Iglesia Católica.

San Juan Crisostomo, *Hom., sobre San Mateo*.

Colombás, G., M., osb *El Monacato Primitivo*, bac, Madrid, 1975; *Paraíso y Vida Angélica, sentido escatológico de la vocación cristiana*, Monserrat, 1958.

Chesterton, G., *El Hombre Eterno*, Lea, Bs. As., 1980.

Dionisio Areopagita, *De Caelesti Hierarchia*.

Evagrio Pontico, *Tratado Práctico*.

S. Doroteo de Gaza, *Conferencias*, Ecuam, Bs. As., 1990.

P. García Vieyra, O. P, *Los Seis Días de la Creación*, Centro de Estudios San Jerónimo, Santa Fe, 1992.

P. Garrigou Lagrange, O. P, *Las Tres Edades de la Vida Interior*, Desclée de Brouwer, Bs. As., 1975.

Guardini, R., *La Aceptación de sí Mismo, Las Edades de la Vida*, Cristiandad, Madrid, 1977.

Huber G., *Mi ángel Marcharé Delante de Ti*, Palabra, Madrid, 1990.
Papa Juan Pablo II, *Audiencia general*, año 1986.

Leclercq, Jean, osb, *La Vida Perfecta, Consideraciones sobre la Esencia del Estado Religioso*, Herder, Barcelona, 1965.

San Nilo de Ancira, *De octo spiritibus malitiae*.

Sor Ortega, Teresa, O. P, *Sí a Nuestros Compromisos*, ope, España, 1973.

Peiffer, Claudio, osb, *Espiritualidad Monástica*, Monte Casino, Zamora (España), 1976.

Peterson, E., *El Libro de los Ángeles*, Rialp, Madrid, 1975.

Pieper, J., *Las Virtudes Fundamentales*, Rialp, Madrid, 1976.

Papa Pío XII, *Discorsi e Radiomessagi*.

P. Fr. Rossi, R. M., O. P, *Los Ángeles en la Liturgia*, en *Cuadernos de Espiritualidad y Teología*, Centro de Estudios San Jerónimo, Santa Fe, n 1, 1991.

P. Royo Marín, O. P, *Teología Moral para Seglares*, bac, Madrid, 1964.

P. Sáenz, A., S. J, *El Vestido como Símbolo*, en *Rev. Stromata*, julio-diciembre, 1982, año XXXVIII, n 314.

Saint Thierry, G., *Ep. ad Fratres de Monte Dei*.

Sheen, F., *Paz en el Alma*, Iber Amer, Bs. As., 1951.

P. Spidlik, Tomás, S. J, *El Camino Angélico*, en *Cuadernos de Espiritualidad y Teología*, Centro de Estudios San Jerónimo, Santa Fe, 1996, año vi, n 14.

Tauler, *Sermones*.

Thibon, G., *El Equilibrio y la Armonía*, Rialp Madrid, 1981.

Santo Tomás, *Suma Teológica; Compendio de Teología; Comentario al Credo*; etcétera.

LAUS CHRISTO REGI GLORIAE